



Ramón López Soler

Jaime el Barbudo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ramón López Soler

Jaime el Barbudo

Capítulo I

La venta

El glorioso término de la guerra llamada de la Independencia preparó a España los beneficios de un reinado restaurador y pacífico, pero dejola al mismo tiempo sumergida en los desórdenes que no pudieron menos de causar a su territorio tantos años de encarnizamientos y combates. A la sombra de las anteriores discordias y revueltas creáronse ciertas partidas guerrilleras que, so color de su celo patriótico, devastaban los campos, saqueaban las alquerías y exigían contribuciones de los pueblos. En balde quisieron reprimir los magistrados esas bandadas de aventureros formadas de la hez del pueblo y sostenidas con la astucia y el pillaje; pues como hacían alarde de oponerse a los enemigos de su país, y exceder en patriotismo a los demás españoles, era preciso tolerarles, ya que la humanidad y la justicia no permitían aplaudirles. Pero así que el regreso de Fernando VII dio a los negocios de la península un movimiento más uniforme y regular, hubieron de desaparecer estas cuadrillas, transformándose o refundiéndose en diversos regimientos. Algunos hombres, sin embargo, de índole sobrado perversa para sujetarse a la disciplina militar, harto inclinados a la huelga y al desenfreno para vivir pacíficos ejerciendo algún trabajo útil, siguieron corriendo los campos, erigiéndose en partidas de ladrones, o agregándose a las que encontraban ya formadas. De aquí hubieron origen los robos y los saqueos que tanto amedrentaron a los habitantes de Cataluña y Andalucía, no menos que los acontecimientos y latrocinios que hacían conocidamente peligrosa la sierra de Crevillente.

Era tal, en efecto, el temor de semejantes encuentros, que apenas se hablaba de otra cosa en las ventas y demás sitios donde acostumbran recogerse los pasajeros. Serían poco más o menos la seis de la tarde cuando muerto de frío y lleno de pavor llegaba a una de ellas, situada no muy lejos de Crevillente, un joven de mediana estatura, cuya edad no pasaría de los veintitrés años. La posada de que hablamos era un edificio bastante capaz, que, según podía colegirse de algunos primores harto groseros esculpidos toscamente en los paredones, sirviera en otro tiempo de fortificada mansión a algún señor de vasallos. Por lo que hace a ahora ofrecía un gran portal, buenas cuadras, espaciosos aposentos, y sobre todo una cocina de dimensiones gigantescas con su hogar rodeado de bancos para el invierno, y su puerta a un patinillo emparrado para el verano; pero echábase de ver en los muebles y techumbres el leve y menudísimo polvo de las ruinas. Ya habían sido declaradas inhabitables a causa de esto algunas partes del desproporcionado edificio, y era de temer que muy pronto se hiciese lo mismo con las restantes.

Allí pues entró, como hemos dicho, el joven forastero habiéndose apeado de una especie de rocín, cuyos jaeces eran sencillos y modestos como los vestidos del jinete. Iba éste de chaqueta, con botas y pantalón de paño pardo; un corbatín negro daba cierto realce al color sonrosado de su rostro, y un sombrero redondo cubierto de hule indicaba a tiro de ballesta su espíritu de economía y arreglo. Distinguíase en su cara cierto indicio de vivacidad y travesura, bien que templado por la misma incertidumbre del viaje y el recelo de topar con gente pícara, maleante y juguetona.

Todas estas menudencias notó el ventero desde la primera ojeada, y por un instinto muy singular en los de su oficio ya marcó en su imaginación el modo de tratarle, y poco más o menos la ganancia que de tal personaje redundar podía a su honroso establecimiento. Ayudóle sin embargo mientras se apeaba, e introdujolo en la cocina, donde mandó que le arrimase un sitial a una especie de Maritornes que andaba preparando la cena.

Notábanse en aquella estancia, recibiendo el benéfico calor de una llama estrepitosa, gentil comparsa de arrieros, carreteros y mozos de mulas con otras gentes de diversos oficios, pero no de muy superiores jerarquías. Apenas repararon en el recién llegado, entusiasmados con cierta conversación que, según trazas, embargaba en aquel momento sus potencias. Acomodóse el forastero, y después de haber saludado cortésmente a la concurrencia, estuvo atento a lo que se decía, aguardando la oportuna ocasión de meter su cucharada.

-¡Cuerpo de mí! -gritaba un hombre de grandes miembros y vigorosos puños- Yo os aseguro que si me diese el Rey, siquiera por mis pecados, jurisdicción en estas sierras, habrían de desaparecer tales gavillas de pícaros. Pues que, ¿no hay más que arrojarle un hombre honrado por esos caminos de Dios con la seguridad de que le han de robar, apalearlo o darle de puñaladas?

-Si fueras tú el alcalde, amigo Roque -respondió cierto arriero lleno de cordones y cintajos llevando un sombrero calañés algo ladeado hacia la oreja- no sólo habías de tolerar lo que está pasando, sino ponerte de acuerdo con los del monte y ver de hacer tu negocio.

-¡Cómo si lo haría! -respondió Roque- pero colgándolos de alta horca para aspirar a pingüe recompensa.

-Te aconsejo -interrumpió un hombre algo entrado en años- que te dejes de echar plantas, y no te empeñes en señalar a las gentes diverso rumbo.

-¿Pues acaso no lo siguieron otras veces? Yo os digo que antes de la guerra que acabamos de sostener contra Francia andaban más concertados los negocios, andaba más diligente la justicia.

-Con todo eso -replicó el anciano-mejor es que arrees tu carro con la gallardía que sueles, y prescindas de semejantes devaneos.

-Mil veces se lo he dicho -exclamó a la sazón otro de los interlocutores cuyo traje presentaba indicios de haber pertenecido a la milicia- mil veces se lo he dicho, y si anda más días por esas encrucijadas harto conocerá la utilidad de mis avisos. Parece que no se acuerda del Moñudo a quien Jaime mandó bañar por este tiempo en agua fría...

-¡Jaime! -exclamaron como asombrados los circunstantes.

-Jaime -repitió aquel hombre al parecer licenciado o desertor- Jaime; y por cierto que no le valieron al Moñudo las súplicas ni las lágrimas. Encontróle en la punta de la sierra llevando a Elche a un religioso carmelita, que acababa de predicar los milagros de Santo Tomás en Orihuela. Metiólos en medio de su cuadrilla, e hizo que el buen padre le repitiese el sermón de cabo a rabo. No hubo más remedio que prestarse a tal capricho: al principio andaba algo tímido y desmemoriado, pero viendo la atención con que le oía aquella gente honrada entusiasmóse y empezó a menear las manos con tan gentil donaire como si se hallase en la iglesia. Agitóse sobre manera, porque como no había más eco que el del campo, ni más bóveda que la del cielo, tenía que dar grandes voces, y las gotas de sudor corrían abundantemente por su rostro. Al acabar preguntóle Jaime cuánto podría valer aquella arenga, a lo cual satisfizo que acababan de agradecerérsela con seis pesos bien ensayados.

-Pues no crea el padre -opuso el Barbudo- que carezcamos por acá de tan sabroso alimento.

Y llamando a Crispín, uno de los más ladinos de su cuadrilla, mandóle echar otro relato que hiciese puntas con el primero. Obedeció el mozo con tal desembarazo y soltura, que no parecía sino que desde sacristán o monaguillo hubiese ido siguiendo la carrera. Mientras aplaudían todos la buena gracia, volvióse el Barbudo a su reverencia pidiéndole que tasase como conocedor lo que poco más o menos podía valer aquella plática. Reputóla, no pudiendo pasar por otro punto, por muy digna de tan compungido auditorio, pero excusóse como mejor supo del arriesgado encargo de ponerle precio.

-Tampoco es menester -replicó Jaime- pues nombrando a dos peritos salimos muy fácilmente del paso.

Tasaron estos la arenga de maese Crispín en ocho pesos, y el inflexible Barbudo mandó al religioso que inmediatamente la pagara, con lo cual no sólo tuvo que aflojar la limosna de Orihuela, sino desprenderse también de lo poco que llevaba para los indispensables gastos del viaje. Y no fue esto lo peor, sino que reparando en el Moñudo y noticioso, porque todo lo sabe, de las bravatas que solía echar contra sus empresas, dióle el castigo que os he dicho, a fin de aplacar algún tanto los desordenados ímpetus de su cólera.

-Voto a tal, licenciado, desertor, o lo que eres -respondió Roque- que primero querría darme un navajazo que coserme la boca para no maldecir cada día a esos canallas. Ellos tuvieron la culpa de que mi antiguo amo se fuese a vivir a otro reino y me quedase yo en la calle sin más recurso que seguir con mi látigo el fastidioso compás de los cascabeles. Ya sé que el Barbudo tiene muchos espías, y aun puede ser que en esta sala... pero vuélvame la fortuna que me quita, y publicaré donde quiera la especie de generosidad de que se precia.

-¿Y no me diréis, señores -preguntó a la sazón el joven forastero- si anda todavía por esos campos la cuadrilla de que hablasteis?

-De manera -respondió el soldado- que se puede decir de ella lo que se cuenta de las brujas, que tan pronto aparece como desaparece, amaneciendo en Crevillente y anocheciendo en Sierra Morena o en los montes de Cullera. Si usted, señor galán, lleva algo de incitativo en la maleta, bueno será que lo deje guardadito aquí en la venta hasta que pase alguna partida de tropa, pues de lo contrario el Barbudo tiene las narices largas y olfateará el tesoro aunque se halle a treinta leguas.

-No lo decía por esto -respondió el joven- sino porque siempre es bueno informarse de cómo están los caminos.

-Nada -repuso Roque- véngase usted conmigo, si es que se dirige hacia Murcia, y no tenga el menor recelo.

-Recelo ninguno -dijo el joven- pero la verdad, más quisiera concluir mi viaje sin tropiezo, que tener que sacar mis habilidades a plaza como el buen predicador de Orihuela.

-¡Vive Dios! -exclamó Roque- que si atiende usted a lo que dice ese renegado, nunca le faltará miedo en el cuerpo y algo de brío en las piernas.

-Miedo bien puede ser -Interrumpió el desertor- pero brío en las piernas lo dudo, pues casualmente eché una ojeada al rocín que lo trajo, y es tan flaco y pasicorto que no resistiera un mediano trote.

-Extrañara yo -dijo el ventero- que una bestia de cuatro patas se escapara de tu registro. Noramala tienes esa afición diabólica a tal especie de ganado. Lléveme el diablo si no has servido en caballería.

-En caballería no -interrumpió el anciano- pero si mal no me acuerdo, lo he visto por estas tierras con el uniforme del resguardo.

-Cómo no tuviese más alma cuando servía que después de haber salido del ejército, maldito sea el francés que habrá andado con muletas por su causa.

-Por vida tuya, ¡oh Roque! -gritó el soldado- que antes de ver lo que dices te muerdas tres veces la lengua.

-¡Calle! ¡Si creerás hacerme miedo! Mira bien a quién te diriges, o cerciórate primero de si el Barbudo anda muy lejos.

-¿Qué significa esa indirecta, señor valiente?

-Que para enterrarte en vida no tengo más que apretar estos pulgares, en vez de la recia sogá a que huele tu gaznate.

Asíole en efecto de la garganta, y sin duda lo pasara mal el soldado fanfarrón si no se interpusieran el ventero y los demás allí presentes. Separáronlos como pudieron, después de lo cual sentáronse todos en una mesa muy larga y comieron lo más sabroso que ofrecía la escasa provisión de aquella venta. No obstante, el joven forastero apenas tuvo apetito: bien fuese poco agradable el objeto de su viaje, bien lo atemorizasen las noticias recogidas en la conversación anterior, andaba meditabundo y caviloso como repasando en su mente algo de desapacible e incierto. Así es, que primero que nadie pidió al amo de la venta que lo acompañase al aposento que le destinaba. No dejaron de preguntarle si lo quería con cama limpia y puerta para cerrarse, y habiendo contestado afirmativamente, recogió un lío donde iba su equipaje y echó a andar tras del ventero por las escaleras de aquel gótico edificio. Al llegar arriba atravesó una galería, un corredor de bastante extensión, y por último una sala correspondiente por su tamaño a las demás piezas que hasta entonces había visto. En el extremo opuesto abrió su conductor una puerta y hallóse el caminante dentro de la estancia que se le destinaba.

-¿Se le ofrece a usted algo? -díjole el ventero echando una ojeada a su lío y poniendo la luz sobre una maldita mesa de tijera.

-Nada, señor huésped -respondió el joven.

Con lo que haciéndole el otro una cómica reverencia, entrególe la llave dejándole en una soledad espantosa. Percibió el pasajero el eco de sus pisadas perdiéndose a través de aquella habitación inmensa y solitaria, y a medida que se iba retirando experimentaba los efectos de un terror desconocido. Quiso llamarlo, pero un resto de amor propio exaltado por el aspecto burlón y maldiciente del ventero, detuvo en sus labios la palabra, e hízole tomar la resolución varonil de mostrarse superior a tan ridículos temores.

Capítulo II

Lance nocturno

Lo primero que hizo al verse solo fue cerrar bien el cuarto y reconocer las paredes. Pareciéndole que todo estaba corriente, miró la cama, observó la sutileza de los colchones, la delgadez de las tablas y la flaca resistencia de los bancos, circunstancias que la hacían prima hermana de un par de sillas no menos añejas y perniquebradas. Sujetaban la ventana mohosas barras de hierro, y la robusta puerta un candado que recordaba el origen de la cerrajería. Pero lo que campeaba más en aquella estancia, lo que constituía toda su lujo y su ornato eran unas estampas del hijo pródigo pegadas a la pared con engrudo, y una especie de dosel de donde pendían las colgaduras de la cama formadas por luengas tiras de seda verde, que bien habrían hecho su servicio en los tiempos en que habitaron la casa los señores feudales de aquel territorio.

Cerciorado el forastero de que presentaba todo aquello cierto aspecto de seguridad, apagó la luz y tendióse en el lecho para gozar algún descanso. Al pronto no le fue fácil conseguirlo por cuanto la conversación sostenida en la cocina no le dejaba ver más que ladrones y fantasmas. Luchó largo rato con estas quimeras y al fin pudo gustar las dulzuras de un sueño, aunque intranquilo, más benéfico siempre que la porfiada agitación de su desvelado espíritu. Era tal la fuerza con que se había grabado en su mente la imagen del peligro, que pensó hallarse ya entre los salteadores de la sierra, corriendo el riesgo de ser muerto o apaleado por lo menos. Sobre todo las facciones del Barbudo, tal cual las concibiera su atemorizada fantasía, se presentaban a sus ojos a cada instante ya para intimarle la bolsa o la vida, ya para regalar a sus miembros con gentil y donosa azotaina. Llevado por el mágico movimiento de su sueño terrorífico, atravesaba rápidamente los valles, subía los montes, sumergíase en subterráneas cuevas, y notaba en todas partes desoladoras escenas de cínica algazara, de violentos robos, de crueles asesinatos. Aquí asaban a fuego lento a un pasajero de extraordinaria gordura, allá colgaban de alto pino a un joven de largas piernas, acullá sumergían en un pozo a un padre de San Bernardo: todo era, en fin, para el infeliz que soñaba angustiosos encuentros, desesperados lances y desesperanzados apuros. Tal vez se mezclaban revueltos entre todo esto los robustos palos de alta horca, o el torvo gesto de un verdugo y las fervorosas amonestaciones del religioso auxiliante, como los sombríos episodios de un sueño lúgubre, y los negros marcos que corresponden a un cuadro de asesinatos y latrocinios.

No hay que decir si arrebatado de la vehemencia de tan negra fantasmagoría temblaba el espantadizo joven en el reducido campo de aquel lecho, pues los movimientos convulsivos y el sudor que corría por su frente eran evidentes indicios de la angustia y la turbación de su ánimo. Parecióle en esto que le tiraba alguno de los pies, descorriendo con la otra mano el polvoroso cortinaje, cosa que le hizo despertar sobresaltado en la incertidumbre de si la verdad que le esperaba era más horrorosa que la mentira que hasta entonces le afligía. Sea como fuere, al despabilar la soñolienta vista vio la luz encendida, y a su reflejo un hombre, especie de gañán, de regular estatura y recio de miembros, que lo miraba de hito en hito desde la extremidad de la estancia. El infeliz cerró los ojos para apartar de sí aquella visión, creyéndola efecto de su delirante fantasía. Al volverlos a abrir aún hubo de fijarlos en la sombría fantasma, y persuadido de que no podía ya ser efecto de ningún sueño engañoso, púsose a temblar como un azogado aguardando el éxito de aquella aparición imprevista. Por lo que toca a aquel hombre misterioso, continuaba clavando en el pasajero unos ojos más penetrantes que los del águila, cual si quisiese fascinarle con ellos u observar para su recreo su turbación y su espanto. Al notar empero el crujido de sus dientes, el convulsivo movimiento de sus labios, las espantadizas ojeadas, el general trastorno, en fin, que embargaba sus potencias, tendió hacia él la robusta diestra y dirigióle con cierta superioridad las siguientes razones:

-Tranquilízate, inexperto mozo: el que ha sabido penetrar en este cuarto a través de compactas paredes y dobles cerraduras, tiene sobrado poder para deleitarse en hacer mal a un mancebo tímido y barbilindo como tú eres...

¡Señor! -pronunció con labio balbuciente el pasajero.

-No me interrumpas -prosiguió el terrible incógnito atajando su exclamación plañidera- no me interrumpas, Santiago, y déjame desempeñar el objeto que me trae, sin permitirte la más leve observación hasta que yo te lo indique.

Pasmado el mozo de que supiera su nombre aquel desconocido, y se entrase sin adivinar por dónde en tan apartada estancia, tomó el partido de guardar absoluto silencio, aunque no dejaba de ofrecer en voz baja cantidad de promesas, exvotos y romerías a todas las imágenes y monasterios célebres de su pueblo como le librasen de tan peligrosa aventura.

-Ya sé que afeitas en casa del cirujano Rosell, el cual te ha confiado ciertos títulos y documentos para que los lleves al conde de La Carolina, residente ahora en la ciudad de Murcia. Pues bien: dime dónde los tienes y entrégamelos sin replicarme.

-¡Señor! -exclamó el joven incorporándose- No me atrevo a negar que es muy cierto cuánto usted dice pero si soy tan sandio y poco cauto que le entregue lo que pide, pierdo a la vez y para siempre mi carrera y mi fortuna.

-¡Bah! -respondió el incógnito- valiente carrera la de reemplazar algún día a un cirujano envenenador y ladrón; y bella fortuna la de rasurar las barbas, remojar quijadas o igualar cerquillos. Si me dijeras, voto a mí, que te habrían de negar por eso el capelo de cardenal o algún pingüe canonicato, ya entiendo; pero dejar de ser un pestífero barbero sin guitarra, seguidillas, ni descanso, no me parece gran pérdida.

-No obstante, estas esperanzas satisfacían toda mi ambición, y eran por consiguiente la más grata recompensa que pudieran ofrecerme.

-Muy bien: pero entrégame los papeles, y yo sé que algún día me darás las gracias; digo si es que te vieres en la precisión de enderezar tu rumbo por otros mares.

-¿Con que nada os mueve la inexperiencia de mi edad, la esperanza de mi vida, ni la idea de que he de perder con los papeles mi crédito, mi reputación y mi fortuna?

-Nada, absolutamente nada -respondió el incógnito con la mayor sequedad- acaso te perdonaré la vida en gracia de esas sandeces que me cuentas, pero aun eso depende de la prontitud con que satisfagas mis deseos.

-¡Ah! No permita Dios -respondió temblando el mozo- que por mi terquedad o mi pereza agravase tal delito la conciencia de un hombre honrado. Ahí los tiene usted -añadió dando un suspiro- en ese lío se encuentran, lléveselos donde quiera, aunque vaya con ellos todo el bien que fundadamente esperaba al entregarlos.

Esto dijo con lágrimas en los ojos y tales muestras de sentimiento, que excitaron la compasión del misterioso personaje que tenía allí delante. Miróle con bondadoso ademán, y después de un breve rato bajando algún tanto la voz y apoyando la vigorosa mano sobre su hombro, hablóle con cierta confianza en los términos siguientes:

-Escucha, Santiago: eres mozo y debes pensar en tu suerte; de consiguiente, no me ofenden esas lágrimas, antes bien me dan a conocer la rectitud y el arreglo con que piensas. Quisiera favorecerte, y bastará para ello que te prestes a mis órdenes. Mírame bien: sin cortedad, sin recelo... ¿Me conoces?

Fijó Santiago la vista en la cara del incógnito, y detúvose un momento en contemplar sus facciones. Echábase de ver en ellas cierta regularidad y travesura; brillaban extraordinariamente sus ojos, y favorecía los movimientos de su cuerpo un suelto y nobilísimo despejo. Había en aquella persona ciertos rasgos de bondad sin que se le pudiera llamar bondadosa, indicios de tolerancia sin que pudiera pasar por tolerante, y no pocos resabios de atenta sin que se la pudiese reputar por fina o bien educada. Su traje era el que usaban los más gallardos bandidos de la sierra: los follados zaragüelles, parecidos en la hechura y el color a los airosos faldellines de los montañeses de Escocia, apenas pasaban de la mitad del muslo; medias azules subían hasta lo alto de las piernas, y llevaba a los pies unas alpargatas sujetas por medio de innumerables cintas que le llegaban cruzando a la pantorrilla. Resplandecíanle sobre el pecho gran cantidad de cadenas de plata, relicarios y medallas y sonoramente colgábanle en el ceñido chaleco botones de dorada filigrana. Cubríale la cabeza alto pañuelo oscuro, sujetaba el corbatín una brillante sortija, rica faja carmesí envolvía su cintura, asomando por entre ella un puñal con mango de limpio y bruñido acero. La manta que colgaba de su cuello sólo dejaba ver la punta de un ancho sable parecido a los lunados alfanjes que se fabrican en Damasco; siendo el rasgo más singular de aquella enigmática figura la rizada barba en que remataba el rostro. Tanto ella como lo ancho de los hombros y lo robusto y fornido de los miembros, revelaron al tímido caminante el carácter y la condición del incógnito; por lo que, bien persuadido de que se hallaba en la terrible presencia del Barbudo, no dudó en contestar con acento poco firme que creía reconocer en él al noble y famoso Jaime.

-¿Y si no te equivocaras -preguntó éste- darías crédito y valor a mis ofrecimientos?

-A lo menos -respondió más alentado el pobre mozo creería poder hablar con más franqueza y soltura.

-¿Y qué dirías? -insistió el bandido halagado al parecer de semejante respuesta.

-Que antes de admitir la fortuna que se me ofrece era justo conocer el servicio con que debía comprarla.

-Justísimo, si viniese el ofrecimiento de un hombre tan artero como tu maestro; pero intempestivo, dimanando de un carácter abierto y generoso como el mío. Sin embargo, mi palabra en estas sierras vale tanto como la del rey en la corte: te di margen a esperar algo de mí, y no quiero burlar las ilusiones que de pronto leí en la mutación de tu semblante. ¿Sabes por qué te encargaron con tanto sigilo y premura los documentos que me entregas?

-No por cierto.

-¿Oíste hablar alguna vez a Rosell contra don Rodrigo de Portoceli?

-Tampoco.

-Pues todo lo que exigiría yo de ti consiste en que, sentando otra vez tus reales en la barbería del bribón de tu maestro, me dices exacta cuenta de las tramas que allí se fraguan contra el mencionado don Rodrigo.

-¿Y de qué modo os podría avisar si algo llegase a mi noticia?

-Eres un pobre hombre: no se pasaría día sin que te enviase algún correo. ¿Lo extrañas? -añadió el forajido con alguno sobrecejo notando cierta irresolución o poco crédito en los ojos de Santiago- pues no saldrías a paseo donde no hallases algún pordiosero que se te diese a conocer por mi emisario; no entrarías en iglesia sin que algún fingido ermitaño te entregase cartas mías; y si sucumbieses al pasajero rigor de una dolencia, el médico que te recetara, el barbero que te sangrase, la dueña que aplicara los empastos, todos, en fin, te hablarían del Barbudo y te comunicarían sus órdenes. Y bien...

-Soy vuestro... El cirujano Rosell es un pícaro que, según ahora entiendo, sólo una vez me ha halagado, y eso para que le hiciese un gran favor, o llevarme a una muerte cierta.

-Cuando el bozo de esa barba se haya convertido en pelo tan áspero y revuelto como el de la mía, ya sabrás conocer al gato montés por más que esconda las uñas.

-¿Y cuál es mi riesgo, y cuál mi recompensa?

-Del primero no te acuerdes; en cuanto a la según a, veinticinco aranzadas de tierra capaces de llamar la atención al más acomodado vecino de estos contornos.

-No me disgusta, señor Jaime, pero aún me queda el escrupulillo de cuándo y cómo me he de ver en posesión de tal hacienda.

-¡Válate el diablo por mancebo! Bien se conoce que has hecho tu aprendizaje con el malvado Rosell. Para lances de pro no hay que contar con ninguno de vosotros, pero para asegurarse fincas tenéis los ojos de un lince. Hoy mismo apenas despunte el día te haré conocer a don Rodrigo. Dale ese anillo, cuéntale tu aventura, y él te satisfará después a cuantas dudas te ocurrieren. Dígote sin embargo que desluce mucho el que descubras tan pronto la hilaza de tu codicia. Y toda vez que andas poco mesurado en publicarla, voy a decirte también que como trates de vendernos no bastará a tu seguridad el que interpongas mil leguas entre nosotros. Yo te juro que no habrá cruz de esos caminos reales en donde no cuelgue alguno de tus miembros por mi propia mano para escarmiento de pícaros y sabroso pasto de las aves. Yo mismo bebería en ese cráneo la envenenada sangre que te alienta, yo mismo azotaría tus ijares con el látigo sangriento de un arráz berberisco, yo mismo...

-Basta, basta, por piedad -exclamó el joven- inútiles son esas terribles maldiciones. Yo os serviré en cuanto desearéis, y sólo me falta saber, contando siempre con mi discreción y lealtad, el verdadero blanco a donde se han de dirigir nuestros esfuerzos.

-No te metas en más de lo que digo -respondió severamente el Barbudo- registra los papeles de Rosell, anda a la zaga de sus conferencias y maniobras contra Portoceli, e instrúyenos con puntualidad de todas ellas. Sin embargo, lo que más importa es que nada digas de semejante aventura, y forjes el enredo que te viniese más a cuento, Pero es fuerza que nos separemos: sigue tu camino hasta la cruz de la encrucijada, donde hallarás a un caballero en quien por medio de la sortija que te entrego has de reconocer al valiente don Rodrigo. Él te dará instrucciones acerca de lo que te falta saber, así como nos las darás a nosotros por lo tocante a lo que te he dicho. Ea, despábilate y echa a correr; si tu rocín es pasicorto, no eres tú más andariego, y acaso te será preciso andar hoy mucho camino.

Dijo, echó mano a los papeles, y sacando una llave maestra abrió la puerta y desapareció del aposento.

Capítulo III

Amor y venganza

No hay que ponderar si dejó de apresurarse el aturdido joven a cumplir las órdenes del bandolero. Vistióse, pagó la posada sin hacer mención de la ocurrencia, y aún no apuntaba el día cuando empezó a caminar hacia la cruz de la sierra. Verdad es que le hizo titubear la oscuridad de la atmósfera, pero dos embozados que encontró en la cocina, llegaron a él adivinando su decisión, y dijéronle que emprendiese el viaje con confianza, pues el hombre que le acababa de hablar les había encargado darle escolta. Ya no hubo pretexto para detenerse: mandó ensillar y empezó la marcha, llevando siempre a cierta distancia a sus misteriosos guardianes. Cerca de una hora habrían andado cuando los primeros rayos del día les hicieron notar la cruz de la encrucijada. Apoyado en ella, envuelto en una gran capa azul, se distinguía un hombre de aventajada estatura. No dudó Santiago que fuese el mismo que iba buscando, y al apearse al efecto de trabar conversación con él, observó que habían desaparecido los que para su seguridad le acompañaron hasta aquel sitio.

Llegóse pues al embozado de la cruz, y dirigióle la palabra en estos términos:

-Sin duda no está usted enterado aún de mi venida, pero esta sortija responde de que soy un servidor leal de don Rodrigo Portoceli.

-Está bien -respondió el incógnito después de un rato y sin descubrirse- dime brevemente el mensaje, o recibe de lo contrario la mitad de las maldiciones que me has hecho arrojar desde que lo aguardo en este sitio.

-Es en balde, ahora mismo acabamos de tener una larga conferencia, y me encarga enterar a usted de que los títulos y los documentos ya obran en su poder.

¿En poder de quién? -preguntó el incógnito mirando de través a Santiago.

-En poder del propio Jaime, como lo declara esta sortija. Yo mismo era el encargado de ponerlos en manos del conde de La Carolina, pero cuatro palabras del Barbudo han podido más que la voz meliflua y chillona de mi hipócrita maestro.

-¡Maldición! -gritó el incógnito tirando la capa y echándose sobre Santiago- ¡Maldición a ti y a los ladrones que tan vilmente proteges! Ahora mismo vas a vomitar el impuro aliento con que fraguas esos diabólicos embustes.

-¡Socorro! ¡Socorro! -exclamó el mozo mientras procuraba desasirse de las garras del incógnito.

Pero tenía éste tan reciamente sujeto, que creyó era llegada su última hora. La misma desesperación hizo sacar fuerzas de flaqueza, con lo cual al paso que su contrario le oprimía la garganta, descargábale Santiago fieros golpes en el rostro. Sonaban con tanta pujanza como los denuestos y los sarcasmos del desconocido, y aunque éste no trataba de evadirlos, era de ver que muy pronto habrían de cesar, gracias a la nerviosa fuerza de sus pulgares. Iban adelgazándose, en efecto, los chillidos de Santiago, cual si ya le escasease el aliento y estuviese próximo a ser víctima de tan inesperado combate, cuando la súbita aparición de los que habían formado su escolta hizo cambiar la situación de aquel combate. Adelantáronse sin hacer mucho ruido, inclinado el cuerpo, y llevando en la mano el mortífero trabuco; pero con aguda perspicacia distinguiólos el incógnito desde una distancia enorme, No hizo más que soltar la presa, echarle una ojeada de cólera, y volver la espalda, diciendo:

-¡Yo te juro que no te has de escapar de morir ahogado entre mis manos!

Montó de un brinco en un caballo que allí junto tenía, y púsose a correr más ligero que un gamo a rienda suelta.

Pensativo y maltratado quedó el mozo, aunque sobre manera satisfecho de que hubiese concluido aquel encuentro con más ventaja de la que esperar podía. Los embozados que salieron tan oportunamente a su socorro, le hicieron mil preguntas acerca de lo que acababa de pasar, pero estaba muy distante de poder satisfacerles. Mientras se hallaba en la incertidumbre de lo que debería hacer, temeroso por un lado de regresar a su pueblo, y deseando al mismo tiempo cumplir con el encargo del Barbudo, llegó por camino extraviado, caballero en una yegua, un hombre al parecer de veintisiete años, de noble aspecto y marcial fisonomía. Su traje era rico y elegante; sus maneras desembarazadas y corteses; toda su persona indicaba una educación culta y una cuna distinguida. Sin embargo, las huellas de algún profundo pesar oscurecían su frente, en la que se leía una especie de distracción, harto común en los que andan revueltos en profundísimos pesares. Manifestóse admirado de no hallar a nadie más en aquel sitio; y dirigiéndose a los tres que lo ocupaban, les preguntó si habían visto en él a un caballero.

-Sí por cierto -respondió Santiago- y acaba de echar a correr por el lado opuesto al que usted viene.

-De esta manera -repuso el incógnito- os elijo por testigos de que no hice falta a la cita. Sentiría pudiese jactarse aquel malvado de que no correspondió Portoceli a un cartel de desafío.

Pues sepa usted -continuó el mozo advirtiendo a quien hablaba- que en mí ha desfogado toda su ira. Por orden de cierto valiente, que me entregó esta sortija, venía a comunicar a don Rodrigo como había depositado en su mano los papeles recogidos por el cirujano de Elche. Hallé puntualmente en esta cruz al embozado que se me había dicho, le relaté mi mensaje, y en vez del agradecimiento que esperaba, le vi echarse sobre mí haciendo desesperados esfuerzos para ahogarme. No lo consiguió gracias a...

¡No parece sino que algún maligno genio se complace en desconcertar mis planes! - exclamó el caballero- pero dígame usted, amigo ¿los papeles en cuestión quedan real y efectivamente en poder de nuestro Jaime?

-Sin la menor duda, y yo estaba encargado de volver a Elche para espiar la conducta de mi amo y mi maestro el cirujano don Judas. ¿Qué le digo, sin embargo, después de la desgraciada equivocación que acabo de padecer? Porque ya se me alcanza que el personaje que ha puesto los pies en polvorosa, es algún iracundo galán de la parte contraria.

-Con todo es fuerza que te mantengas en el puesto, pudiendo forjar para tu defensa las disculpas que te parezcan más convenientes. En caso de algún apuro esa misma sortija te hará encontrar protectores en todos los ángulos de esta comarca. Preséntate con ella a cualquier alcalde, regidor, escribano o ventero de estos reinos, y hallarás crédito, introducción y socorro.

-El caso es -replicó tímidamente el mancebo- que carezco, para decir verdad, de los fondos necesarios al efecto de poner en obra...

-Basta; ese bolsillo será suficiente por ahora; otras pruebas de nuestro afecto recibirás en lo sucesivo.

Algo me ha dicho el Barbudo, pero cuenten ustedes conmigo aun cuando no fuese tan cuantioso el premio de mis servicios.

-Muy bien está: vuélvete a tu pueblo, y sé puntual en avisar lo que ocurra. El agradecimiento será grande, pero nunca sería menor la venganza de tu perfidia.

Mandó, esto dicho, a los embozados que lo fuesen escoltando hasta cierto punto; y volviendo las riendas a la yegua, dirigióse con velocidad notable por el camino de Murcia.

No tardó en llegar a esta ciudad, donde moraba lo único que merecía en el mundo su veneración y su afecto. Empezaba el crepúsculo de la noche cuando entró por la puerta que se halla junto al puente, habiendo dejado el caballo en una venta situada en la parte de afuera. Después de andar por varias calles metióse en un convento arruinado por el choque de las últimas guerras, y empezó a pasarse entre sus polvorosas ruinas. Volvía a veces el rostro o giraba los ojos en derredor, cual si esperase alguna aparición consoladora; a veces

también deteníase bruscamente en su paseo, y comprimíase las sienes como afligido por algún bárbaro recuerdo.

-¡Infeliz! -exclamó en una de estas interrupciones- No te escaparás de mis manos si un acaso favorable no te diera pretexto para evitar el desafío. Pero yo te juro pérfido Leopoldo, yo te juro que no te ha de valer la osadía con que te portas y la protección con que cuentas.

Estas ideas desatinaban a Rodrigo, dando tanta irregularidad a sus discursos como a sus movimientos. Permanecían aún en pie varios arcos del antiguo claustro, y una gran parte de la gótica iglesia a que servían de adorno. Quedaba una débil vislumbre de la luz del día; y cualquiera que a tan misterioso reflejo hubiese contemplado la marcha descompasada de don Rodrigo, creyera distinguir en él alguna negra fantasma parecida a los genios maléficos que se complacen en divagar por el desolador aspecto de las ruinas. Una vez tendió los brazos hacia el hueco que formaban dos columnas, y apareció al propio tiempo por en medio de ellas una joven de bellissimo aspecto y elegantes proporciones. Su figura presentaba cierta negligencia o desaliño, lo cual daba indicios de la doméstica persecución de que era víctima, alterando algún tanto la angelical dulzura de su rostro las huellas de una especie de enajenamiento mental, desgraciadas consecuencias de sus agitaciones y delirios.

-¡Julia! ¡Mi querida Julia! -exclamó al verla el caballero- ven, ven un momento a mis brazos para dar treguas a la desazón que bárbaramente te aflige. Pero ¿qué es esto, ángel mío? ¿Siempre enajenada, siempre melancólica y abatida? ¡Pues qué! ¿Aún no se cansan de perseguirte? ¿Aún no se cansan, amada mía, de ver tus lágrimas y de escuchar tus gemidos?

-No se cansan, don Rodrigo; y sólo la idea de tu correspondencia pudiera comunicar alguna fortaleza a mi espíritu. Pero, y tú ¿dónde has estado? Hace un siglo que no te he visto... Andrés me dio tu billete, y aunque sólo me hablabas en él de que por la puerta del jardín viniese a pasearme entre las ruinas, no sé qué feliz presentimiento me hizo esperar que no un mensajero tuyo, sino a ti mismo había de hallar en ellas.

-Y resuelto, ¡oh, Julia! a arrancarte de esa casa de maldición donde todos se han declarado en contra mía. Sé de cierto que han nombrado coronel a Leopoldo-, y si bien por un azar hemos recogido el título y el despacho, al fin tu padre no tardará en saberlo, y por consiguiente a obligarte a que le des la mano. Todavía podemos verificar la fuga: Jaime está pronto, y hay un barco de Filadelfia en Alicante que no tardará en soltar las velas. ¡Julia...! Aquí me tienes para que decidas de nuestra suerte... Vivir conmigo en incógnita ribera, o con Leopoldo Moncadí en las ciudades más florecientes de España... ¡Ah! yo temería tu elección si tuvieras un pecho menos hidalgo, o un amor más frívolo y pasajero...

-¿Y no la temerías -dijo Julia interrumpiéndole- si adivinases la terrible lucha del amor y del deber, la desesperada suerte que me coloca entre un padre y un amante? Escucha, Rodrigo, escucha y no te desesperes oyendo a una infeliz, que ha jurado ser tuya hasta la muerte.

-Nada escucho -repuso sin dejarla proseguir el caballero- ¿Qué valen los fríos raciocinios de la sumisión filial en cotejo de los derechos que me dan a la vez sobre ti mi cariño y mis infortunios...? ¡Ah! Si en el estruendo de la batalla de Vitoria me hubiese

detenido en saquear los tesoros de José, en lugar de hacer rostro a la resistencia del enemigo, no me ganara en riquezas mi aborrecido rival, ni hubiera logrado empañar el lustre de mi fama en la corte. Mío fuera entonces el grado con que acaban de distinguirlo, mío el cortesano favor con que tan erguido se presenta, mío el voto de tus parientes, y... ¿me atreveré a pronunciarlo?... absolutamente mío el afecto sincero de Julia.

-¡Ingrato! Tú quieres que yo delire y que cuando no me sea posible hacer uso de mi razón, como sucede así que me afligen tus desdenes o la ira de mis perseguidores, cometa algún desacierto. Si tal deseas, llévame a donde gustes, pero con la triste condición de que nunca vuelva en mí de la delirante demencia con que alguna vez me turba el ímpetu de mis amores. ¡Ingrato!... Echa si te atreves una ojeada a mi conducta, a mis acciones, y dime si habrá en el mundo un modelo más cabal de correspondencia y de ternura.

-¿Y de qué me aprovecha ese modelo si sólo lo ha sido para hacerme gustar, sin verla jamás cumplida, la fugaz ilusión de engañadora esperanza? No, no te alteres, amada Julia; yo pasaré por lo que ordenes, hasta por el infernal tormento de contemplarte en los brazos de Leopoldo... Pero ¿cómo quieres que bendiga tu memoria si adonde quiera que vaya he de llevar en el pecho la envenenada saeta? Un barco en el océano, una cabaña en el más árido desierto fueran para mí los brillantes alcázares de los señores de Oriente como te dignases participar de mí aventurero destino. Sin ti no hay estímulo, no hay ambición para mi pecho... El pescador miserable de la playa, el ladrón pregonado de la selva despiertan mi envidia y el diabólico deseo de trocar mi suerte con la suya. ¡Julia! No llores; harto te compadeciste de un infeliz que nunca debió aspirar a tus celestiales encantos...

-Yo no sé, Rodrigo, pero a veces siento que mi corazón se alivia con el triste socorro de las lágrimas. Escucha: tú me hablabas de alcázares, de selvas y de riberas... Pues bien: ¿hay más que ir por ellos antes que nos los arrebaten o infesten...? Ignoro qué día fue, pero yo me acuerdo de haberte visto resplandeciente y galán con la púrpura del imperio, o con las pieles del pastor, o con el remo del marinero...

-¡Desgraciado de mí! -exclamó el joven- ¡Es posible...! Cállate, Julia, cállate, y no destroces ya con tus delirios el pecho que más te adora. Yo, yo soy el bárbaro que desarregla con su impetuosidad y sus violencias la hermosura de tu juicio. No me oigas, no me atiendas, mírame aquí a tus pies, mírame abrazando tus rodillas en prueba de que juro seguir tu voluntad, obedecer tus órdenes, nunca apartarte, ¡oh, Julia! de tus filiales deberes.

-¡Seguir mi voluntad! ¡Obedecer mis órdenes!... ¿Pues quién te habla de que tal no hicieras? ¡Válgame Dios Rodrigo! ¿Habré dicho alguna sandez? Perdónala, amigo mío, perdónala más bien que a la malicia de mi corazón, al fatal desarreglo de mi juicio. Y bien, ¿por qué te afliges? Parece que mis razones son concertadas, y que nada te indica ahora la enfermedad de que adolezco.

-Atiende, amiga mía -respondió enternecido Portoceli- ¿No sería más fácil que por medio de mi cuidado recobrases la salud y aquella consistencia de espíritu que antes tenías? No me hagas caso si arrebatado de la vehemencia de mi afecto te pinto la pasión que me inspiras con la misma impetuosidad que yo la siento; déjame abandonar también a unos delirios tan propios de mi carácter fogoso, como lo son los tuyos de tu angelical dulzura...

Pero no me prives del placer de manifestar lo que creo más propicio a tu lánguida cabeza. Si para ello no juzgas fuera del caso la officiosidad de mi cariño, si crees gozar de más tranquilidad bajo un techo pacífico y humilde que de un artesón aunque dorado turbulento, cede a mi súplica y abandona, Julia mía, tus hogares.

-Si mal no me acuerdo hablaste en otra ocasión de este mismo proyecto... Ignoro si te dije a lo que me obligaba el respeto filial; pero debí decírtelo, y no llevarás a mal que me permita una observación tan digna de tu hidalga correspondencia.

-¿Y tienes presente el despacho de coronel que va a coronar los deseos de Leopoldo? ¿Y tienes presente que este despacho era lo único que se aguardaba para celebrar vuestra unión?

-¿Mi unión? -respondió Julia mirando tristemente a don Rodrigo- no temas que se verifique con el mortal que justamente aborrezco: mi padre se compadece de mi estado, y no quiere que se me haga violencia alguna. Por lo que hace a los ambiciosos de la familia, rogarán, porfiarán, pero no dejará de ser respetada mi última determinación.

-¿Y si se aprovechan, infeliz...?

Detúvose repentinamente no atreviéndose a proseguir por temor de recordar a Julia la enfermedad mental que en fuerza de sus persecuciones la afligía; pero adivinando ella lo que decirla quería, apresuróse a continuar la Interrumpida cláusula con inalterable dulzura.

-Entiendo, entiendo... Temes que sean tan viles que abusen de mi extraordinaria dolencia... ¡Ay de mí! ¡Es tan pérfida su codicia! Tan absoluto el dominio que ejercen con el autor de mis días! Leopoldo por otra parte tan pertinaz, voluntarioso y corrompido... que no puedo asegurar que desprecien tal proyecto. No te alteres, amigo mío... si llegase mi desgracia a tal extremo, yo misma me daría la muerte al volver de mi funesto deliquio.

-No te la des -respondió Portoceli haciendo esfuerzos por contenerse- no te la des, antes vive tranquila en los brazos de ese hombre codicioso de tu fortuna y de tus gracias. ¿Qué importa -continuó con amarga sonrisa- que importa que tu amante se desespere y perezca? Vale más que la felicidad y los placeres formen una brillante aureola a los deseos de Leopoldo, que todo le halague y le sonría, que sea un coronel en el ejército, un conde en la sociedad y bajo el techo doméstico un idolatrado esposo...

Aquí llegaban de su interesante coloquio, cuando cierta señora de respetable carácter que había acompañado a Julia y estaba en acecho, salió de entre las piedras para advertirles que se oía a lo lejos el rumor de otras pisadas. Ya elevándose la luna por la bóveda celeste derramaba misterioso resplandor sobre aquel recinto de incompletos zócalos, rotas cornisas, destruidos fragmentos y desquiciadas columnas; silbaba el viento de la noche por entre las hojosas ramas de los árboles del antiguo claustro, sin que ninguna lámpara moribunda alumbrase las urnas sepulcrales que aún se conservaban en pie en medio de tantas ruinas. El silencio nocturno, el sagrado sitio, los melancólicos recuerdos que inspiraba, y la indómita lucha que interiormente sentía, destrozaban el alma de don Rodrigo y hacíanle suspirar por

la venganza. Julia por otra parte, la sensible y desgraciada hija de los condes de La Carolina, tendiéndole la mano para despedirse de él, acabó de echar el sello a su desesperación, así como sucede al encarcelado cuando le cierran el único resquicio por donde recibía la luz y se comunicaba con las prendas de su amor.

-Por Dios, sosiégate -díjole Julia enternecida- mira que no tengo más bienes en la tierra que mi honor y tu cariño.

-Pero sirviendo al uno dejas de servir al otro. ¡Ah! ¡Qué me importa el empeño de ser buena hija si esto te hace renunciar a los títulos de fiel amante!

-No, no te separes de mí con enojo en el semblante, con ira en el corazón... Gente se acerca: adiós, Rodrigo...

¡Cuidado con que te guardes! ¡Cuidado con que atiendas a una seguridad más preciosa que la mía!

-Huye, huye, y para nada te acuerdes del desgraciado que te adora.

No pudo ya contestar la hermosa joven, pero entreoyendo las últimas palabras de Portoceli hizo un movimiento de angustia mientras apoyada en el brazo de la dueña íbanse ocultando entre las mismas revueltas formadas por los arcos de las ruinas. Notólo el caballero al tibio fulgor de la luna, y su generoso pecho sintió un amargo arrepentimiento de haber ofendido con sus ásperas quejas aquel celestial modelo de virtud y de cariño, de lealtad y mansedumbre. Con los brazos cruzados sobre el pecho permaneció un instante abismado en dolorosas cavilaciones; pero los pasos de los que andaban por aquellos sitios se dejaron percibir desde tan corto trecho, que hubo de atender a su propia seguridad, aunque prefería no ser visto para no despertar sospechas en orden al objeto que lo llevaba a tan desiertos lugares. Con esta mira acomodóse detrás del tronco de una columna gótica, desde donde le era fácil advertir el rumbo de los que venían. Asomaron a poco rato dos hombres armados, cuyo traje era el que solían llevar los bandidos de Crevillente, siguiéndolos a poca distancia un caballero embozado en quien creyó reconocer Portoceli a su rival Leopoldo. Un sombrero de anchas alas cubría su rostro, pero el ademán, la estatura y más que todo los inextinguibles rencores de su pecho, manifestados claramente hasta en sus más leves acciones, revelaron su nombre al desesperado amante de Julia.

Poco prácticos al parecer en andar por aquel sitio, reuniéronse no lejos de él para tener entre sí una conferencia. Hubo de deducir por ella que andaban buscando la senda que comunicaba con el jardín del conde. Mientras el escaso conocimiento de aquellos lugares y la opaca luz de la luna les servían de estorbos para encontrarla, advirtieron una especie de camino formado entre las mismas piedras, y metiéronse por él, seguros de que los llevaría a puerto. Los bandidos marchaban delante, y el embozado detrás: hablaban los primeros en voz baja, el otro les seguía con aire meditabundo y sombrío.

Era imposible que dejase Portoceli de averiguar sus intentos, por lo que saliendo de su escondite arrojóse detrás de ellos con silenciosos y atentados pasos. Violos llegar a la puerta falsa del jardín, reconocer si estaba cerrada, y escalarlo en seguida a causa de no

poder penetrar por ella. Dudoso estaba acerca del partido que había de tomar: la superioridad del número y el temor de comprometer siendo vencido la reputación de Julia, mantenían a raya los ímpetus de su esfuerzo y su venganza. Oye en esto nuevas pisadas a su espalda, y volviendo el rostro ve levantarse una especie de fantasma negra por entre el polvo de las ruinas. Hácese a un lado y reconoce los severos rasgos del Barbudo. Encamínase a él satisfecho de encuentro tan imprevisto, mientras con voz apagada apresúrase el misterioso bandolero a tranquilizar su espíritu.

-Ya sabía -díjole- que entre esas piedras hallaría un compañero-, ellos no son más que tres, los dos valemos por ciento, con lo que no hay sino arremeter y poner término a su audacia.

-Los que lleva consigo son muchachos de la sierra -observó el caballero.

-Pues corren por cuenta mía -respondió Jaime- ya verán la lección que voy a darles por haber sido infieles a sus banderas. Usted entre tanto descargue toda su fogosidad contra ese infame Leopoldo, y no se acuerde de mí sino para pedirme auxilio en caso urgente.

Desenvainaron al decir esto, lanzándose contra Leopoldo y sus satélites. El combate, aunque desigual, no podía ser dudoso: cuando los bandidos reconocieron la negra barba de Jaime empezaron a temblar como si fuese llegada última hora. Uno de ellos se tiró por las tapias del jardín gritando socorro, mientras detenido el otro por la nerviosa y robusta mano del Barbudo pedíale con voz sumisa que por Dios y por los santos le perdonase la vida.

-Sí -respondió su capitán- pero para enterrarte con ella en una de esas sepulturas. ¿A qué diablos venías a tan apartado sitio? Habla quedo, o de lo contrario te arranco los ojos y la lengua.

-Díjonos aquel embozado -respondió el bandolero que le escoltásemos para ir en busca de su esposa, a quien un pícaro seductor trataba de robar. Fuimos...

-¿Y por qué sin darme aviso?

-Porque... porque...

-Porque tal sería -replicó Jaime- la condición que os impuso ese bergante. Después arreglaré contigo tales cuentas; entrégame ahora esas armas, y como te separes dos líneas, de un trabucazo te levanto la tapa de los sesos.

Desde el principio de la contienda había tratado Leopoldo de evadirse, pero alcanzado por Rodrigo no pudo negarse al combate. Ambos eran diestros y valerosos, ambos sentíanse animados por los celos y la venganza; y así es que no andaban escasos de injurias y denuestos a par que se iban descargando los más furibundos golpes. Oíalos Jaime, porque el eco retumbaba contra las desmoronadas bóvedas, pero por más que hacía no le era posible dar con los combatientes. Ansiando Portoceli poner fin a la contienda, y avergonzado de no acabar con el único contrario que le había tocado en suerte, dirigióle una cuchillada de revés amenazando su cabeza, cuchillada que a no levantar su rival el brazo para recibirla,

acabara sin remedio con su existencia. Sin embargo, la herida debió ser muy profunda, por cuanto el guerrero anduvo vacilando un largo trecho, hasta que no pudiendo ya sostenerse cayó sobre las mismas piedras despidiendo un horroroso gemido.

-Vámonos -dijo Jaime llegando a la sazón- vámonos, don Rodrigo: el que ha saltado por las tapias del jardín anda alborotando el barrio.

-Reconozcamos, si os place la situación de Leopoldo...

-No puede ser: esos gemidos que arroja se convertirían en gritos desaforados si nos viese acercarse a su maltratado cuerpo. Ábrese ya la puerta del jardín, y salen por ella los soldados agitando ardientes teas... Venga usted conmigo, y nada tema mientras no perdamos instante.

Desaparecieron; y ocuparon inmediatamente el campo acompañados de una guardia, y alumbrados por resinosas hachas de viento, los solícitos criados del conde de La Carolina. Reconocieron el sitio, y guiados por los hondos suspiros del vencido, a quien no era fácil encontrar entre el laberinto de aquellas piedras, toparon con una espada, y poco después, sangrienta y separada del tronco la mano que la blandiera. Iluminados por tan lúgubres indicios, dieron en breve con el maltratado Leopoldo, a quien llevaron en hombros a su casa al efecto de detener la sangre de sus heridas, y de que no se pasase un momento sin que consultase algún hábil cirujano acerca de ellas.

Capítulo IV

Los bandidos de Crevillente

Apenas doraba el sol los desnudos picos de las rocas de Crevillente, cuando se reunieron en torno del Barbudo como una docena de bandoleros en el punto más intrincado de la sierra. A la voz de su capitán pusiéronse dos de ellos de centinela o atalaya a cierta distancia de los restantes, ya al efecto de descubrir a sus perseguidores, ya para espiar al tránsito de los pasajeros. Jaime entre tanto permanecía sentado en una especie de sitial formado por la misma roca, a cuyo pie se colocaron los demás de su cuadrilla con el trabuco al lado y las dagas en el cinto. Guardaban, no obstante su áspera condición, un silencio respetuoso por ver abismado a su capitán en meditaciones profundas. Como llevaban el airoso traje de los bandidos de aquel contorno, enteramente parecido al que ya hemos pintado en el Barbudo, cualquiera que hubiese visto de lejos el curioso grupo que formaban, tomáralos por las ligeras guerrillas de los regimientos de Escocia que luchaban pocos meses antes con los franceses en la vasta extensión de la península.

-¿Quién de vosotros -dijo el Barbudo rompiendo bruscamente el silencio- quién de vosotros ha maltratado las yeguas del Tesorero de Murcia?

Guardaron todos taciturnidad profunda, atónitos del áspero gesto que acompañó a tal pregunta.

-Si vuelvo a oír la menor queja de los que pagan la contribución debida -prosiguió el bandolero- yo os juro que sabré dar con el pícaro que así contraviene a mis mandatos. ¡Como si no supierais que del espionaje depende nuestra existencia, y que es imposible sostenerlo sin una cantidad fija y segura! Ahora bien: no estoy de humor de romperme los cascos en andar tras el judas de esta compañía, pero separaré el valor de tan injusta violencia de lo que se vaya recogiendo por esos caminos reales. Uno de vosotros lo llevará escrupulosamente a su dueño, y cuenta con ejecutar mis órdenes, porque voto a... que os ahorque a todos de una encina u os haga saltar de los hombros la cabeza, ni más ni menos que al bribón que gritó alarma esotro día saltando por el murado jardín de cierto conde.

Calló, y todos continuaron mustios y pensativos. Después de breve pausa, satisfecho al parecer de la sumisión que advertía en el auditorio, rompió nuevamente aquel silencio.

-¿Dónde está el verdugo?

-De atalaya -respondieron.

-¿En qué punto?

-En la falda de la sierra.

-Anda a reemplazarle, Cuchillada, y dile que venga inmediatamente a mi presencia.

Fuese el forajido, y apareció dentro de poco el ladrón que desempeñaba el importante puesto de verdugo entre aquella honrada gente. Era hombre de mediano cuerpo, malcarado y cejijunto, ancho de espaldas, tosco de miembros, recio y maravillosamente robusto. Al parecer la enorme cantidad de vino que había embaulado aquel mastín mantenía algo entorpecidas sus potencias. Presentóse ante el capitán y la cuadrilla salpicado en sangre y con un hacha en la mano de extraordinaria magnitud. Sus miradas eran sombrías, pesada la andadura, los ademanes insociables y grotescos. A pesar de hallarse familiarizados con el crimen, todos mostraron al verle cierto movimiento de horror, nacido en parte de la idea de su carácter desalmado, en parte también del designio que podría tener el capitán en tan intempestivo llamamiento.

-¡Oyes...! -gritó con voz descomunal el Barbudo- aunque la cuba que has apurado puede ser que te quite lo poco que tienes de hombre, ¿desempeñaste mi encargo?

El miserable levantó el hacha presentando al jefe su ensangrentado filo.

-Muy bien, ¿qué tal ha soportado el castigo?

-Con sobrada honra para un bárbaro que quiso vender la partida. Ofrecíame mucho, hasta que viéndome alzar la diestra hizo un esfuerzo para arrancarse del árbol donde lo

tenía sujeto, y el hacha en vez de hundirse en la garganta cayó como un rayo sobre el muslo.

-Torpe anduviste, Crispín: dije que le dieses muerte, pero no que con tu infernal ponzoña te recreases en perniquebrar la víctima. ¿Pudiste sacarle algo del buche?

-Y aún algo -respondió Crispín.

-Pues habla, bestia; ¿a qué te detienes?

-La verdad sea dicha -repuso el asesino- a fin de que cantase hubo de halagarle mi buena maña con ciertas esperancillas de recompensa y de fuga.

-Eres un tigre -interrumpió Jaime- y terno castigar a nadie por haberlo de encargar a una hiena tan inmundada. No menos mal te portaste con el escribano que nos vendía en Orihuela; pero yo te juro, desnaturalizado mastín, que algún día te ahorraré la horca arrojándote en las ascuas de una hoguera. Las dos únicas muertes que he mandado han sido por resistencia o perfidia; y esto que sentía tanta desazón al ordenarlas, como si fuera el pacífico regente de una audiencia. Despláceme apelar a tan bárbaros escarmientos, pero ¿qué remedio, hallándome al frente de una especie de república? Paguen y transiten, cumplan la palabra como guardo yo las mías, respeten la jurisdicción que mi valor y mi industria establecen en la sierra; y todos viviremos en paz con fraternidad y holganza. Y bien, ¿qué ha declarado?

-Que lo compraron con el otro para dar un navajazo de ocho puntos al galán de cierta moza que andando el tiempo ha de parar en condesa.

-Todo eso ya me lo sabía. ¿Dijo algo más?

-Que le adelantó no sé qué monedas un cierto barbero de Elche.

-También está pasado en cuenta. ¿Tienes algo que añadir?

-Nada.

-¿Qué hiciste del cadáver?

-Zabullirlo en el pozo de la cueva.

-Vete a dormir, y para otra vez cuando yo te arroje un hueso, rómpelo de un golpe sin que te diviertas en lamerlo.

Desapareció el mastín murmurando entre dientes ciertas palabrotas con un tono y un acento semejantes a los gruñidos de un cerdo. Recobró Jaime la afabilidad que le era natural, a par que se iba disipando el susto de sus camaradas. Renació entre ellos la especie de confianza mantenida siempre a raya, que Jaime les concedía, y empezaron a entretenerse con la ordinaria conversación de peregrinos lances, asaltos, peligros y desventuras. Manifestóles el Barbudo la doble traición del que había mandado castigar de muerte, y

exhortóles a mantenerse leales y a respetar su moderación y buen trato con los pasajeros, prometiéndoles en cambio completa seguridad y no pocas recompensas. Todos agradecieron sus avisos, y se manifestaron acordes en la opinión de que sin la sagacidad e intrepidez de su jefe, mil veces habrían caído en manos de miñones, guardabosques, rondas y demás partidas que salían a la persecución de malhechores. En esto el grito del más próximo atalaya los puso en alarma: salió uno de ellos para ver lo que ocurría, y volviendo a poco rato trajo a un joven que deseaba hablar particularmente con el célebre capitán de la cuadrilla.

-Ya te esperaba, Santiago -dijo viéndolo el Barbudo- pues sabía que tu cirujano-barbero salió el lunes para Murcia.

-En efecto -replicó el mozo- y aprovechéme de su ausencia para noticiaros el motivo de tan repentino viaje.

-¿Y podía haber en tu caletre que tan importantes sucesos no hubiesen llegado a mi noticia? Más eficacia, señor aprendiz, más eficacia: no busco yo quien me instruya de las acciones, pues alcanzo desde la sierra las de todos mis enemigos; sino quien me refiera sus discursos, sus palabras sueltas, sus pensamientos, cosas harto espirituosas y volátiles para que dejen rastro alguno. Vamos, no hay que amostazarse ni temerme, que bien sé distinguir lo que va de torpeza a villanía. Por lo demás, no dejarás de serme útil, y siéntate entre esa buena gente a fin de que almuerces y te recrees un poco antes de acudir a mis mensajes.

Hízolo así, y saliendo del hueco de cercana pena uno de la pandilla con gran sartén llena de arroz, tocino y otros manjares incitadores de la colambre, empezaron el almuerzo menudeando tragos y disparando recias carcajadas. No faltaron el estimulante salchichón, el salado queso y la sabrosa aceituna; y si bien no era el pan del más blanco ni del más tierno, no por esto hacía menos papel en aquel rústico banquete. Los coloquios con que los sazonaron, y los groseros chistes con que lo divirtieron eran sinnúmero: allí se ponderó la traza dada por Jaime al efecto de establecer por medio de ramas, de ropas colgadas en las ventanas, de piedras puestas al margen de los caminos, una especie de telégrafo más variado y sutil que los que tanto se admiran en las altas torres de Montjuic y de Tabira; allí se glosó en fin el chasco que se llevaban los soldados cuando persiguiendo a los malhechores por la sierra los veían aparecer y desaparecer, sin que adivinasen por dónde, a causa de no estar prácticos en el conocimiento de sus secretas sendas y laberínticas grutas. No hubo ladrón que no refiriese lances de su propia vida, dándose el aplauso y la palma a los que manifestaban más sutileza y perspicacia. Sólo andaban algo moderados en la relación de asesinatos y crueldades cometidas con los pasajeros, por saber que no eran del gusto del capitán tales excesos.

Todo lo notaba Santiago y de nada se dolía: al principio anduvo algo tímido y pusilánime en el almuerzo, pero una vez animado con el ejemplo y la sincera jovialidad de tan alegre comparsa, no quiso pasar por menos, y empezó con mucho donaire y gana a embaular tasajo como el puño. Sobre todo cuando le presentaron la bota y hubo hecho, a usanza de los demás, su puntería a la bóveda celeste, sintió en lo íntimo de su corazón no sé qué síntomas de algazara que le hicieron olvidar por un momento la crítica situación a que lo arrastraban su imprudencia y su avaricia.

En esto percibióse a lo lejos el ruido de los cascabeles y campanillas con que adornan sus mulas los arrieros, y el eco de los prolongados gritos con que suelen ir las animando o conteniendo. Oyeron poco después el rechinar de las ruedas y la voz terrible de alto con que el primer atalaya desde la punta de un barranco mandaba parar a los transeúntes.

-¡Hola! -dijo Jaime- parece que el ratón se haya soplado en la trampa. Ea, muchachos, que ha de ser el carretero que lleva los dos mil duros de Játiva: no ha pagado, porque confiaba en las bravatas que echó en su pueblo el comandante de ese nuevo destacamento que ha sentado sus reales en Novelda. Es mozo que se publica contrario mío, pero sin hacerme otra guerra que la que es lícita a todo hombre de pelo en pecho.

Levantóse, mandando a tres de los presentes que le siguieran. La curiosidad de Santiago hízolo adelantar por los vericuetos de la misma sierra, y apostarse en cierto pico desde donde pudiese ver lo que pasaba en la carretera. Descubrió nada menos que al impetuoso Roque, el mismo que se peleara con el soldado desertor en la noche de la venta. Su despechado semblante, y el aire con que miraba de reojo desde el carro al Barbudo y sus satélites, manifestaba a tiro de arcabuz no sólo la desesperación que lo oprimía, sino la gana también de medir sus fuerzas con aquellos salteadores.

-Y bien, ¿qué llevas en ese carro? -preguntóle Jaime con voz hueca y determinada.

-Algunos sacos de arroz entremezclados con serones de algarroba.

-¿Qué más? -insistió el bandido.

-Creo -respondió Roque con mucha flema- que vengan también un par de talegos de habichuelas.

-De dinero, miserable -gritó Jaime- de dinero te hablo.

-El de mi faja -satisfizo secamente el arriero.

Pues al registro -repuso Jaime echándole una mirada suspicaz y colérica.

Dio un brinco para saltar dentro del carruaje, al tiempo que desesperado Roque y no permitiéndole su natural impetuosidad llevar más adelante el disimulo, echó mano a una escopeta que guardaba debajo de las mantas, y disparóla a boca de jarro contra el Barbudo, quien sin duda lo pasara mal a no mediar la circunstancia de no haber salido el tiro. Al aspecto de acción tan alevosa e imprevista, arrojáronse al carro los demás ladrones para sacrificar al pasajero; pero tendió Jaime el brazo, y con admirable serenidad contúvolos exclamando:

¡Alto, alto, muchachos, que si a mí me robasen, voto al diablo que había de hacer lo mismo!

Detuviéronse al eco de estas palabras, pero no sin murmurar contra el carretero, ni sin mirarle de un modo capaz de atemorizar a hombre menos vengativo y resuelto. Habíase sentado entre tanto al margen del camino real, mientras continuaba Jaime el registro del carruaje. Pensativo y taciturno, empuñando aún la vara o látigo que suelen llevar los de su oficio, contemplaba con desencajada vista la operación minuciosa del Barbudo.

-¿Sabes lo que pienso? -dijo al ver a Jaime sacando la cabeza para llamar a otro bandido- que sería mucho mejor que dándome tú el trabuco y entregándote yo la vara cambiásemos de industria.

-¿Y por qué sería mejor, señor valentón? -preguntóle el capitán sorprendido de su serenidad y descaro.

-¿Por qué? Bien claro está -prosiguió Roque- soy ordinario de Játiva, y gano mi pan llevando los efectos que las gentes me recomiendan. Dos mil duros en metálico me han entregado este viaje fiados en mi exactitud y valentía, si me los quitas, Jaime, cosa que no dejará de suceder pues harto se me alcanza que ya olfateas la caza, me tendrán por un embustero o un babieca, y no habrá quien me confíe una hilacha. Sin encargos, adiós salario; sin salario, adiós mulas; por consiguiente, adiós carro, y llevóse el diablo al carretero. Repito pues que tomes esa vara de la cual darás mejor cuenta, y me dejes noramala tu trabuco aunque me arrastre algún día a la penca o al dogal de maese Diego.

No sin cierta satisfacción interior escuchaba el bandolero las razones del agobiado caminante. Mirábale de hito en hito en tanto que las profería, y no bien hubo acabado cuando empezó a dirigirle las siguientes preguntas:

-¿No tuviste, señor galán, hará cosa de ocho días, porfiada riña por mi causa?

-En efecto: con una especie de desertor, a quien di una leve leccioncita ante el auditorio venteril de las Tres Cruces.

¿Y no te jactaste de exterminar a cuantos divagamos por la sierra?

-De manera -respondió pasmado el arriero- que si me has ido siguiendo los pasos es en balde que te niegue esas jactancias.

-¿Y cómo te gobernarías? Tengo curiosidad de averiguar si la sutileza de tu caletre corresponde a la robustez de tus pulgares.

-Mira, Jaime; una cosa es disputar en ventas, sobre todo cuando aprieta el frío y suena el aguacero por el campo, y otra verse cara a cara con un...

-¿Con un forajido, un ladrón, un salteador de caminos? -dijo Jaime apresurándose a concluir la frase que dejaba suspensa el caminante.

-Tú lo has dicho -respondió Roque con la aspereza de un jaque que ya no espera gracia ni cuartel.

-No extrañarás entonces que a lo menos contigo proceda como a tal. Vuelve el hocico hacia la punta de aquella roca, y darás con el joven a quien quisiste proteger, ni más ni menos que si alargas las piernas como a un cuarto de hora de distancia olerás el mutilado cadáver del soldado que te quiso combatir. Ya ves que Jaime tiene tan prolongados los brazos como perspicaces los oídos, y que no se le habrá ocultado la menor de tus bravatas.

-Ya, ya lo veo; de la misma manera que no te duermes en repasar el dinero que por diferentes partidas se encierra en esa cajita. Ella contiene además todo el tesoro de mi reputación y mi crédito.

-Alienta ese espíritu, que no es mi ánimo hacerte perder lo uno ni lo otro: no has de decir de Jaime que es menos generoso de lo que la fama lo pinta, aunque pueda yo decir de ti que no tienes toda la sutileza y la disposición de que en las ventas te precias. Cien duros me reservo para mi gente, de lo cual te haré recibo al efecto de que puedas asegurar a esos señores que deben a tu valor la conservación de la partida. Pero cuenta con pagar de aquí en adelante la contribución de veinte reales por mula, porque si andas todavía con subterfugios y rodeos, yo te juro que no han de pasar quince días sin que te entierren vivo en subterránea cueva.

-No hayas miedo -respondió Roque tomando la mano del bandido- no hayas miedo, Jaime el bueno; y sabe que mi reconocimiento es tan tenaz y exaltado como mi odio.

-Ea pues -dijo el Barbudo- arrea las mulas, y San Antón te guarde.

Aunque es probable que los satélites de Jaime daban interiormente a todos los diablos su generosidad y esplendidez, no se atrevieron a chistar cuando sobre conocer el carácter de su capitán, tenían el castigo del desertor ante los ojos para andarse con chistes en cosa que desagradarle pudiera. Jaime en tanto mudó la centinela y volvióse a la cuestecita del almuerzo a fin de conferenciar con Santiago y darle nuevas órdenes. Los demás ladrones se echaron a dormir en derredor para favorecer la digestión y hallarse ágiles y descansados así que sonase la hora del asalto o del peligro.

Capítulo V

El cirujano don Judas

Rogamos al condescendiente lector que se prevenga a dar otro salto desde la sierra de Crevillente a la antigua capital siete veces coronada del florido reino de Murcia. Y no es nuestro ánimo hacerle divagar por sus calles y encrucijadas, sino introducirlo de pronto en un aposento sombrío, donde varios unguentos, vendajes y botellitas indicaban los desagradables lances de una curación quirúrgica. Un hombre en efecto de talla menos que mediana, flaco, macilento, de voz destempladilla y chillona, cuya andadura sutil indicaba a tiro de arcabuz las arterias de su espíritu, desempeñaba el oficio de cirujano a favor de un

caballero de alta estatura, tendido sobre un lecho de lujosos atavíos. Su rostro era naturalmente áspero, y dos grandes y tupidos bigotes lo hacían más desapacible y funesto. Seguía con ojos desenchajados los movimientos del cirujano, que con la agilidad furtiva y silenciosa de un gato, revolvíase por el aposento preparando drogas y disponiendo emplastos. Dejó percibir el doliente un profundísimo gemido, y acercósele al momento este solícito alumno de Esculapio, para preguntarle si le aquejaban los dolores de su cuerpo o las amargas angustias de su espíritu.

-Ambas me abrasan, ambas me consumen -respondió con desabrido gesto Leopoldo de Moncadí.

-Es que si mi presencia -repuso el cirujano- atormentase a su señoría seríame fácil librarle de ella. Gracias a las discordias del tiempo en que vivimos, aunque tuviera veinte manos más descarnadas y menos diestras que las de que actualmente me sirvo, no carecería de trabajo en que emplearlas. Y no sólo sacara muy buen dinero de las roturas, amputaciones y fístolas, sino un agradecimiento sin límites. Vuestra señoría me lo debe también, en vez del empeño con que hace recaer en mi persona el odio que sólo merece el autor de tal herida.

-No estoy muy de humor para responderte; pero cada saeta de tu maliciosa lengua es un puñal, don Judas, que me atraviesa las entrañas.

-No comprendo lo que vuestra señoría quiere decirme: sólo sé que dando rienda a sus frecuentes ímpetus de cólera, miro como imposible evitar la calentura y la inflamación y la gangrena.

-Pues si es como lo dices, ¿por qué infernal malicia te complaces en exaltarme la bilis? ¿A qué repetir que necesitas más manos de las que naturaleza te ha dado, cuando yo que soy un militar y un caballero, yo que me pico de galán y cortesano, carezco ¡oh rabia! vergonzosamente de la mía?

-Aunque no me precio de teólogo, no por eso dejo de conocer que la Providencia se ha mostrado con vuestra señoría hartamente benéfica. Porque si el mandoble que abrió tamaña herida, hubiese alcanzado el importante miembro a que parecía destinado, anduviera rodando la cabeza a largo trecho del tronco.

-¡Ojalá don Judas!... ¡Ojalá! y no sufriera el disgusto de contemplar desbaratados en un momento los planes más bien concebidos. Tampoco habría de pasar por el bochorno de ver caballos que me será imposible montar, caballeros cuyo impulso no me será dado seguir, nobles damas a quienes no me podré yo ofrecer. Con una ambición de gigante, con pasiones las más ardientes, estoy condenado a una vida pacífica y oscura como la del pastor del Pirineo o la de una despreciable mujercilla.

-Demos que sea así -repuso el cirujano ocupado siempre en preparar los untos y las vendas- y aun con eso los mismos ojos que se hubieran inevitablemente perdido con la cabeza pueden proporcionar a vuestra señoría deleites no menos agradables que los de esos pasatiempos, escaramuzas y carreras.

-No comprendo, maese Judas, cuáles pueden ser esos deleites.

-Los más sabrosos, los más suaves que embelesan al espíritu del hombre.

-¿Por ejemplo? -preguntó con afanosa curiosidad el caballero.

-¡La venganza...! -respondió el cirujano con todo el respeto y el enajenamiento de un amante cuando pronuncia el nombre celestial de su querida.

-¿En qué colegio, señor barbero, ha aprendido usted esa doctrina? -volvió a preguntar el enfermo dejándose caer sobre las almohadas, después de incorporarse para oír el secreto que iba a revelarles su esculapio.

-En el de Cádiz, aunque de tiempo en tiempo hacía mis excursiones por la Giralda de Sevilla y la playa de Sanlúcar. Allí y en algunas ciudades de Italia, adonde fui a parar cuando desempeñaba el destino de cirujano de ejército, cobre la energía y sagacidad que me distinguen. Estas calidades me valieron que vuestra señoría me buscara para servirle en sus asuntos, pues sabe bien que las aguas mansas son las que ocultan remolinos más raudos y precipicios más hondos, y que el enemigo más terrible es el que descarga la mano aún antes de amenazar con ella a los contrarios.

-Pero ¿a qué me viene usted con esas diabólicas lecciones? ¿Qué interés le mueve a precipitarme de nuevo en la carrera del crimen?

-Para hablar con toda franqueza, ser uno mismo el objeto de nuestros implacables rencores.

-¡Cómo! -exclamó el caballero- Pues ¿qué tienes tú que arreglar con don Rodrigo? Yo creí que del mismo modo que ocupamos distinto lugar en el mundo, habían de ser distintas nuestras miras y venganzas.

-Tal vez debería suceder así, pero desde que me mandó vuestra señoría administrar aquel caritativo brebaje a la hija de los condes de La Carolina, brebaje que alteró su razón y ofusca aún por intervalos sus potencias, fue tal el odio que me cobró don Rodrigo, que donde quiera me insulta, y siempre me anda a la zaga o para acabar conmigo, o para hallar plausible pretexto con que delatarme a la justicia.

-¿Y usted espera hacer de mí un instrumento eficaz para sus resentimientos? -replicó Leopoldo mirando con menosprecio al facultativo- Hace tiempo que conozco a nuestro hombre, y sé decir a usted que tiene tanta destreza en el brazo como vigor en el puño. Sin duda los demonios que gobiernan este mundo de tinieblas, son los que han dispuesto que nos halláramos repetidas veces andando el mismo camino. Su osadía y sus conocimientos eclipsaban mi travesura en el ejército, al paso que su cortesanía y sus gracias mi esplendidez entre las damas. Él ha causado mi vergüenza y mis desdichas; él ha sido causa de que no premiase mis esfuerzos una corona de conde. Está bien, doctor: será usted vengado, pero tampoco crea dejar de servirme en cosas que yo le mande.

-¡No, por vida del bisturí! Cuidado, empero, que arrastrados de un falso amor propio despreciásemos al que vamos a sacar de en medio. Vuestra señoría mismo acaba de ponderar su impavidez y su pujanza.

-Nada temas: por grande que fuese, hallaríamos otra superior a la suya. Te repito que en ninguna manera creas dejar de servirme en mis planes ulteriores. Te vengaré, te enriqueceré; pero ¡cuenta con desertarme o venderme! En el primer cajón de aquella cómoda hallarás una bolsa con la que tienes la primera recompensa de esta cura: mírala como augurio de otras no menos sonantes y repletas.

-Gracias, un millón de gracias, noble bienhechor mío. Vuestra señoría posee el oro, yo el instinto de aconsejar y urdir venganzas; y cuando se hallan los hombres vengados y poderosos no hay deleite, no hay felicidad que les falte. La noticia de que nuestro orgulloso enemigo habrá sido para siempre castigado ¿no suavizará el encono de esa herida con superior eficacia que los olorosos bálsamos de la Meca?

-¡Ah! ¡Mucho más lo afirmarías si supieras el pormenor de todas sus insolencias y ultrajes! Su padre, muerto en la batalla de San Marcial, era coronel de mi regimiento, y complacíase en abochornarme con excusas de ser nulo e inexacto para el servicio. Entre tanto afectaba ese soberbio una indulgencia conmigo que sólo servía de ensalzamiento para él y de oprobio a mi conducta. Tal fue el diabólico efecto de esas tramas, que don Rodrigo pasaba por modelo del pundonor y la disciplina, a par que Leopoldo Moncadí por el de la insubordinación y la licencia. La muerte de su padre no le impidió seguir intrigando con el nuevo jefe para vituperar mi valor y mis caprichos, aunque manifestándose codicioso de mi amistad, y dispuesto a procurarme toda especie de mercedes. Por él no alcancé los grados que me correspondían de justicia; por él tuve la reputación perdida; por él llegué a desesperar de labrar en ningún tiempo mi fortuna. La paz de 1814 me facilitó presentarme en la Corte y adquirir conocimientos y amigos: a ellos debo la rapidez de mis ascensos, las cruces que me condecoran, y ese despacho de coronel que envié a usted a fin de que lo remitiese al conde por mano segura y fidedigna mientras espiaba ocultamente el efecto que le hacía. ¡Ah! ¡Él debía fijar la aurora de mi enlace con Julia! ¡Julia...! La joven más rica, ilustre y bella de toda España, enamorada por mi mal de ese orgulloso que se ha de atravesar contra todos mis proyectos. Tú sabes, amigo don Judas, cuánto he trabajado para hacerle caer en desgracia del conde y de sus parientes, hasta quitarle con mi influjo la compañía que mandaba, desconceptuarlo en el ánimo de sus jefes, enviarle el retiro en fin, mientras destruía por tu medio la razón de la hermosísima heredera.

-Pues he aquí, con perdón de su señoría, lo que nunca pudo comprender el cirujano don Judas. ¿Pues no era proceder contra la misma pasión de vuestra señoría ofuscar sin qué ni para qué las facultades morales de la beldad que tanto adora?

-¡Pobre hombre! ¿Y aún no has advertido con esa infernal astucia, más parecida al instinto de la serpiente que a la torpeza de un cristiano, que el principal objeto de mi culto han sido el título y las posesiones de la novia? Enajenando sus potencias, borraba de su imaginación la pérfida imagen de mi rival; y aunque me casara con una mujer menguada, espantadiza y boba, no por eso dejarían de llamarme conde de La Carolina. Además, la

enajenación mental, como tú me previniste, no destruye la belleza, ni le marchita el lustre, antes puede decirse que la hace más sumisa y le da cierta novedad seductora; a lo que debes añadir que lo que pudo displacer a mi lujuria era favorable a la ambición de mis planes y al deseo de malquistar al espadachín Portoceli con los ilustres parientes, puesto que no dejarían de atribuir a la porfiada tenacidad de sus amores esta enfermedad aflictiva y desastrosa. Supe por extraño evento que el paquete remitido al conde estaba en poder de Jaime, por lo que determiné salir en público suponiendo que llegaba de Valencia. Sobre todo que ya había dado con mi escondite el pérfido de mi enemigo, que me desafió citándome a lejano despoblado al efecto de que nadie pusiese impedimento a nuestra cólera. Aguardéle, no pareció, y al regresar a Murcia supe por Andrés y Crispín, los únicos que me fue posible sobornar en la cuadrilla del Barbudo, la entrevista que según indicios iba a verificar con Julia por la puerta de las ruinas.

-¡Ah! ¡Qué momento, señor coronel, para dar un golpe maestro!

-Por lo mismo traté de aprovecharlo; pero ese facineroso Jaime, a quien nunca he podido separar de mi rival, salió de entre los escombros y... harto lo sabes... ¡Eternamente, amigo Judas, eternamente derramaré venenosas lágrimas por tal desgracia!

-Bien, bien; por lo mismo no hay sino darse prisa en vengarla.

-Sí, sí -exclamó el herido rechinando los dientes- tú estás en lo cierto; hazme el gusto de llamar al ayuda de cámara.

Llamó, y un joven alto y bien dispuesto abrió la mampara de la estancia.

-Ven acá, Luis -díjole don Leopoldo- ¿Ha salido Crispín?

No señor.

-¿Estará borracho tal vez?

-Tampoco, gracias al sueño que le ha hecho digerir lo que ha comido. El pobre tenía razón: ayer se separó de la sierra donde según dice, no había echado trago a su sabor desde muchísimo tiempo.

-Dile que entre, y cierra la puerta.

Oyéronse muy pronto las pisadas de un hombre pesado y grosero, y apareció en seguida el mismo ladrón, a quien ha visto el lector desempeñando las altas funciones de verdugo en la pandilla de Jaime.

Afila bien el hacha... Mira que es fuerza despachar a cierto enemigo -díjole don Leopoldo.

Suavizáronse las toscas facciones de Crispín, e hizo con la boca un gesto horrible ensayando un modo de sonreírse a su manera.

-El señor te lo dará a conocer -prosiguió el doliente- calcula bien el tiempo, toma tus medidas, pesa con madurez las circunstancias, pues no se trata de tímido caminante, sino de un pícaro acalorado, de un digno camarada de tu forzado capitán, en una palabra de don Rodrigo Portoceli.

-¡Válgame la maña! -exclamó con voz áspera Crispín- Si yerro el golpe puedo ya contarme con los muertos.

-Toma al otro camarada para que te ayude.

-¿El otro? ¿...El otro? ¿Andrés querrá decir el señor...? Pues bien, el pobre Andrés murió hace tres días a mis manos por especial orden del Barbudo. Ya: como hubo aquello del jardín... Creo que el señor me comprende...

-Demasiado, demasiado te comprendo, pícaro -interrumpió Leopoldo despidiendo un ay semejante al prolongado quejido de los réprobos- pero esto no quita que busques a otro gañán de tan recio puño y de tan ruin intención como tú mismo.

-¡Bah! No es menester, y sobre todo conviene que el secreto ande entre pocos para que no llegue a oídos del hermano Barbudo. Si algo quiere doblar el señor que sea la remuneración de la mojada.

-Corriente... digo, como me des linda cuenta de mi encargo.

-¡Voto a a...! No hay en todas las cuadrillas de Murcia y Andalucía brazo tan pesado y certero como este mío.

-Harás bien en dejarte dirigir por los prudentes consejos de ese buen facultativo... Sobre todo fuera tabernas, hasta llevar a cabo este negocio.

-Como que depende mi vida del porrazo...

-Y prepara sutilmente el hacha y el puñal, a fin de estar pronto así que te llame el cirujano.

El asesino hizo una reverencia y salió del aposento.

-No sé por qué capricho -dijo a la sazón don Judas- no hemos de obligar a este matón a que tome un compañero.

-Porque un hombre como Crispín vale por veinte cuando sabe pillar la coyuntura. Pero llama al ayuda de cámara, y despacha con mil diablos, si es que me ha de quedar aliento para esa maldita curación.

Por segunda vez entró Luis en el aposento sirviendo de asistente al cirujano en quitar las vendas y preparar lo concerniente al primer aparato de la herida. Así que estuvo desnuda,

contemplábala maese Judas con cierto placer, dimanado en parte del amor a su profesión, en parte también de la malignidad de su pecho. Por lo que hace al caballero, fijó un instante los ojos en tan horrible espectáculo, y sucumbiendo a la agudeza del dolor, dejáse caer sobre el lecho soltando un hondo gemido.

-No es nada, no es nada -dijo el cirujano con voz blanda e insinuante, aunque dejando traslucir a pesar suyo cierta sonrisa plácida y desdeñosa- digo que no es nada, en razón a que ese desalmado Portoceli conoce bien el oficio. Apuesto que si cualquiera menos hábil hubiese descargado el golpe fuera todo mi arte inútil; pero es la herida tan limpia y acertada, que se parece ni más ni menos a una amputación de colegio. Como vuestra señoría no se altere ni impaciente, no tardará muchos días en salir de entre las sábanas.

-¡Ah! ¡Yo temo la salud, más aún que los punzantes dolores de la enfermedad! ¿Adónde me presento, infeliz, sin la heroica diestra tan pródiga de recompensas, tan temida en las batallas?

-Eso harto se ve que no tiene remedio, pero podemos ocultarla suponiendo que sobrevino tan funesto accidente a uno de los acompañantes de su señoría.

-Ardid para pocos días, señor barbero.

-Ya; pero retirándose vuestra señoría de estos países hasta que pase la memoria de semejante suceso...

-Lograré que no lo sepan al pronto, mas no que dejen de enterarse desde que me vea obligado a corresponder a un saludo.

-De todos modos hay la ventaja de haber sido cortada con tanta destreza y maestría, que no conozco cirujano-barbero capaz de hacer otro tanto.

-Ya sé cuánto le debo -respondió el herido ocultando su despecho bajo venenosa sonrisa- y como Crispín no le pague en la misma moneda, publica por donde quieras la mutilación de Leopoldo.

-¡Viva esa sed de venganza, tan noble como la sangre de vuestra señoría! Permítame sin embargo recordarle que la destreza de su rival hubiera sido vana sin los útiles socorros de su servidor don Judas.

-Cierra ese pico, y no me mientes con el dardo de tu lengua esa destreza de tristísimo augurio. Cuando hablas de los tormentos que he pasado, tormento cuyo agujijón penetra todavía mis entrañas, paréceme que los nervios de ese tronco se estremecen y se extienden y se encogen como si comunicasen el mismo impulso a los dedos de la mano que han perdido.

-Si no es ofender a su señoría, diré que eso consiste en cierto fenómeno bien conocido de los que ejercen mi profesión. No pocos sabios sostienen que las misteriosas leyes de la simpatía existen y obran con maravillosa eficacia entre el miembro roto y el mutilado

tronco de donde los separaron aguda daga o corvo alfange damasquino. Por ejemplo: en el presente caso los dedos de la mano perdida pueden aún estremecerse como correspondiendo al juego y a las fuerzas vitales del miembro a que han pertenecido. ¡Ah! Si me fuese dado recogerla, tendría un placer inexplicable en observar por mí mismo este singular fenómeno.

-No lo dudo, no lo dudo, así como lo tienes ahora en exaltar mi cólera para que castigue tu perversa audacia. Haz tu deber y no te deleites, si en algo aprecias la vida, destilando plomo derretido en mis entrañas.

-La aprecio -respondió en tono jocososerio el cirujano- la aprecio, sí señor; porque sin ella, ¿quién pudiera suavizar los agudos dolores que sufre mi bienhechor, y que lo exasperan hasta contra su más humilde criado, sin más motivo que el de complacerse en los fenómenos del arte de curar?

No atreviéndose sin embargo a prolongar las chanzas con el carácter irritable del enfermo, dedicóse a la curación con todo conato, oficiosidad y diligencia. Derramó en la herida un aromoso bálsamo, cuya espirituosa fragancia se esparció por el aposento, cambiando en deliciosa frescura el fuego penetrante y sutil de aquella llaga. Fue tan pronto, tan inesperado el efecto que produjo en el doliente, que en vez de amargo gemido soltó una exclamación de placer, recostándose en el lecho como para saborear la regalada calma que percibía.

-Ahora, ahora -dijo el cirujano- puede conocer el señor de Moncadí a sus verdaderos amigos. Si llevándose hace un momento de su injusta cólera hubiese mandado castigar al pobre barbero de Elche, ¿dónde hallaran sus criados un facultativo que le proporcionase este amabilísimo consuelo?

-Olvide usted mis amenazas, amigo don Judas, pero tampoco sea tan pródigo de chanzas ni de sarcasmos.

En esto sacó el cirujano una redomita del pecho, y echando en una copa de agua algunas gotas del elixir que contenía, presentóla al enfermo como bebida que había de procurarle un sueño benéfico y profundo.

-¿Y cuánto durará este sueño? -preguntó el caballero.

-Lo ignoro, porque depende de la eficacia con que obrará en la naturaleza de vuestra señoría. Tal vez hasta la media noche, tal vez hasta mañana por la mañana...

-Tal vez hasta la eternidad -respondió el enfermo interrumpiéndole- Beba, señor Herodes, beba siquiera un sorbo del peregrino brebaje si es que seriamente pretende que yo lo tome.

-Sin la menor dificultad -repuso don Judas con su desdeñosa sonrisa- y si no bebo más, consiste en que este zumo de la India tiene tal fuerza narcótica, que me quitaría por muchas horas la facultad de visitar a otros enfermos.

-Disimule usted esa sospecha, amigo mío; disimúlela en gracia de la agudeza de mis males -dijo el caballero medio avergonzado de la prueba a que lo había sometido.

-Nada hay que disimular al que no puede ofender. Sólo me tomaré el permiso de manifestar a vuestra señoría que si mi intención hubiese sido perversa, para maldita la cosa necesitaba recurrir a ponzoñosos brebajes. ¿Qué me hubiera costado envenenar el bálsamo que apliqué a la herida, al efecto de que gangrenando el brazo hasta la espalda convirtiese todo el cuerpo en putrefacción e inmundicia? ¿Quién me fuera a la mano para emplear secretos aún más agudos, inficionando el aposento con esencias que debilitasen poco a poco los manantiales de la vida, hasta que se extinguiese la del enfermo como la llama de una luz vacilando entre los densos vapores de húmeda y subterránea cueva? Poco aprecio hace vuestra señoría de mi arte desconociendo los sutiles medios de destrucción que puede proporcionar a un profesor de mérito. Nunca olvide sin embargo que no mata el médico al enfermo cuya generosidad le hace vivir, y de quien espera sobre todo el sublime placer de la venganza.

Desapareció al decir esto con cierto aire de triunfo, que chispeaba al través de sus rastreros y multiplicados acatamientos. El caballero quedó abismado en amargas reflexiones, hasta que, sintiendo la influencia del narcótico, llamó con voz apagada a su ayuda de cámara.

-¡Luis! ¿Se ha marchado el cirujano?

-Sí señor.

-¿Y se fue solo?

-Crispín habló con él y siguióle a poco rato.

-¡Dios mío! Ya: creo que han ido por no sé qué hierbas medicinales. Mira: será regular que vuelva pronto; no le dejes entrar, pero tampoco permitas que hable con nadie. Ya sabes que un trago de vino le hace proferir las mayores blasfemias y sandeces. ¿Qué encargos te ha hecho don Judas?

-Que cuidase mucho de que nadie despertara a su señoría.

-Pues cumple con semejante orden. Siento que el sueño me vence... Cierra bien la mampara, y déjame que descanse...

-Quiera Dios -exclamó el paje- conceder a vuestra señoría el apetecido reposo.

-¡Dios...! ¡Reposo...! -pronunció sordamente el caballero- Otras veces lo he disfrutado bajo su protección divina. ¡Pero ahora...! Mientras se está derramando por mi causa la sangre de un inocente... Sin embargo, los tesoros y los bálsamos del oriente no son ya bastantes a volverme la mano que arrancó de mi cuerpo.

Aquí acabaron las palabras inteligibles que escaparon de su boca; otras murmuró todavía, que no pudo ya comprender el ayuda de cámara, hasta que puso fin el sueño a los combates sangrientos de su espíritu.

Capítulo VI

Aclaración de los precedentes

Después de los singulares acaecimientos que llevamos referidos, inverosímiles quizás a no haber sido tan íntimas, tan indispensables las comunicaciones entre los propietarios de Murcia y los bandidos de Crevillente, es natural que desee instruirse el lector acerca del origen que traían las amistades y desavenencias de los primeros personajes de nuestra historia. Algo se habrá enterado por la conversación del caballero Moncadí y el cirujano don Judas; pero ignora todavía lo más esencial de unos sucesos cuya celebridad no ha sido tanta en razón a que los bandidos que en ellos juegan dan cierto deslustre a las personas que hubieron de apelar a su auxilio. Sin embargo, repetiremos en su abono que les era mil y mil veces necesario valerse de semejantes emisarios, ya para desviar sus amenazas, ya para mover guerra a otras gentes de su laya. Y no se crea que dimanase tal desorden de indolencia del gobierno, pues no sólo procuró extinguir los bandoleros y establecer una completa seguridad en aquellos reinos, si no que el Capitán general destinado para mandarlos reunía las más altas calidades de actividad, patriotismo y valor. La configuración de la sierra, las prolongadas cuevas que abriga en su seno, lo escarpado de sus cumbres y los desórdenes consiguientes a una guerra pertinaz de siete años, hicieron que las acertadas providencias del ministerio no cortasen el mal de raíz, aunque maravillosamente destruyeron su propagación y violencia. Añádase a esto un carácter tan enérgico y astuto como el del Barbudo, hombre capaz de anochecer en Murcia y amanecer en Valencia, que amedrentaba a los pueblos, que contaba con un sinnúmero de espías; y se verá palpablemente que era imposible sufocar de un golpe esta calamidad, y que más bien reclamaba las medidas de prudencia y de rigor que se adoptaron.

Al mismo tiempo no se contentaban los ladrones con aligerar a los pasajeros, sino que por medio de tropelías e insolencias exigían contribuciones de los propietarios. Una carta enviada al dueño de una hacienda amenazándole con que pegarían fuego a su olivar o a su cortijo como no aprontase tal cantidad de dinero; el medio, aún más diabólico, de coger a un individuo de la familia y exigir asimismo otra cantidad para soltarlo; con otros del mismo jaez acompañado siempre de blasfemias y de insultos, hacía que tuviesen muchas gentes comunicación con el Barbudo al efecto de que les garantizase la seguridad de sus haciendas y personas, mediando la mensual asignación en que se convenían.

La superioridad de la fuerza y del talento, la práctica de recorrer desde muchos años la sierra, un natural poco sanguinario, y ciertos rasgos de inesperada nobleza y generosa cortesanía, daban a este célebre bandolero irresistible ascendiente con los ladrones y los pueblos. Los unos querían servir a sus órdenes, los otros aspiraban a su protección; aquellos sólo se creían seguros bajo sus banderas, estos no estaban tranquilos sino con la buena fe de

sus promesas; los primeros defendían su persona, asaltaban a los transeúntes, percibían la contribución de los mayores; los segundos le daban avisos, indicábanle el peligro que corría y hasta los pensamientos de sus contrarios por medio de señas tan ingeniosas como sencillas.

Algunos meses antes del día en que empieza la narración de nuestra historia había avisado Jaime a los más resueltos de su pandilla para que se reuniesen a eso de la media noche en una de las grutas de la sierra. Convocados en efecto dentro de ella, alrededor de una gran hoguera, pusiéronse a conferenciar acerca del medio más expedito para atacar el coche del conde de La Carolina, que acompañado de su hija y de respetable comitiva, iba a salir de Madrid para restituirse a Murcia. Allí se hicieron los planes más descabellados y se propusieron las medidas más sutiles: unos querían valerse de su amigo de tal parte para que vendiese a los ilustres caminantes; otros eran de parecer que se les aguardase en el barranco donde era inútil la resistencia. No faltaba quien opinase que la cuadrilla del Barbudo debía atacar cuerpo a cuerpo sin traición o ardides, y quien osase tachar de cobardía la sobrada prudencia de sus camaradas. A todo eso contemplábalos Jaime sin hablar palabra desde el fondo de la gruta, dejándoles abandonar a todo el encono de sus pasiones y contiendas. La llama que reflejaba en sus rostros montaraces y sombríos, no menos que en el acero de sus puñales y pistolas, los convertía en otras tantas figuras de perverso augurio, semejantes a las que engendran una imaginación tímida y supersticiosa, o vomita el mismo averno para sembrar entre los mortales el espanto y la discordia.

Al fin impuso silencio la terrible voz de Jaime a tan diabólico senado para decirles que se atenía al parecer de aprovecharse de los días cortos de la estación y de la inexperiencia de los viajeros.

-Yo sé -añadióles- que estos señores suelen destacar hacia la noche siquiera un par de criados para que les prevengan la posada. Desde que estos se separen del coche, saltáis en el camino real marchando contra los amos, mientras otra parte de vosotros capitaneados por mí los ataca por la espalda. Con tal ardid nos apoderaremos de todo sin riesgo, resistencia, ni derramamiento de sangre.

Desde aquel momento empezaron los ladrones a marchar aprovechando las noches, y durmiendo durante el día en lo más enmarañado del monte. Es de advertir que llevaron de Novelda bastantes provisiones de boca, con objeto de no meterse en poblado, todo por consejo de su capitán, cuya experiencia le daba un tino singular para tales acometimientos.

El conde de La Carolina, antiguo coronel de ejército, se había casado con la señora heredera de este título. De resultas de su fallecimiento hizo un viaje a la corte acompañado de su única hija, hermosísima imagen de la esposa que perdiera. Sin embargo de que mitigaron la agudeza de su dolor el trato y la magnificencia de la capital del reino, incomodábale el ruidoso bullicio que hay en ella, dándole margen a desear un método de vivir más suave, uniforme y sosegado. La misma melancolía, nacida de hallarse solo en el mundo, hacía suspirar por la tranquilidad de una población subalterna, por aquella sobre todo que le recordaba el amable objeto de su cariño. El carácter por otra parte de Julia, sobremanera inclinada a una vida pacífica y solitaria, movíale a retirarse de una ciudad en la que no percibían la delicia de un inalterable retiro. Fuese resultado de la índole

sumamente blanda de la difunta condesa, o de hallarse penetrada de que la dulzura y la amabilidad forman el rasgo más distintivo del bello sexo, ello es que sobresalía Julia por estas calidades aún más que por las que tienden a la belleza corporal. Anunciábalas desde luego la especie de hermosura que la distinguía, hermosura que si no chocaba por su brillantez, enternecía por su mansedumbre persuasiva y melancólica. Aquel aire de sumisión que indica en las jóvenes la necesidad de un amparo o de un apoyo, aquella lánguida ternura que revela los misterios del corazón y los interiores combates del espíritu, se hallaban como esculpidos en las facciones de la ilustre heredera. Concebíase naturalmente a su vista el deseo de protegerla, el fervor de ser amado de una persona tan angelical y pura. Las gentes del mundo, al hacer la anatómica definición de su semblante, hallarán acaso poca regularidad en él, más expresión que simetría; pero sea como fuere, el efecto que producía siempre era consiguiente al peregrino mérito de la doncella. No había quien no aspirase a su amistad; y desde que se frecuentaba su trato, desde que se familiarizaba uno con un corazón tan digno de aprecio por su sensibilidad y cultura, era casi inevitable pasar de la tibieza de amigo al entusiasmo de amante.

Tal era la joven a quien vio casualmente en una de esas reuniones de la corte Leopoldo Moncadí. Complacióse de pronto contemplando en ella un ser enteramente distinto de lo que él era; pero así que supo la poderosa casa a que pertenecía, formó el proyecto de enlace para coronar con un título de conde sus atrevidas empresas. Hijo de una familia distinguida, si bien algo escasa de bienes de fortuna, lleno de la justa vanagloria con que se honraban los militares de España después de sellar con éxito tan glorioso la guerra de la Independencia, amigo del ministro, recibido en todas partes con cierta distinción cortesana y lisonjera, presentábase Leopoldo rodeado de aquel oloroso ambiente, que atrae los obsequios, que promete a tiro de ballesta honores, recompensas y timbres. Tanto era el prestigio de su aura palaciega, que nadie reparaba en la aspereza de su genio, ni refería los sonrojos que sufriera en la milicia por su indisciplina y su licencia. Descuidando además aquellos estudios indispensables para la carrera de las armas, no tenía otra recomendación que la de una intrepidez a toda prueba, y aún esta algo eclipsada por la que tan eminentemente distinguía al hijo de su propio coronel Rodrigo de Portoceli. No es decir que se desconocieran las faltas de incivilización y orgullo inseparables siempre de sus menores acciones, pero como en las cortes se juzga regularmente de los hombres por su valimiento y su fortuna, todos veían en Leopoldo un joven amable pues que sabía agradar a los grandes, culto pues que se trataba con ellos, bizarro por el destino de teniente coronel que ocupaba en la milicia, generoso en fin porque le suponían los medios de poder serlo.

Nada tiene de extraño que el conde de La Carolina, hombre a quien dirigían parientes ambiciosos y calculistas, advirtiese con satisfacción particular la pasión que iba manifestando Leopoldo por las gracias de Julia. Bien que no se ocultase a esta joven la intención de Moncadí desde la primera mirada que la hubo dirigido, no se daba por entendida por no verse en la necesidad de desairarlo. Más perspicaz que su padre, menos ambiciosa que sus parientes, su alma pura sólo apetecía un esposo capaz de hacer justicia a las bellas cuanto pacíficas calidades que seducían su espíritu. ¡Cuántas veces en medio de sus lecturas o solitarios paseos se complacía en la imagen ideal de este ser pundonoroso y bienhechor, el más propio para corresponder a su sensibilidad, y para dar lustre a su decoro! ¡Ah! Desde luego echó de ver en los rasgos de Leopoldo un alma enteramente distinta de la que se divertía en crear suavemente embelesada con sus dulces ilusiones.

Sin contar no obstante con su parecer, y dando por sentado que suscribiría a los planes de un engrandecimiento de familia, resolvieron los allegados de ambas partes esta alianza pocos días antes de salir el noble conde para Murcia. Quedó determinado que acabaría de arreglarse en esta misma capital, adonde iría Leopoldo después de emplear su valimiento para el logro de algunos honores que solicitaba el padre de Julia, y de ciertos empleos no menos honrosos que lucrativos para los principales parientes de la familia. Por lo demás, todos creían que la gallardía y el lujo de Leopoldo habían poderosamente cautivado el corazón de la doncella, no sólo porque la veían hablar frecuentemente con él, sino porque su misma fatuidad le hacía incurrir en la poca delicadeza de indicarlo con solapado y artificioso estudio.

Es de presumir que los muchos espías que tenía Jaime el Barbudo en la ciudad de Murcia y demás pueblos del reino, pusieron en su noticia este regreso, diciéndole al propio tiempo que, además del dinero y utensilios para regalo y comodidades del viaje, llevaba el conde varios objetos de lujo y de primor al efecto de adornar con ellos el palacio que habitaba.

Esto motivó la conferencia nocturna de que hemos dado cuenta en el principio de este capítulo. Cual Jaime lo había previsto, destacaba el ilustre viajero a dos individuos de la comitiva una legua antes del pueblo en donde debía dormir, a fin de hallarlo todo dispuesto a su llegada. Hubo cierto día en que desaprobaba Julia esta indiscreta providencia por anunciarse la noche lúgubrementemente tormentosa y oscura, pero despreció el conde sus temores tratándolos de puerilidades femeniles, y diciendo que le sobraban para prevenir todo insulto los cuatro hombres armados que iban escoltando el coche. A poco rato vieron adelantarse hacía ellos un grupo de personas sospechosas, y no siéndoles posible pensar en la retirada, determinaron presentarse con bravura y ofrecer en caso necesario una vigorosa resistencia. Pronto se convencieron de que no podían pasar por otro puente, pues los ladrones se arrojaron encima de ellos intimándoles la rendición con desaforados gritos.

Conservó el conde en tan críticos momentos la serenidad que al parecer debían arrebatarse las blasfemias de los bandidos y las lágrimas de Julia. Montó en un fogoso bridón que traía ensillado para no andar siempre metido en el carruaje, y púsose al frente de los cuatro soldados de a caballo que iban con él; al mismo tiempo ordenó a dos criados que se apostasen en cierto punto elevado de la carretera para incomodar desde allí con sus tiros a los salteadores por la espalda; y después de encargar a todos que hiciesen su deber, partió como un rayo al encuentro de los bandoleros. El combate fue recio: el conde defendía a su hija, los ladrones esperaban el socorro de sus camaradas, por lo que, si bien no llevaban al terrible Barbudo a la cabeza, tenían la confianza de que aparecería de improviso atacando a los caminantes por el flanco.

Precipitándose unos contra otros descargábanse furibundos golpes, decíanse mil insolencias, disparábanse pistoletazos, y ofrecían en limitado círculo la antigua y desoladora imagen de una lucha a todo trance. Ni consideración, ni tregua, ni cuartel... No había más recurso que pugnar por desasirse, que triunfar para librarse; la noche iba viniendo a toda prisa, la tempestad ya estallaba, y los bramidos de esta y las sombras de aquella daban a tan sangrienta pelea un horroroso aspecto de desolación y tinieblas.

Óyense de repente los dolorosos ayes de Julia, a quien nuevos bandidos arrebatában del coche. Su infeliz padre reconoce el eco de aquellos lánguidos clamores, y dándose desesperado recios golpes en la frente, dispárase contra los raptores de su dulcísima hija. Divisa a la incierta luz del crepúsculo vespertino un hombre de aspecto sombrío, de cuyo rostro pendía una negra barba, el cual con robusto brazo, y cual si llevase una liviana seda, iba conduciendo a la malhadada Julia al través de aquellos campos hacia la selvática espesura del vecino bosque. Arrójase al malvado, pero el Barbudo lo contiene, lo desarma, lo deja en una palabra sin recurso, sin esperanza ni aliento. Híncase entonces de rodillas para suplicarle que no le separe de su hija, a lo que satisfizo Jaime con razones atentas y corteses que ningún mal se les haría, pero que serían custodiados hasta pagar el rescate de sus personas.

-Lo pagaremos -dijo el conde- y me cabe la satisfacción de que hayamos caído en las generosas manos del Barbudo.

-Sólo siento -respondió Jaime- que los gastos a que me obliga el espionaje establecido y la manutención de mis gentes, no me dejen ser más sobrio en punto a lo que me veo obligado a pedir para la libertad de las personas que cautivo. No obstante, yo haré de modo que el conde de La Carolina se acuerde de mí, ya que no sin algún rencor, modificado siquiera por los estímulos de cierto agradecimiento.

A pesar de la confianza que inspiraban las palabras del Barbudo, no dejaba el noble conde de hallarse sumido en la más bárbara angustia. Mostrábase menos apesadumbrado para no afligir a Julia, que apoyada en su brazo iba lentamente siguiendo los pasos del valeroso bandido. Sin apenas atreverse a hablar, a respirar siquiera, soltaba furtivamente algún suspiro, estrechando en silencio la mano de su padre, y con sobrada razón temiendo el destino que a entrambos esperaba. El mismo Jaime, compadecido de su timidez, suavizado por su aspecto angelical y dulcísimo, volvíase de cuando en cuando hacia ella para repetirle que nada debía temer, y que era tan seguro el sitio a donde la llevaría, como los aposentos de su propio palacio.

Sonaba aún a lo lejos el tumulto del combate, si bien los dos ladrones que acompañaron a Jaime se detuvieron en el saqueo del coche, empezaba ya a extrañar que no lo arrastrasen hacia el monte después de haber puesto en fuga a los soldados de la escolta. Tanta era la tardanza, que determinó hacer alto antes de meterse en el bosque; aún la tempestad no desencadenaba todos sus furores, y una luna amarillenta y siniestra, atravesando por entre grupos de nubes como perdido bajel entre amontonadas ondas, derramaba por intervalos cierto resplandor tibio y misterioso. El Barbudo hizo sentar al conde y a su hija mientras subía para dar un grito a sus camaradas a lo alto de una peña; pero su voz hueca y bronca se perdió como un trueno por el inmenso espacio, y sólo contestaron a ella los aullidos de las fieras y los recónditos ecos de la cóncava montaña. Montado entonces en arrogante bridón adelantabase hacia ellos atravesando los campos un joven a quien tuvo el bandido por uno de los guerreros que defendieron el coche.

Por esto corrió a su encuentro, y apuntándole el trabuco le mandó que se rindiese; pero desviando la mortífera boca por medio de un diestrísimo quite con el sable que blandía,

abalanzóse al bandolero repitiéndole a su vez que como no se entregase, iba a dejarlo en el campo.

-Uno de los dos quedará en él -repuso Jaime- pues el combate que te ofrezco ha de ser sin consideración ni tregua. o me equivoco mucho, o he dado con hombre digno de luchar con el Barbudo.

-Te aconsejo que te rindas -insistió el incógnito- y te ofrezco para que lícitamente te salves mi valimiento y patrocinio.

-¿Y quién eres tú para que me salgas vendiendo protección tan inesperada?

-Un capitán destinado a la persecución de tu cuadrilla. Acabo de poner en fuga a los que se cebaban en saquear el equipaje del conde, y vengo a que me des cuenta de su persona.

-Vienes -exclamó el Barbudo- a recibir la muerte de mi mano, a que castigue con ella esa presunción desmedida.

-¡Infeliz! ¡Más te sirviera andar todavía errando por las peladas cumbres de Novelda!

-Deténgase usted, señor caballero -gritó a la sazón el conde metiéndose entre los dos combatientes- ese hombre acaba de salvar mi vida y el honor de mi hija... Ruego a usted que no se empeñe un combate, cuyas resultas han de afligir mi corazón sin ser ventajosas a la patria. Si usted sucumbe, pierde un militar valiente; si perece Jaime, quedan en cierto abandono las propiedades del reino...

-Pero mi deber, señor conde, es superior a tales consideraciones.

-Pero mi vida, señor caballero, la vida de un hombre pacífico es acreedora también a una reflexión más madura.

-Jaime -observó el capitán- no suele maltratar a los vencidos.

-En efecto -respondió el forajido- conténtase con vencer a los que se precian de militares...

-Y alguna vez con sucumbir a su esfuerzo...

-Mientes -gritó el bandido- no hay en el mundo quien pueda jactarse de haberme hecho perder un palmo de tierra.

Empezó el combate: ambos manejaban el sable con igual destreza y osadía; ambos tenían un alma impávida, pundonor varonil, noble deseo de nunca encontrar rival. Todo esto hacía tan dudoso aquel terrible encuentro, que su éxito ponía pavor a las dos únicas personas que lo miraban. En vano insitía el conde en contener al caballero, en vano les suplicaba Julia con lágrimas que suavizasen sus iras; pues no por esto dejaban de continuar

con igual furia, y cuando lanzaba la luna algún rayo trémulo en sus semblantes, veíanse pintadas en ellos la intrepidez, la serenidad y el rencor.

Pero la escolta del valiente oficial íbalo buscando por todas partes y empezaba a dirigirse al sitio de la pelea. Un oído tan ejercitado como el de Jaime no pudo menos de advertirlo a larguísima distancia, por lo que, separándose cosa de dos pasos, bajó la punta del acero y dijo a su contrario si trataba de vencerle por el número.

-No por cierto -respondióle- por lo mismo que te reputo valiente, aspiro a la honra de humillarte.

-Pues ¿cómo vienen hacia nosotros tus soldados sin que trates de avisarme el peligro en que me metes?

-Nada percibo, señor Barbudo -replicó el oficial aplicando el oído- será ilusión de un espíritu espantadizo y suspicaz.

-¡Buena ilusión cuando los oigo y los huelo! Ya extrañaba yo hallar un caballero que fuese tan franco y pundonoroso como el corazón que palpita debajo de la manta que me cubre.

-¡Vive Dios que no te engaña esa perspicacia! -exclamó de repente el capitán oyendo las voces y la marcha de su séquito- pero no dirás de mí que sea falso o codicioso... Aprovecha para huir el tiempo que habías de emplear en resistirme; y aunque no sé si obro bien en dejarte libre el campo, siento acá en lo íntimo de mi pecho cierto impulso de heroicidad, al que negarme no puedo después de lo que acabas de hacer y de decirme.

-¡Noble y valiente joven! -exclamó Jaime- si una amistad ciega pudiera recompensar ese rasgo de generosa hidalguía nunca habrías de arrepentirte de obrar como caballero con un miserable bandido.

-Sin embargo, no te fíes: la guerra que te hago será de muerte, aunque igualmente abierta y franca. ¡Ay de ti si, no cambiando de vida, te empeñas en hacer rostro a Portoceli!

Jaime se metió en la selva, y Rodrigo Portoceli acompañó al conde y a Julia al pueblo en que debían pasar la noche. Todos se reunieron en la misma posada, y ensalzó el conde hasta las nubes el valor del capitán y la eficacia de su socorro. Por lo que hace a Julia, había estado muy atenta a los coloquios del oficial con el bandido, hallando en ellos tal abundancia de heroísmo, desprendimiento y valor, que no pocas veces hubo de dar rienda a las lágrimas. Notábase en la misma acometida que se dieron tanto arte en combatir, tanto orgullo en sostenerse, tanta sangre fría en rechazar, que despertaba desconocido interés hacia el bandolero, y admiración ardiente por su joven adversario. Tres veces contempló sus rasgos la doncella al tibio vislumbre de la luna, y otras tantas admiró su expresión noble, imponente y guerrera. ¡Quién sabe si leyó desde luego en ellos las agitaciones de un alma tierna, los generosos movimientos de un corazón pundonoroso y sensible! ¡Quién sabe si, por cierto mágico impulso de simpatía amorosa, traslució al través de sus bien dibujadas

líneas el único pecho cuya sensibilidad correspondiese a la del suyo! Ello es que desde aquel instante le profesó inextinguible cariño.

Y respecto de don Rodrigo, embelesado en la melancólica dulzura de la ilustre heredera, paso en su compañía los más deliciosos ratos de su vida. Con la pérdida de su padre hallábase huérfano en el mundo, sin protección, sin más apoyo que su buen nombre y su espada, y fue para él inesperado consuelo hallar aquel ángel de ternura, que compadecía los delirios de su imaginación juvenil y suavizaba con deliciosa mansedumbre los secretos pesares de su ánimo. He aquí como empezó una pasión fatal a entrambos por su carácter irresistible y fogoso.

La frecuencia con que en Murcia se trataban los llevó rápidamente a los delirios más exaltados del amor, por manera que bien persuadidos de que la naturaleza los formara uno para otro, juráronse eterno cariño, y determinaron coronar tan bello afecto con una solemne alianza. La llegada de Leopoldo interrumpió el purísimo curso de tan bella correspondencia: encontráronse él y Portoceli en la casa del conde y manifestáronse fríos, resentidos y suspicaces. Halagados al propio tiempo los parientes con las gracias que les alcanzara Moncadí, trataron de apresurar el enlace: allanáronse dificultades, publicóse por el pueblo, y anunciáronlo a Julia como cosa convenida. Difícil sería la pintura del pesar que sobrevino a esta bellísima joven: en balde rogó, lloró, invocó el nombre y las virtudes de su madre puesta de rodillas a las plantas del autor de sus días; no se la consideraba, no se la atendía, y contestaban a sus quejas que si no se unía a Leopoldo por amor, debía hacerlo por el decoro y estimación de la familia.

Viendo la infeliz desatendido su llanto, impíamente burlados su sentimiento y su despecho, no quiso ser víctima de la codicia ajena, y díjoles con resolución varonil que antes de unirse a Leopoldo se encerraría para siempre en un convento. Pasmáronse de su entereza, pues contaron para sacrificarla con su mansa condición y su dulzura; por lo que, después de un maduro examen, adoptaron la medida de perseguir a Rodrigo, de hacerle perder su fortuna desacreditándolo en la corte, y no importunar a Julia hasta que este joven se hallase sin opinión ni refugio. Leopoldo, autor de conspiración semejante, fue el encargado de dar cumplimiento a tal venganza. El lance de Portoceli con el Barbudo le daba plausible pretexto para desconceptuarlo en el ministerio, suponiendo que no dejó escapar al bandolero sino sobornado por los ofrecimientos que le hizo; y como las apariencias pronunciaban contra él, sobre todo no saliendo en apoyo suyo el mismo conde único testigo de aquella escena, era de temer que un gobierno tan celoso como el de España de procurar el bien y la tranquilidad de los pueblos, altamente castigase semejante perfidia y desobediencia.

Entre tanto había salido de Murcia para perseguir a los salteadores de la sierra, y hacíales guerra terrible sin dejarles descansar en parte alguna. Con todo, las tortuosas veredas de Crevillente, sus ásperas cumbres, prolongadas grutas, ofrecían asilo inaccesible a los ladrones, al paso que el espionaje y las señas telegráficas establecidas por Jaime les procuraban exacta noticia de los movimientos de la tropa. Eran tan multiplicadas e ingeniosas, que formaban un lenguaje completo, por medio del cual no sólo se revelaban las acciones de los soldados, sino lo que pensaban, lo que fraguaban, lo que decían. Todo el celo, toda la actividad de don Rodrigo hubieron de estrellarse contra inconvenientes de

naturaleza invencible, capaces de debilitar desde el primer día los propósitos del hombre más valeroso y resuelto.

Después de haber tenido un reñidísimo combate con los salteadores, en el que hubieron estos de salvarse a toda prisa en lo más revuelto de la sierra, recibió un mensaje del astuto capitán diciéndole que habiéndolo conocido por el oficial con quien empezara en cierto tiempo una riña a todo riesgo, deseaba pedirle parecer en asuntos concernientes al interés de sí mismo y de su cuadrilla. Añadíale que para semejante paso aprovechaba con gusto la ocasión de entrar en capitulaciones con hombre tan recto, pundonoroso y valiente.

Si bien sorprendido el noble militar de una proposición tan extraordinaria, y conociendo la celada que podían armarle por medio de tal estratagema, no retrocedió su valor ni quiso negarse a un caso que poderosamente exigía serenidad y audacia. Dejó pues un escrito sobre cierta piedra que se le había indicado, en el que decía estar pronto a entrar en solitario coloquio con el Barbudo.

Convenidos en la hora, lugar y demás circunstancias, aguardó pacíficamente don Rodrigo a que diesen las diez de la noche siguiente para marchar al punto de la entrevista. Distaba como dos horas del pueblo donde fijó su domicilio, y era bastante conocido por varios lances de malísimo augurio entre transeúntes y bandoleros. Presentábase la noche despejada y serena: apenas silbaba por el campo el agradable céfiro de la montaña; y la creciente luna, semejante a las lámparas semicirculares que colgaban los antiguos en los subterráneos templos de Plutón y Proserpina, derramaba una luz placentera y melancólica. Envuelto don Rodrigo en su capa, sin más armas que la espada, y agitándose en lo alto de su cabeza las blancas plumas del morrión colocadas a manera de un penacho flotante, dirigíase con paso acelerado y animoso ademán al encuentro del Barbudo. En balde el silencio de la noche, el desolador aspecto de aquellos desnudos campos, las rústicas cruces indicando asesinatos y violencias, la memoria en fin de horrorosos pasatiempos y sangrientas tropelías, quisieron debilitar su aliento, hacerlo retroceder a su morada: su alma era sobrado enérgica para sucumbir a tales temores, y tan severas en su concepto las leyes del pundonor militar, que hubiera preferido morir oscura y vergonzosamente a manos de los ladrones, antes que darles margen a que vociferar pudiesen su sospechosa prudencia o cobardía.

Al llegar al sitio prefijado advirtió dos piedras en forma de sitiales, mediando entre una y otra la distancia de seis pasos. Miró en derredor y no vio persona alguna: mantúvose en pie aplicando el oído en todas direcciones hasta percibir que se movían las enredadas ramas de un arbusto. De entre ellas saltó Jaime sin trabuco ni arma de fuego; sólo una especie de alfanje, colgado de su tahalí, salía por debajo de la manta con que embozaba la parte superior de su cuerpo.

-Bienvenido -dijo al oficial- Ya sabía yo que un hombre de tanto pecho no dejaría de acudir a esta cita nocturna.

-Pues no lo atribuyas a mi pecho, Jaime -respondióle el militar- atribúyelo al deseo de servir a la patria y de que te acojas a la clemencia de mi rey.

-Sentémonos, si te place, en estas piedras, y aprovechemos este momento de tregua para sernos mutuamente útiles a guisa de enemigos generosos y valientes.

-No te entiendo -dijo sentándose don Rodrigo- ni sé que utilidad pueda resultarme de esta conferencia, salvo la de servir a mi país o arrancarte de la mala vida que llevas.

-Con todo eso no te descontentará saber que mientras te afanas para dejar airosos a los que te envían contra el temible Barbudo, sepárate del ejército sin atención a los méritos de tu padre, ni a tus brillantes servicios. ¿Callas? -prosiguió notándolo algo perplejo- ¿Me descrees? Pues no has de tardar tres días en recibir tu retiro, según la prisa de Leopoldo Moncadí para alcanzarlo.

Pasmado quedó Portoceli, no sólo de la novedad que le anunciaba el Barbudo, sino de lo enterado que se hallaba de unos sucesos y discordias acaecidos entre personas de muy diferente esfera. Pero las últimas palabras de su discurso hicieronle prestar algún crédito a su noticia; por lo que con acento, aunque firme, melancólico le preguntó si podía indicarle la causa de persecución tan injusta.

-Mejor la sabes que yo -repuso gravemente Jaime- el tierno cariño que profesa a tus virtudes la ilustre hija del...

-Basta -interrumpió Portoceli- nada se te oculta, y si bien me sumerge tal nueva en la aflicción más amarga, no puedo dejar de agradecerte la buena intención que te mueve a decírmela.

-No es de mi carácter complacerme en las desgracias ajenas, ni te he participado tal noticia para que te separes de mí con veneno en las entrañas y un dardo en el corazón. Aunque bandido de estos montes, me precio de hombre sensible; y si alguna vez he mandado castigar a mis semejantes, por mi defensa habrá sido, no por bajos sentimientos de rencor y de venganza. Reinando en este distrito desde que me obligó a refugiarme en los bosques un desgraciado accidente, prodigo la recompensa y quizás el escarmiento, como también acontece a los mejores monarcas. Te doy por tanto este aviso, no para que te amilanes, no porque te desesperes, sino al efecto de que andes prevenido y cuentes con mi socorro en tus míseros amores.

-¡Socorro...! Del cielo lo esperaba, amigo Jaime, y hasta el piadoso cielo me lo niega. ¡Cómo ha de conceder el conde la mano de su hija a un infeliz sin favor y sin fortuna, a un infeliz a quien separan con ignominia de sus antiguas banderas!

-Pero Julia te ama; y mientras se pueda ganar tiempo, ellos mismos conocerán el carácter desleal de ese Leopoldo. Parece que sólo esperan para verificar la boda a que le den a mandar un regimiento, lo que está en vísperas también de conseguirlo. Ignoro por qué extraño capricho ha formado el plan de suponer una ausencia y mantenerse oculto en Murcia, como ya no sea para recrearse en espiar el efecto que la noticia de su ascenso debe producir en la familia. ¡Ah! Más de una vez ha solicitado mi amistad para perderte... No lo logró, tanto por la perfidia del proyecto como por la promesa que te hice en el encuentro de marras; pero sé que se ha metido con cierto cirujano de Elche, hombre avaro por demás y

de intención muy dañina, perito en su arte y no menos conocedor de la diabólica ciencia de preparar hierbas y ponzoñas. Como de resultas de cierta cura hecha en la casa, merece ese pícaro la confianza y el afecto del conde de La Carolina, no extrañaría que fraguasen entre los dos alguna conspiración infernal, porque el hipócrita del barbero es hombre lleno de arterías y sutilezas. También ha sonado en mis oídos que se sirve Leopoldo de su auxilio para que el despacho de coronel sea remitido al conde, apresurándose don Judas a fuer de amigo de entrambos a comunicarle tal nueva, a decirle y a aconsejarle al propio tiempo por medio de mil frases ambiguas que apesure el casamiento sino quiere ser burlado en tal empresa y pasar por el público hazmerreír de la comarca. Prevenidos los parientes, harán entonces fuerza de vela para persuadirle suponiendo que Leopoldo, resfriado con los desdenes de Julia y la poca firmeza del padre en hacerse obedecer, no se cura ya de participarles su fortuna, y acaso quiera desistir de la proyectada alianza en mengua del honor y engrandecimiento de la familia. Y cuando lo tengan inclinado o persuadido, he aquí que sale Leopoldo con su brillante uniforme y presentase en la casa a deslumbrarles a todos y a dar el último golpe. Tal es el plan últimamente adoptado para ofuscar a Julia y vencer la natural irresolución del pusilánime conde.

Atento estuvo el joven oficial a las palabras del bandolero: a medida que iba hablando parecía que quitaban una venda de sus ojos, adivinando el porqué de mil menudencias y circunstancias que antes no pudo explicarse. Desalentado a pesar de su valor al aspecto de una conjuración tan poderosa, lleno de amargo despecho por ver de esta suerte burlados los méritos de su carrera y las esperanzas más dulces de su vida levantóse, y dando lacónicamente las gracias al forajido, volvió la espalda para irse a desahogar libremente su despecho. Mirábalo Jaime con amistosa compasión; y determinado a no dejarle partir de aquella suerte, lo asió del brazo, y detúvole diciendo:

-No hay que amilanarse, señor don Rodrigo: mayores son los enemigos que yo tengo, y esto no obstante los combato y los desprecio.

-¡No hay que amilanarse! -respondió el joven con desesperado acento- ¡No hay que amilanarse...! ¡Ah! Por mucho que fuese mi valor, nunca sería capaz de resistir al sentimiento de perder de un golpe las ilusiones de mi corazón y las recompensas de mis servicios. ¡Qué consuelo hay para aquel a quien quitan el elemento de su orgullo y la esperanza de su pecho, lo que constituía el brillo de su opinión y lo que halagaba las ilusiones de su espíritu!

-Sin embargo, no te has de ir sin conocer lo que vale la amistad de un hombre, aunque rústico y bandido, franco, generoso y resuelto. No puedo ofrecerte guardar prisionero a ese don Judas de Elche en razón de ser protegido de mi camarada Amorós, a quien sirvió en otro tiempo; pero yo andaré a la zaga de sus proyectos, y me ganaré espías en su misma casa a fin de desbaratarlos. Por el pronto no enviará el despacho de Leopoldo sin que tropiece yo con él en el tránsito de esos caminos reales; y como tratase de remitirlo por el correo, registraré las valijas hasta apoderarme de tan importantes documentos. Averiguaré también en qué casa de Murcia se oculta tu enemigo, te lo avisaré, y dirígeste a su encuentro, y lo retas, y lo citas para un singular combate. Cuenta empero con que el sitio que elijas caiga bajo mi protección, a fin de no dar lugar a las asechanzas que puedan urdir los parientes. Tu valor me inspira para este lance una confianza segura: no es necesario que

lo mates, bastará con que lo hieras, y de este modo no sólo ganamos tiempo para que te justifiques en la corte, sino que desbaratamos el plan que ha concebido don Judas.

-Pero ¿cómo quieres que así me desentienda de la delicada misión que con tanto celo me han encargado mis jefes?

-De aquí a dos días no sólo tendrás quien te reemplace, sino que, como te he dicho, dejarás de pertenecer a la milicia.

-Es verdad -respondió tristemente don Rodrigo- pero aún entonces, ¿de qué modo, amigo Jaime, recompenso tu amistad y tus oficios?

-¿No te debo yo la vida? ¿No es por mi causa que te declaran traidor y te quitan el empleo? Además, tu valentía y tu conducta se granjearon mi afición desde el instante en que con el acero en la mano hice conocimiento contigo.

Y bien... Cuando todo me abandona, cuando no encuentro apoyo en la sinceridad de mi amor, ni en mis servicios, ni en la ilustre memoria del autor de mis días, qué mucho, ¡oh Jaime! me aconseje la misma desesperación no rehusar las ofertas...

-¿De un miserable forajido? ¡Ah! Si pudieras descender de tiempo en tiempo en lo íntimo de mi pecho, hallarías tal vez un corazón digno de ti, justamente horrorizado de no descubrir en torno sino miserias, latrocinios y desastres. ¡Pues qué! ¿No tienen sus amargas lágrimas de pasajeros, y balbucientes súplicas de tímidos caminantes? ¡Oh don Rodrigo! Yo te juro que mil veces quise tirar el trabuco, no sólo para no presenciar tales lástimas, no sólo para dejar de oír tales clamores, sino al efecto de correr tras las dulzuras de una vida menos angustiada y agitada. ¡Vivir durante el día en continua alarma, temiendo los ardides de cuantos manda el rey contra nosotros...! ¡Ocultarse por la noche para no excitar la codicia de nuestros mismos satélites...! ¡Recelar hasta de los parientes, hasta de la impúdica mujer que nos prodiga sus halagos...! ¡He aquí la eterna, la infernal agitación de un miserable proscrito!

Aquí calló algunos momentos, cubriéndose el áspero rostro con las manos. Contemplábale Rodrigo con religioso silencio figurándosele oír sus reprimidos sollozos, sus sufocados suspiros... Serenóse después de un rato el bandolero, y esforzándose en aparentar cierto sosiego siguió con voz más corriente y apacible hablando al oficial de esta manera:

-Cuando no hay lance nocturno, despídense al ponerse el sol las gentes de mi cuadrilla, y busca cada uno grutas y madrigueras ignoradas de los demás para librarse de la traición encubierta. Pregónanse por el pueblo nuestras cabezas, excítase con las recompensas la avaricia de los hombres, y ya no descansa el ánimo temiendo siempre los dogales de una horca, la perfidia de otro ladrón, los puñales de un amigo...

¿Y no sería mejor que, retirándote a otras comarcas, buscaras la quietud de que careces en los honrados medios de hacer decente fortuna?

-¿Cómo quieres que se doblegue al trabajo un hombre acostumbrado a vida activa y errante, holgazana y caprichosa A lo menos me ha proporcionado mi industria cierta seguridad y dominio en esta sierra, al paso que un instinto de moderación y buena crianza el aprecio de los mismos que tienen la mala suerte de caer en nuestras manos. ¡Ah! Tú me defenderás algún día ante los jueces, y no tanto para justificar el servicio que te debo, como al efecto de dar pábulo a la generosidad de tu carácter.

-No lo dudes, Jaime; y si el destino coronase mis deseos, creo que el mismo ángel por quien tanto te interesas te proporcionará los medios de vivir de otra manera.

Separáronse esto dicho, empezando para entrambos una conexión, que hasta el desenlace de estos sucesos no debía entibiarse ni romperse. Pasóse algún tiempo antes de que nombrasen coronel a Leopoldo, pero muy pocos días para que recibiese Portoceli su retiro. Acaso desconfiando Moncadí del plan trazado por don Judas, o impaciente al ver lo que se retardaba su ascenso, apeló sin más demora al perverso recurso de enajenar las potencias de la angelical doncella. Por más que nadie sospechó en los autores de este crimen, y que el éxito de la bebida no hubiese sido tan completo como el cirujano prometiera, no dejó de jurar Portoceli la venganza de Leopoldo y de don Judas, apresurándose a retar al primero desde que por medio de Jaime averiguó su domicilio. Ya ha visto el lector como se aprovechó Moncadí de la tardanza de su desesperado rival, para no exponerse sin duda a la exaltación de su furia y al justo castigo, que le anunciaban los remordimientos de su conciencia; bien que la suprema justicia que gobierna el mundo le hizo hallar una mutilación vergonzosa en el propio instante que se jactaba de quitar los obstáculos a su amor y a su lujuria asesinando cobardemente a su contrario.

Capítulo VII

Y a par que advierten al gallardo ciervo
sueltan del lazo los hambrientos canes
Valbuena

Los últimos reflejos del sol doraban las altas torres de la ciudad de Murcia cuando el discípulo y aprendiz de don Judas Rosell entraba por sus espaciosas puertas con semblante taciturno y pensativo. No había mucho que dejara al bandolero Jaime en los vericuetos de Crevillente, y estaba resuelto para evacuar sus encargos a arrostrar toda suerte de peligros. Metióse por un barrio solitario, y dio al fin con cierta calle, seguramente la menos transitada de su recinto, la cual anduvo recorriendo como si cotejase las señas de alguna habitación que llevaba in mente, con las que le ofrecían las casas de tan apartado cuartel.

Después de recorrerla no sin detención e incertidumbre, decidióse por una tan modesta en su frontispicio como cómoda y holgada por lo que en lo exterior podía juzgarse. Metióse en su zaguán, que ofrecía bastante desahogo; y habiendo llamado con tiento, salióle a recibir para ver lo que quería una mujer algo entrada en años, bien que sin presentar indicios de achacosa ni decrepita. Preguntóle el mozo si podría hablar a su amo de parte del hombre de la sierra, expresión que trocó en afabilidad la aspereza y desconfianza de aquella ama de gobierno. Introdújolo en una salita regularmente alhajada, donde entró a poco rato don Rodrigo y púsose a conferenciar con el mensajero. Hablaron de los vagos planes de don Judas, de la desgracia sobrevenida a Moncadí y de la influencia universal del Barbudo en todas aquellas tierras. Participóle el mozo que ni él ni Jaime habían podido averiguar la impresión que habría hecho al cirujano el infortunio de su protegido, ni los nuevos proyectos que habría trazado, tanto con objeto de llevar adelante el casamiento, como de vengarse de Portoceli y del Barbudo.

-¿Pues cuál ha sido entonces la ocasión de tu mensaje? Aguardábate con ansia a fin de saber todo esto e imaginar eficaces medios contra la maligna intención de nuestros enemigos; y según voy viendo obran con tanta cautela, que hasta al Barbudo se ocultan sus vengativas tramas.

-No obstante, es preciso averiguarlas: Jaime me ha encargado repetírselo a usted, diciendo que a falta de otros recursos se procurase una entrevista con doña Julia.

-Pero has de saber que no me atrevo, en razón a que desde mi combate con Leopoldo me siguen los pasos para pillarme con ella.

-Gran desgracia, señor, si no hubiese ya atinado nuestro Jaime en desvanecerla. Díjome pues que siendo los dos a poca diferencia de igual talla, debía calzarme las botas de usted, embozarme en su capa, llevar el sombrero de galón que comúnmente lo distingue y dar con tal equipaje algunas vueltas por los sitios más públicos de la ciudad, en tanto que con diferentes arreos procuraba usted hablar a la señora hija de los condes, y conocer por ella el estado de la injusta persecución de sus parientes.

-Pues manos a la obra: empieza a anochecer, y la hora no puede ser más propicia. Con ayuda de mis hábitos desviarás fácilmente a los alanos de la buena pista. Y no es necesario que divagues mucho: bastará con que des cuatro paseos para que te descubran, te espíen y te sigan, viniéndote después aquí en donde aguardarás hasta que yo me recoja.

En un momento se verificó la transformación: ya hemos dicho que la estatura de Santiago era poco más o menos la misma de don Rodrigo, y habiéndole éste adiestrado en el modo de llevar la capa y de imitar sus pasos y el aire de su persona, nadie hubiera dejado de equivocarle con nuestro héroe. El supuesto don Rodrigo salió por la puerta principal llamando la atención de todo el barrio, al paso que el disfrazado Portoceli escapaba por otra correspondiente a un callejón escusado, y dirigiéndose hacia las ruinas contiguas al jardín de la casa del conde para ver de conferenciar con su querida. Razón será sin embargo que dejemos a los dos amantes comunicándose sus cuitas y repitiéndose el juramento de sus amores, para que sigamos el altivo paso que llevaba el aprendiz de don Judas.

Erguido y satisfecho de sí mismo, como todo el que representa algún papel algo superior a su esfera, recorría los principales sitios de la población ufano de su importancia y revolviendo allá en su mente lisonjeras ilusiones de vanagloria y fortuna. Como estaba acostumbrado a atravesar las calles sin que nadie reparase en su persona, placíale sobremanera la atención de que usaban generalmente los transeúntes, y los saludos que le dirigían personas de noble carácter. Tales muestras de respeto no hacían más que engendrar nuevas vanidades y esperanzas en su ánimo, por manera que a cada vuelta se presentaba más tieso, semejante a uno de esos reyezuelos de comedia que con tanto énfasis representan los famélicos cómicos de la legua.

No poco acrecentó su orgullo el reparar que le iban siguiendo dos hombres a cierta distancia embozados en sendas capas. Tomólos por satélites de Leopoldo, y deseoso de divertirse a costa suya y hacerles pagar caro el espionaje, resolvió llevarles a buen trote por toda la ciudad, y meterles en las calles peor enlosadas y más sucias. Reíase él mismo de tan feliz ocurrencia, y poniéndola inmediatamente en ejecución, comenzó a describir tantos giros y revueltas, y a engolfarse por tantas callejuelas y encrucijadas, que bien pusiera a prueba la ligereza del más suelto cazador que hubiese pensado irle al alcance. Sin embargo, volvía de cuando en cuando el rostro con disimulado movimiento, y notaba siempre a tiro de ballesta los mismos bultos con una tenacidad y diligencia que le admiraba y encendía en irresistibles deseos de burlarles.

A todo esto había ya rato que desapareciera el crepúsculo de la noche y que alumbraba las calles la escasa luz de los faroles. Las gentes dejaban de transitarlas; ni se oía el bullicio del hogar, ni el martillo del artesano; antes todo iba sumergiéndose en un sepulcral silencio. Cansado de sus correrías, a la par que satisfecho de haber logrado despear a los que acechaban sus pasos, determinóse Santiago a dar la vuelta hacia la habitación de don Rodrigo, al tiempo que advirtió que aquellos bultos se le aproximaban de modo como si quisieran insultarle. No iba enteramente desprevenido, por lo que echando mano a una pistola del cinto, se puso en disposición de sostener cualquier ataque alevoso. Dobló el ángulo de una esquina y percibió mucho más inmediatas las recias pisadas de uno de los espías; quiso apretar el paso, y lo apretó el otro también; remó y agitóse para alcanzar sitio más concurrido, pero sobre hallarse muy distante de todos ellos, conoció con harta zozobra que la hora no era oportuna, que se hacía preciso luchar, y arrepintiéndose aunque tarde de su juvenil imprudencia. A todo esto iba sonando más cerca la torpe y pesada andadura de su enemigo, y parecíale olfatear su tosco aliento, y sentir su resuello aguardentoso y villano. Metido entre la espada y la pared, saca el pobre mozo fuerzas de flaqueza y con la pistola en la mano vuélvese súbita y resueltamente contra el descomedido sayón que le perseguía, al tiempo que descargando éste un hachazo descomunal sobre sus hombros, lo descoyunta y lo rinde. Cae Santiago arrojando sangre por narices y boca y soltando lastimosos gritos, mientras anda tentándose el otro en busca del puñal para acabar a su sabor con el malogrado mancebo.

-¿En qué te detienes? -preguntóle el compañero que había estado atisbando desde alguna distancia el éxito de tal alevosía.

-En registrar la navaja para abrirle una compuerta de ocho puntos.

-¡Qué navaja ni qué demonio! Dale otro par de hachazos, y ganemos de un salto la casa de don Leopoldo.

-No me da la gana, que quiero holgarme con su cuerpo.

-Huélgate enhoramala con los cuernos del demonio. ¿No ves, mandria, que cada grito de esos que pega atrae sobre nosotros, más listos que un escuadrón de perros, a todos los escribanos de la villa? Venga acá el chuzo, y vete a holgar si gustas de zambra con el colmilludo hocico de tu abuelo.

Y echó mano aquel hombre maligno al hacha pesada de Crispín, y dando con ella tres o cuatro porrazos en la cabeza del caído, hízole exhalar en breve el último aliento.

-Ahora dile que se levante.

-¿Si le parecerá a maese Rosell que hubiera podido tenerse en pie desde el primer torniscón que le arrimé al cogote?... La verdad, teníalo por hombre más recio e iracundo, y veo que media muñeca me sobraba para dar con él patas arriba.

-Ea, vente conmigo, y te llevaré por donde no corras riesgo de topar con la justicia.

-¿Y a qué sitio hemos de ir, maestro?

-A la habitación de don Leopoldo.

-Un cuerno...

-¿Pues...?

-A la taberna a refrescarme un poco la sangre, como tengo de costumbre siempre que descargo un buen golpe.

-Conmigo te has de venir, zopenco, que no es razón perdamos por tu culpa la reputación y la vida.

A pesar de que pasaba en voz baja este sombrío diálogo, no dejaron los vecinos de percibirlo, y como les habían asustado los clamores del doliente, determináronse a gritar socorro desde las azoteas, y a entreabrir quedito las ventanas. No aguardó don Judas a que se repitiesen estos indicios de alarma, antes dejándose al bárbaro Crispín junto al cadáver de Santiago, puso los pies en polvorosa echando a correr por aquellas encrucijadas con paso tan silencioso y rápido, que no le aventajara la más inmunda hiena cuando olfatea a larguísima distancia el rústico cementerio encajonado dentro de las tapias de alguna campestre villa.

-¡Llévente dos mil demonios! -murmuró Crispín con feroz sonrisa de desprecio- Si pudieras vender a peso de oro el miedo que tienes metido en ese cuerpo, yo te aseguro que en breve hilarían de tu cuenta cuantos gusanos de la seda se crían en las orillas del Segura.

¡Vaya un hombre...! Suelto para levantar la caza, taimado en disponer la red, pero cobarde en el momento de sacudir al abejorro. ¡Vaya un hombre...!

Y así diciendo encaminóse como si nada hubiese hecho a cierta taberna de que era oficioso parroquiano. Pero avínole muy mal que andaba ya por el barrio algo diligente y despabilada la justicia, de modo que sin poderlo evitar y no queriendo huir por no hacerse reo, dio de hocicos con una gentil comparsa de alguaciles, que unánime le detuvo por hombre sospechoso. Mandó el que los capitaneaba arrimar los faroles a su rostro, y al notar la rudeza de sus facciones, la negrura de su piel y el mal pelaje de su asquerosa persona, ordenó que lo registraran, con lo que halláronle, además del puñal, otros mil instrumentos de sus bellaquerías y latrocinios.

Sin más preámbulos dieron con él en un calabozo húmedo, lóbrego y lleno de sabandijas. Un jarro de agua y un poco de paja en que acostarse componían su adorno, y no disfrutaban más luz sus pringosas paredes que la que comunicaba cierta especie de rendija o claraboya sutilmente practicada en lo alto de la bóveda. Echó Crispín una sombría ojeada al aposento al tibio vislumbre de la opaca linterna del carcelero; y sin mostrar pesadumbre de estancia tan desaliñada y rústica, arrimóse al ángulo de la paja, y echóse en ella alargando los pies para que le acomodasen los grillos, como hombre ya acostumbrado a las ceremonias de tal recibimiento.

-Cuidado -dijo el alcaide- que apenas tengo hierros para tan robustos carcañales.

-En efecto -respondió el mozo que se los ponía- tal debe de correr ese mastín...

-¿Pues cómo te estabas tan quieto -preguntóle el alcaide- siendo así que de un brinco hubieras burlado la ronda?

-¡Quieto! -murmuró Crispín- Ya se ve; el hombre que va su camino no se cura de correr para que los señores golillas no formen mala sospecha.

-Pero sí por no caer en las garras de la justicia, hermano.

No estoy de humor de disputas; si esa señora se precia de caritativa, tráiganme como obra de tres o cuatro libras de queso y siquiera dos azumbres de aguardiente, y déjenme comer a mis solas y en sosiego el pan del rey.

-No acostumbramos regalar de esta suerte a nuestros huéspedes, pero cuenta sin embargo con medio pan de munición y un jarro de agua purísima, alimento sano y a propósito para despejar tu juicio. Así responderás al juez, en términos que no te arranque una sílaba que perjudicarte pueda.

Cerraron entonces la puerta del calabozo, y dejaron en soledad espantosa al antiguo camarada del Barbudo. Todavía percibió el ruido de otros cerrojos correspondientes a puertas más distantes, y el eco de los pasos del alcaide y sus satélites perdiéndose por los abovedados corredores de aquel inmenso edificio. No amilanándose empero ni haciendo alto siquiera en la triste perspectiva de su situación, trató de acomodarse como mejor pudo

y supo de suerte que menos sintiese el peso de los grillos, y echóse a dormir a pierna suelta, muy persuadido de que el favor de don Leopoldo lo había de sacar a la hora menos pensada de tan custodiado encierro.

Dejémosle entregado a su estúpido reposo, y veamos qué es lo que hacían los demás personajes de esta historia. Ya puede considerarse que no tardaron a saber la prisión de Crispín los que le habían empujado a tal asesinato, cosa, para decir verdad, que los puso en el mayor conflicto, pues temían la declaración de aquel hombre sin ley, dispuesto a revelarlo todo o para librarse del castigo, o para vengarse de los que no se esforzaban en protegerle. Pero su más cruel angustia fue que hubiesen errado la víctima, sacrificando a un joven desconocido en vez de aquel cuyo mérito se oponía a la venganza y elevación de entrambos. La pena que no pudieron menos de causarles estos contratiempos encontró algún tanto la herida de Moncadí, bien que no tan de recio que le prohibiese el facultativo salir del lecho para dar alguna vuelta por la estancia. Reclinado pues en un gran sillón de damasco y suspendido el brazo de un cabestrillo pendiente del hombro, hallóle don Judas al segundo día de la muerte de Santiago. Aunque su presencia infundía cierta pesadumbre a Leopoldo, no dejaba de conocer que estaba bajo el dominio de este varón mal intencionado, tanto por el auxilio que clamaban los agudos dolores de su herida, como por los medios de llegar a su venganza; pero sobrellevábalo con paciencia puesto que no era ya posible retroceder. En tanto manifestábase el otro con su humillación rastrera que se alegraba de encontrarle más tranquilizado y pacífico.

-Sí por cierto -respondió Leopoldo con toda la aspereza de su humor hipocóndrico- ni más ni menos que un miserable can acometido del mal de rabia. Acércate a reconocer la herida, y verás chispeando en ella todo el veneno de mi corazón. Pero cuidado con lo que haces, hombre; anda despacio y con tiento; mira que me escuece mucho; mira, ¡vive Dios! que si la azotara el ala de un leve mosquito, habíame de parecer inflamado puñal o hierro agudo.

-No hay que temer -repuso don Judas con cierta sorna- ahora mismo derramaremos un bálsamo sobre ella capaz de refrescarla y quitar esa irritación que vuestra señoría sufre con tanto ánimo.

-¿Con ánimo, pícaro? ¿Con ánimo? -repitió Moncadí rechinando los dientes y desgarrando entre ellos un pañuelo para desahogar la ira causada por la violencia de sus dolores- La sufro como sufriría las llamas del purgatorio. Arde y humea el hueso de ese tronco ni más ni menos que el acero que sacan de la fragua, y aún creo que lo has de oír silbar en cuanto lo rocíes con el bálsamo de que hablas.

-No dude vuestra señoría de su eficacia respecto de las dolencias del cuerpo; después probaremos remediar las del espíritu.

-Judas Rosell -exclamó el doliente cuando a beneficio del bálsamo percibió un inesperado alivio- Judas Rosell, convengo en que eres hombre muy diestro para hacer insensible el cuerpo a la agonía sutil de esos dolores, pero algo menos docto para calmar la efervescencia del ánimo.

-Verdad es que debe ser exaltadísima, sobre todo desde la prisión de ese alano de Crispín.

-Fácilmente me consolara de su muerte, aunque perdiese un brazo que podría serme útil.

-¿Pero cuáles son en suma las calidades de ese bruto?

-Las de un perro de presa, amigo Rosell: tirarse ciegamente a la víctima y sin ladrar destrozarla.

-¿Y teme vuestra señoría que cante?

-¡Qué sé yo a qué podrá obligarle el necio temor de la horca! Ello es cierto que mata a un hombre sin lavarse las manos después; pero a veces todo ese gallo se convierte en aguachirle así que...

-Bueno, bueno; haremos algo por él, a lo que también me obliga la justa consideración de que no dejaba de servirme en aquel golpe, y que al fin no es culpa suya haberlo descargado en quien nada nos hiciera.

-¡Cómo que emana de tu inapelable torpeza! Porque ¿quién ha visto equivocarse un ciervo con un jabalí? Merecería el que tal yerro comete que le plantasen los cuernos del uno en la boca, y los colmillos del otro en la cabeza.

-Pero, ¿no advierte vuestra señoría que no me llama mi profesión al noble ejercicio de fatigar el montee? Y no es decir que no tuve mis dudas al verlo tan andariego y casquivano; pero la conformidad del traje, la semejanza de la estatura, y la ocasión de haber salido de la misma madriguera me deslumbraron en términos, que sin más preámbulos soltéle el mastín de vuestra señoría que se tiré a sus orejas con notable rencor y pujanza. Portóse en efecto con tal gallardía, que no he de parar hasta sacarlo del mal paso en que se ha metido por culpa en parte suya, en parte nuestra.

-Apenas te ha de bastar toda la sutileza de que te jactas. No creo que se tarde mucho en arrancarle del buche la confesión del crimen; y una vez la suelte, arrástranlo por los talones a la horca. Ahora si crees poderlo descolgar del patíbulo, y enderezarte el cuello, y no dejarle señales de la soguilla de esparto, milagro más reservado al poder de Satanás que a las tretas de tu industria, ya es otra cosa.

-¡Pardiez! A decir verdad, nada menos me propongo que obligarle a dar un salto desde el pie mismo del suplicio.

-Fanfarronadas, amigo Rosell: toda la huerta estará mirando la fiesta.

-Pues mande vuestra señoría venir al populacho de cien leguas en contorno, a ver si será bastante para frustrar los ardides de mi ingenio.

-No puede ser, como lo logres, sino que tengas pacto con el diablo.

-Con el diablo no -repuso el cirujano riéndose de la interpretación de don Leopoldo- pero con gentes dos deditos más astutas, no lo niego.

-Pues habla claro, perro descreído; que si tratas de divertirme porque me veo alicaído y doliente, yo te juro...

-Basta, esforzado bienhechor mío -interrumpió don Judas- quise decir que contaba con cierto compadre que para semejantes lances vale mucho.

-Adelante.

-Nada menos que con maese Diego, honrado verdugo de esta capital y su partido.

-¡Ah! Imposible fuera que un bicho tan venenoso y travieso como tú no hubiese tenido alguna cuenta que ajustar con semejante funcionario: y eso que manejas todavía los dedos, y se levanta erguida tu cara de mico sobre tus hombros; pero no dejarás de llevar por cierto algún escudo de distinción en las espaldas.

-¡Calle...! pues no me disgusta que vuestra merced se chancee, que así me prueba la milagrosa eficacia de mis bálsamos. Por lo demás, mis conexiones con maese Diego no traen otro origen que la venta de membrudos ahorcados por mi regaladísimo dinero.

-¡Bribón! -exclamó con horror don Leopoldo- ¿Si pretenderás armar con sus hediondos cadáveres sortilegios y maleficios?

-¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! No en mis días -respondió el doctor, a quien divertía en extremo la torpeza del enfermo- lo que yo pretendo, con perdón de su señoría, es disecarlos, anatomizarlos y conocer su disposición y artificio por medio del prolijo examen de su estructura. ¡Oh! Si se dignara honrar vuestra señoría con su presencia mi humilde laboratorio, quiero decir el gabinete donde estudio, vería mil preciosidades y lindezas, como por ejemplo la cabeza de aquel célebre malhechor colgada por la justicia en la embocadura del puente, el corazón del otro que se tiró meses atrás desde la torre de la catedral por el gusto de matarse, y hasta el elegante esqueleto de aquella Angustias que tanta fama dejó de donosa por el pueblo, como de penitente en la galera. ¡Ah! ¡Cuánto placer hubiese tenido en colgar también la nervuda aunque delicada mano de vuestra señoría entre objetos tan curiosos y peregrinos!

-Al grano, insolente, al grano: mira no te mande echar una mordaza antes aún que me expliques de qué suerte pueden ser útiles a Crispín tus infernales tráfico con maese Diego.

-Decía, señor coronel, que como pueda arreglármelo con éste, y persuadir al otro que sin descoser los labios se deje llevar al suplicio, seguro de que su muerte no será, gracias a mis artes, más que figurada y momentánea...

-¡Bravo! y si pudiéramos, en caso de que rabie por decir algo, ponerle cuatro palabritas en la boca que envenenasen la poca reputación que le queda a ese fatuo de...

-¡Valiente idea! -gritó don Judas frotándose las manos- No sé cómo no se me había ocurrido cosa tan natural y oportuna.

-Veamos ahora de qué manera salva de la horca tu sagacidad quirúrgica al iracundo mastín que nos roba la justicia.

Empezó don Judas a desenvolver el plan ante su ilustre discípulo, pero el lector tendrá a bien que dejemos en libertad a tan digna pareja para que sin estorbo ni empacho trace y combine sus humanísimos proyectos, cuyo resultado no tardará en demostrarnos el sesgo y naturalísimo curso de la historia. Ello es que, aunque compuestos los dos de diferentísimos elementos, estaban tan bien atraillados al efecto de concebir y ejecutar diabólicas travesuras, como aquellos perros de caza diestros unos en levantarla y sueltos los otros en destruirla.

Capítulo VIII

Desagradable agüero

Nada en efecto se asemejaba menos a la altanera ambición del cortesano favorito, del aromático galán e intrépido guerrero, que aquel cirujanillo hipócrita y servil, que parecía agradecer hasta las injurias, al paso que estaba bien penetrado de la superioridad que le daban su astucia y conocimientos respecto de gentes, si bien ilustres, poco leídas. Así es que, semejante a un guardián de fieras, atreviase a tirar de cuando en cuando leves sarcasmos contra las fogosas pasiones de hombres templados por el exasperado tono de Moncadí, persuadido de que con su aire rastrero y humilde disiparía fácilmente la tormenta, de la misma suerte que lanza el joven indio su ligerísima canoa en las agitadas ondas, seguro de que su misma fragilidad le sirve de égida contra sus embates y vaivenes. Verdad es, como ya hemos dicho, que el noble coronel odiaba de todo corazón a don Judas; mas no por eso dejaba de vivir bajo su venenosa influencia, y como fascinado por el siniestro brillo de sus ojos y la ponzoña de su aliento. Aunque se encolerizaba contra él y lo exasperasen de continuo su impudencia y su audacia, veíase obligado a ceder, parecido en esto al fogoso bridón que juzgándose con bastante brío para burlarse de su conductor, es fácilmente sujetado por el diestro joven que lo lleva de las riendas. Y no tratamos de significar que no le pagase don Judas en la propia moneda, sino que iba simulado su menosprecio bajo ciertas formas equívocas entre la risita aduladora y el sarcasmo de su lengua viperina; mirábalo por un lado muy poco superior a una bestia, y muy capaz por otro de destruir a un semejante suyo, sino en fuerza de la sutileza de sus artes, por la pujanza de sus miembros o la influencia de sus empleos. Era en suma respecto de él un hombre sin ingenio y sin caletre, en quien únicamente campeaba lo material, pero de quien se proponía sacar grandes partidas de dinero, único ídolo de su corazón dañado, bien que por la vergüenza que le causaba el vicio de la avaricia, disfrazaba esta pasión rastrera con ingeniosísimos colores.

El doctor Judas Rosell, decíase a sí mismo al contemplar las medallas de su papelera, no es uno de aquellos miserables usureros que sólo admiran el lustre de ese metal, sino un hombre que alcanza el mágico poder de que reviste al individuo sagaz que lo posee. ¿Qué obstáculo podrá haber en el mundo que no se allane con su auxilio? Si apasionado andáis de las mujeres, os borra la fealdad, os disimula la poca gracia y os convierte en un Adonis; a los débiles hace poderosos, a los cortesanos magníficos, y sobrecarga a los que apetecen honores de cruces y medallas y veneras. En esa humilde gaveta tengo yo floridos prados, ricos alcázares, títulos de hidalguía y cuantos regalos halagar pueden la mísera condición de los hombres. Hasta la venganza, placer sublime que convierte al mortal en un semidiós, tengo metida en tan preciosísima arquita, aunque he preferido siempre proporcionármela por medio del ardid y de la astucia, porque es doble entonces la satisfacción que resulta de su logro.

Tales eran las reflexiones que hacía nuestro benéfico facultativo siempre que visitaba su tesoro y al salir ahora de la casa de don Leopoldo Moncadí. Embebido en los últimos planes trazados con el coronel para perder a Portoceli, dirigiase a dar una vuelta por la huerta al efecto de meditarlos más despacio, cediendo voluntariamente la acera a cuantos iba encontrando por la calle, y quitándose oficioso el sombrero no menos para saludar al título o al hidalgo, que para corresponder al modesto menestral o al simple sacristán de monjas.

¡Miserables!, pensaba el muy bribón en tanto que prodigaba estas genuflexiones; si penetrarais lo que encierran las compactas paredes de cierto cajón mío, a buen seguro que os pondríais de rodillas para rendir homenaje a mi encogida personilla, Pero algún día me he de vengar de vosotros, ni más ni menos que de ese estúpido Moncadí tan pródigo de dicitos y de afrentas. Bien es cierto también, para alivio y desahogo mío, que suelo levantar recias tempestades en su corazón preñado de ignorancia y de orgullo, y que en eso de darle flechazos... ¡hem! ¡hem! ¡hem!... no acostumbro quedarme detrás de su señoría.

Mientras endilgando esos piadosos discursos proseguía su rumbo hacia las puertas con la humildad de un novicio, corrieron varias mujeres detrás de él y detuviéronlo diciendo:

-¡Bendito sea Dios! He aquí el hombre que nos hacía falta, el hombre cuyo socorro para estos casos es único y eficaz.

Y rodeábanle al mismo tiempo y acariciábanle en muestra de la necesidad que tenían de su persona.

-Está bien, comadres, está bien -respondía don Judas revolviéndose entre ellas- gracias, no soy tan docto como decís, ni tan caritativo, hago lo que puedo, procuro sobre todo consolar al pobre, pues al pobre... porque todos lo somos, hermanas mías... pero...

-Digo y lo sostengo -exclamó una de las tías- que es usted el barbero más diestro de toda España.

-Ya, pero...

-¿De España dijiste? Y aun de Murcia -interrumpió otra- poco alcanzas su habilidad cuando andas tan escasa en los encomios.

-Bueno, bueno, comadre; todo eso está muy bien, pero...

-Sí señor, y no hay pero que valga, honradísimo don Judas; que nada me ha incomodado usted por aquel piquillo de la caída que dio mi pobre Juan cuando echaban el tejado a la casa de los Gremios.

Ni a mí por la sangría que aplicó a la mula de mi hermana.

-Ni a mí por aquel tumor de la vaca de mi suegra.

-Ni a mí por eso...

-Ni a mí por lo otro...

Y empezaron a soltar juntas la tarabilla, de suerte que formaban una revolución infernal. Varias veces tentó el cirujano escabullirse, pero teníanlo tan bien sitiado, que no le fue posible a pesar de su mucha maña en encogerse y doblegarse. Apaciguóse al fin un poco aquel discordante vocerío, y enteraron entonces al mareadísimo facultativo de Elche de que no se trataba de vacas ni de mulas, sino de un niño que se estaba muriendo a cierta comadre de todas ellas, la cual comadre le había dado a mamar una leche inficionada de resultados del susto que recibió cuando le llevaron a casa el cadáver de un sobrino suyo, a quien dos días antes habían asesinado en la calle gentes dejadas de la mano de Dios. Apenas hizo alto don Judas en esta última circunstancia, pues enteramente dado al interés de su profesión, preguntó si sabían la naturaleza de la enfermedad del niño.

-Se va hinchando como un sapo, y se pone tan encendido, con unos ojazos que le salen de la frente, y una baba que...

-¡Malum signum, malum signum! -exclamó el cirujano.

-Lo que verdaderamente tiene, señor doctor -gritó otra de las presentes- son una especie de tarugos que llaman enginas.

-Cinanche trachealis: enfermedad mortal, que corre legua por hora. Llevadme allá, hijas mías, y dadme que sobre la marcha lo emplaste, lo bizme y lo jaropee, que yo os aseguro su salvación sólo con que lleve a la muerte dos deditos de ventaja.

Guiáronlo con grande algazara a calle no muy distante, y metiéronlo en una casa de humilde aspecto, dentro de la cual entonaban a la sazón varios religiosos el lúgubre canto de los muertos. Hubo de atravesar una pieza, sin duda la más capaz de la habitación, en medio de la cual yacía tendido sobre un féretro el cadáver de cierto joven, en quien reconoció no sin pasmo a Santiago, el aprendiz de su tienda. Turbóse el hombre, y púsose a mirarlo con ojos en que se pintaba una admiración estúpida y sombría. Y no fue esto lo que más le sorprendió, sino venir en conocimiento por los informes que le dieron de que aquel

malogrado mozo había sido precisamente la víctima de su equivocación y del hachazo de Crispín. No dejó de preguntar con repetidas instancias si sabían qué objeto lo trajo a Murcia, curiosidad que no pudieron satisfacerla la tía del difunto, ama de aquella casa, ni las demás comadres que la acompañaban en su malandanza. No obstante su carácter inhumano y únicamente sensible a los atractivos del oro, sintió en lo íntimo de su pecho haber sido verdugo de un muchacho a quien quería, por manera que estuvo casi dudando si verdaderamente podría ser castigo del cielo, o provechosa lección de algún santo que lo patrocinase. Apresuróse a desempeñar con el tierno niño las atribuciones de su ministerio, y salió más que deprisa de una casa donde había un espectáculo tan lúgubre, que le echaba en cara por vez primera su malignidad diabólica, y hacíale probar los remordimientos de su corrompida conciencia. Ya lanzado sin embargo con gigantesco impulso en la carrera del crimen para retroceder a lo menos antes de vengarse de los que creía enemigos suyos, sufocó aquel leve estímulo de arrepentimiento, y preparóse a bajar al calabozo de Crispín para enterarle del último plan, y disponerle a que no desmintiese la parte que en él le correspondía, cosa indispensable para su salvación y la de sus cómplices.

Capítulo IX

Nuevos lances de la vida de un bandolero

No le acompañaremos a la lóbrega cárcel donde yacía gruñendo y blasfemando contra él y don Leopoldo el antiguo verdugo de la cuadrilla de Jaime. Dejémosle que haga penetrar momentáneamente entre sus tinieblas el brillo de una luz trémula y opaca, y que medite nuevos atentados en compañía del bárbaro que allí se encierra; y trasladémonos de un salto al fondo de cierto bosque situado entre Murcia y Crevillente. Los árboles que lo formaban tenían todo el vigor y la aspereza de los que criándose en largos despoblados nunca sienten la mano simétrica del hombre; y como se elevaban en su recinto varias colinas de bastante altura, entrelazábanse con los de su pendiente los más robustos del valle, y componían de esta suerte una selva verdaderamente enmarañada y sombría. Pasaba a muy corto trecho el camino real de Murcia, describiendo retorcidas revueltas, miradas de los transeúntes como puntos de siniestro augurio por lo que favorecían la malvada intención de los bandoleros. Añadíase a esta circunstancia la de saberse positivamente que las cavernas de este bosque, como más entapizadas de hierba, oreadas y frescas que las de Crevillente, les servían de regalo, y que solían pasar allí con sus mujeres o barraganas, y pública y escandalosamente solazarse sin respeto a las costumbres ni temor de las justicias. En el momento no obstante de que hablamos reinaba en tan dilatada selva el más tétrico silencio: no se oía otro rumor que el viento silbando por los altos pinos, el grato murmullo de fugitivos arroyos, y algún rápido gorjeo de tímidas avecillas. Sin reparar en estos agradables objetos, ni manifestar recrearse por el temple primaveral de tan pintoresco sitio, con los brazos cruzados sobre el pecho daba vueltas por entre los árboles el barbado capitán de los bandidos, sumergido al parecer en serias reflexiones, y ofreciendo la imagen de un hombre próximo a cometer un atentado contra sí mismo. Cuando más daba a entender con tal enajenamiento que se hallaba a infinita distancia su espíritu de aquellos lugares, distrájole a deshora el alegre rumor de chillones cascabeles anunciando lucida comparsa de arrieros que iba a pasar por

el inmediato camino con sus mulos enjaezados, encascabelados, llenos de lucientes planchas y de flotantes cintas, según ataviarlos suelen los gentiles zagales de aquellas provincias. Jaime aplicó el oído como para averiguar si venían de Murcia o si se dirigían a ella; y mientras estaba atento a tal observación, hirióle la voz de uno de ellos, que con el aire melancólico que acostumbran iba cantando la siguiente copla, o para alentar a la recua, o para sobrellevar con más dulzura las fatigas del viaje:

Al fin en alto suplicio,
sin que librarte presumas,
pagarás para escarmiento,
bárbaro Crispín, tus culpas.

-¡Harto merecido lo tiene! -exclamó el Barbudo con lastimoso acento- ¿Quién le manda separarse a su antojo de mis órdenes, y exponerse sin más ni más a la desatinada cólera de los alguaciles murciananos?

Interrumpióle de nuevo el arriero con estos versos del mismo romance:

En balde romper las cuerdas
cual can rabioso procuras,
y al santo varón desoyes
que altas verdades te anuncia.
Recios ¡ay! son los dogales,
colérica está la turba,
andan sueltos los ministros,
canta el pregón tus injurias.
Y es vana ya tu porfía,
vana tu sangrienta furia,
y lo será muy en breve
la del Jaime a quien acusas.

-¡Ay de mí! -prosiguió el Barbudo- sobrada razón llevas en pronosticarme un fin desgraciado y prematuro. También me lo pronostican mis remordimientos y mis sueños... Pero ¿por qué te olvidas de que a ese mismo, cuya muerte tanto apetece, debes la poca seguridad que se disfruta en estos montes? Y no es decir que no deteste esta vida vengativa y turbulenta, sino que temo a mis enemigos, y a los mismos a quienes hice bien, y a cuantos reciben deleite en ver expirar en alta horca a un hombre reputado de valiente.

Íbase disminuyendo el eco de los cascabeles y las voces a medida que doblaba la recua un atillo colocado a cierta distancia del Barbudo, y volvía éste a caer en un silencio todavía más tétrico, cuando al reparar en el bulto de una persona errando por la misma selva, dirigióse a ella y empezó a decirle:

-¡Cómo tan tarde, señor don Rodrigo! Hace tres horas mortales aguardaba a usted en este bosque. ¿Qué es de nuestros enemigos? ¿Qué tal lo pasa el hermosísimo objeto de sus amores?

-Va recobrando la razón, amigo Jaime, aunque manteniéndose firme en el propósito de no apartarse de sus filiales deberes. Esta noche pasada tuve por el jardín larga conversación con ella: mostróse más tierna, más generosa, más apasionada que nunca, pero constante siempre en no abandonar al conde.

-¿Y Leopoldo?

-Encerrado en su casa conferenciando con don Judas, y fraguando nuevos medios de perderme. Ya supisteis el hachazo que destinaban a mi cabeza y derribo de los hombros.

-¿La de aquel infeliz que nos servía? Lo sé, señor don Rodrigo, y aunque me felicito de haber librado la vida de usted por el ardid que sugerí al efecto de que conferenciase con doña Julia, no dejo de sentir en lo íntimo de mi corazón cierto pesar de su muerte como inocentemente ocasionada por mi causa. ¡Ah! Si posible me fuera descubrir al pícaro que se alquiló para semejante atentado.

-¿Pues ignoráis que es uno de vuestra pandilla?

-¿Cómo de mi pandilla?

-Y tanto, que Leopoldo y don Judas hacen recaer públicamente en vos la sospecha de tal asesinato. Iban con el mayor escándalo diciendo que habíais querido vengaros en el mensajero de entrambos, al mismo tiempo que me ponían anónimos dándome caritativos consejos para que en vista de tal ejemplo desconfiase del Barbudo.

-¡Oh pérfidos! -exclamó Jaime rechinando los dientes y como descargando una tremenda cuchillada.

-Por lo que a mí toca -prosiguió el oficial- lejos de creer en las apariencias de tal vileza, ni un momento me he detenido en venir a la cita que me distéis, pues sé que os calumnian, Jaime, y que ninguno de ellos es digno de campear siquiera a vuestras órdenes.

-A lo menos encuentro en usted un hombre que hace justicia a la desgracia de mi situación y a los sentimientos de mi pecho. ¡Ah! Como logre verlo feliz y recibido en el mundo con el favor que a su mérito se debe, juro valerme de su mediación para lograr el indulto y dar un eterno adiós a esa inmoderada libertad y a esas agitaciones continuas que con tanto imperio nos seducen, bien que espero poner igualmente en juego la de cierto personaje no menos generoso e ilustre.

-El malvado de que se sirvieron para asesinar me está en capilla, y no tardarán en conducirlo a la horca. Quiso suponer en el interrogatorio que hizo aquella muerte asalariado por mí; pero faltando las pruebas en que apoyarla, y alegando además razones superiores a su ingenio, muy diversas de las que llevado de su rústico caletre pronunciar solía, sospecharon los jueces que aquello era sugerido de algún ruin enemigo interesado en perderme. Sin embargo, nunca quiso el hombre desdeírse: confundíanlo con ingeniosas preguntas, pillábanlo en palmarias contradicciones, redujéronle en fin a que no abriese los labios por no proferir más sandeces; más no lograron remontarse al claro y verdadero origen de aquella trama.

-¡Perezca de mala muerte el pícaro que por perversidad se aparta de la moderada conducta que tanto les recomiendo! Pero Crispín ha de tener alguna esperanza de salvarse... de otra manera, yo sé, porque lo conozco bien, que no hubiese dejado de delatar a don Leopoldo y a don Judas. Supuesto que está en capilla, y ni uno ni otro son hombres para arrancarlo ya de la cárcel o del pie de la horca a viva fuerza... mucho me engañaría, señor don Rodrigo, si no anduviese en la danza algún trato secreto entre el cirujano y el verdugo...

-¿Y cómo es posible que...?

-Varios lances podría referir a usted si la ocasión me lo permitiese.

El lejano rumor de algunos bandoleros que venían corriendo cortó en esta frase el coloquio del Barbudo y Portoceli. Volvióse Jaime hacia los que más se adelantaban, los cuales empezaron ya de lejos a instruirle de que había sido sorprendida la cuadrilla a las espaldas del bosque.

-Pero se resisten -dijo Jaime oyendo el tiroteo.

-Sólo sacan fuerzas de flaqueza -respondió el bandido- pues la desesperación y la esperanza de que acudas pronto a su socorro, les obliga a presentar cara al peligro, no obstante de ser muy superior el número de los contrarios.

Sin responderles palabra previno Jaime al caballero que tuviese la prudencia de ponerse en salvo mientras acudía al auxilio de su gente. Encaminóse en seguida con increíble rapidez al sitio de la refriega; y don Rodrigo, que lo iba siguiendo a lo lejos para ser testigo de aquella escena, vio llegar al campo de batalla, reunir a los bandidos que andaban dispersos, ponerse a su cabeza, acometer un altillo, aturdir a trabucazos los soldados de la ronda que lo defendían, y apoderándose de él defenderse desde allí como si fuese inexpugnable ciudadela. Tan pronto dividía su gente como la reunía en pelotón; tan pronto amenazaba un grupo de enemigos como caía sobre otro ajeno entonces de semejante acometida. Su destreza en disponer y repartir a los hombres que mandaba, su agilidad en saltar barrancos y trepar por los montes, su astucia por último en engañar a los que desconocían este modo original de hacer la guerra, le daba una superioridad tan decidida que muy en breve hubo de fatigarles y desesperarles y aburrirles. Cuando los tuvo rendidos, al ronco son de una caracola reunió toda su gente y verificó la retirada con cierto aparato de orden hacia lo más selvático del monte. No bien llegaron sus satélites a tomar posición

ventajosa en su falda, empezaron a insultar la torpeza de sus perseguidores y a levantar hasta las nubes el arrojo y pericia del impávido adalid a quien nuevamente debían la salvación de todos.

Sin dar muestras de complacerse en semejantes elogios, mandóles Jaime apostar de modo que no cometiesen la sandez de dejarse sorprender de resguardos ni miñones, y fuese a registrar la selva por si le era posible encontrarse otra vez con Portoceli. No tardó mucho en descubrirle, y llevándolo al margen de una apartada fuente, continuaron su conferencia, tanto para adivinar los proyectos de Rosell y Moncadí, como para llevar adelante el empeño de lograr lo que entrambos pretendían.

Capítulo X

¿Por qué así bramas y tuerces,
Torrente de Lucifer,
si en el mar has de morir,
y en el mar te has de perder?

Serían como las cinco de la tarde cuando se oyó el plañidero son de las campanas de Murcia anunciando a sus tristes habitantes el próximo fin de un delincuente. Llevábase en tropel el populacho hacia las calles por donde con fúnebre silencio, únicamente interrumpido por las pías amonestaciones del religioso, iba desfilando la comitiva compuesta de varios sacerdotes y hermandades, y llevando en alto un devoto crucifijo. Entremezclábanse con ellos algunos ministros de la justicia ordinaria, y percibíanse a lo lejos los mesurados golpes del enlutado tambor que precedía a la guardia encargada de custodiar al reo. En medio de dos religiosos y algo sostenido por los verdugos, caminaba el infeliz arrojando siniestras miradas y manifestándose menos compungido de lo que parecía exigir escena tan imponente. En vez de atender a las inspiradas palabras del amonestante, esforzábbase en repetir que era inocente y que pagaba los delitos de un hombre, a quien por ser de otra clase no perseguían los jueces. Pero así que habiendo ya salido de las puertas de la ciudad descubrieron alzándose en el centro de vasto campo los altos palos de la horca y las escaleras, que se dibujaban en el azulado horizonte, cesó Crispín en su desvergonzada habladoría, inclinó la cabeza sobre el pecho, y púsose a gruñir como un marrano y a murmurar de su suerte. En balde redoblaba el religioso su eficacia a fin de inspirarle la resignación de un mártir: la idea que le había repentinamente ocurrido de que el coronel y el cirujano no tendrían el menor escrúpulo en faltar a su palabra, y de que cuanto le habían dicho no fue quizás mas que un pretexto para que no revelase su complicidad en el crimen, hacía temer la muerte y bañaba sus toscos miembros con el sudor frío que frecuentemente la precede. Con todo, su suerte era ya irrevocable, e íbanlo arrastrando al fatal instrumento de su agonía, en donde debía permanecer colgado hasta que sirviese de pasto a las aves de rapiña. Las gentes agolpadas para verle morir eran sinnúmero; de todas partes acudían

numerosos pelotones por la fama de haber servido el reo en las filas del Barbudo, y por las medidas que se habían tomado al efecto de frustrar toda tentativa de parte de este bandolero si se arrojaba a libertarlo. A todo esto subía ya la escalera echando rabiosa espuma por la boca y profiriendo horribles blasfemias contra los autores de su desgracia. Pidió hablar a los jueces y se lo negaron; sentado en lo alto del suplicio trató de denunciar al público a Leopoldo y al cirujano; pero el verdugo, bien prevenido en lo que debía obrar, púsole la mano en la boca y derribóle desde el penúltimo escalón cuando menos lo esperaba. Levantóse un grito universal de angustia al contemplarlo cayendo y agitándose por el aire, hasta que al verlo gesticular, cerrar los ojos y torcer la cabeza se convirtió en ferviente murmullo de bendiciones y plegarias por su alma.

Dentro de muy breves momentos descendió el ejecutor anunciando que el reo acababa de expirar. Moviéronse las oleadas del concurso en diferentes direcciones; desfilaron las tropas y las hermandades; volvieron grupa para dar fe los escribanos, y sólo quedaron junto a la horca aquellos aficionados intrépidos que no abandonan el teatro hasta haber estudiado el mecanismo de la ejecución y el ingenio del verdugo en la aspereza o suavidad del gesto con que muere el delincuente.

Poco a poco fueron desapareciendo de aquel sitio ya por el cuidado que reclamaba el régimen de las puertas de la villa, ya también por temor de que cerrase del todo la noche dándole con lo fúnebre de sus sombras un aspecto capaz de poner espanto al más desalmado bandido. Sobre vino efectivamente tan lóbrega, que apenas había otra luz que la que de cuando en cuando despedía la luna por entre las aberturas rápidamente formadas por las nubes. Y al tiempo que uno de estos fugitivos rayos alumbraba el silvestre recinto donde levantarán la horca, advertíase moviéndose aún el pesadísimo cadáver de Crispín, rodeado de agoreras aves de rapiña descosas de envainar los picos en sus carnes hediondas.

Yacían empero los habitantes de Murcia sumergidos en el más profundo sueño, cuando tres hombres envueltos en sendas capas y alumbrados por una linterna sorda, salieron de los jardines de la casa de don Leopoldo Moncadí, dirigiéndose hacia el río en donde agradablemente terminaban y debían encontrar una lancha amarrada junto a la escalinata que servía de embarcadero. Dejaba percibir el viento un melancólico silbido, y continuaba la luna lanzando de tiempo en tiempo algún fugitivo rayo. Los tres individuos de que hablamos entraron en el barquichuelo guardando triste silencio y usando de las mayores precauciones para no llamar la atención de nadie. Era el uno alto, vigoroso y fornido; el otro flaco, macilento y encorvado; y el último, de estatura más que mediana, al parecer singularmente avisado y travieso. Sin hacer el más leve rumor aproximaron el bote a la tierra y saltaron dentro, no sirviéndose de remo alguno, antes dejando que se deslizase a su albedrío sin otro esfuerzo que el natural impulso de la corriente.

-Hasta que pasemos por debajo del arco, es fuerza navegar con todo este silencio -dijo en voz baja uno de los tres- de lo contrario, hermanos, llamaríamos la atención de la centinela que lo guarda.

El que hablaba así era el más joven, y había tomado el timón para dirigir la frágil nave. Con suma destreza la llevó hasta pillar el centro del río, y manteniéndola entonces en un perfecto equilibrio sin dejarla ladear a ninguna de las riberas, enderezóla por el mismo ojo

del puente con tal precaución y tino, que ninguno de sus nocturnos guardianes reparó en ella. En cuanto estuvieron bastante lejanos de aquel peligroso punto tomaron los otros dos un par de remos, envueltos en trapos para que metiesen menos rumor, y no sin diestro manejo y blandura comenzaron a favorecer el impulso de la lancha.

-Por vida mía, compadre, que hallasteis un lindo oficio -dijo un remero al otro- Deje a usted, si no me engaño, ocupado en cicatrizar las heridas de un gentil caballero, y encuéntrole empleado ahora en robar a la horca los fríos despojos de un pícaro.

-Calientes y muy calientes, amigo lacayo -respondió su compañero.

-Calientes porque usted lo cacarea, señor Herodes; pero no porque yo me lo presuma, a menos que me explique su sabiduría la rareza del fenómeno.

-No hay más dificultad que la torpeza de tu caletre. Has de saber que esta suspensión del cuerpo humano causa la muerte por apoplejía, lo cual quiere decir en tu vulgar idioma que las venas se comprimen de tal suerte que no dejando circular la sangre hacia el corazón, la mueven hacia el cerebro y... buenas noches. Añade a ello que no recibiendo los pulmones la indispensable porción de aire vital a causa del corbatinillo de esparto... ¿estamos?

-Sí señor, que estamos todos, sin que dejemos de comprender las causas que rematan al ahorcado. Lo que verdaderamente no alcanzamos son las que salvarle pueden de tan extremado apuro.

-¡Pardiez! -exclamó don Judas- Ahorcármelo de manera que las arterias carótidas no sean comprimidas, y no habrá apoplejía; haced en seguida que el corbatín no apriete la nuca, a fin de que el aire pueda entrar y salir como le dé la gana, y lo mismo vivirá un colgado de esos que un gran señor paseándose en carroza.

-Hasta aquí también lo comprendo -opuso Luis el ayuda de cámara de don Leopoldo- pero lo que siempre dudo es cómo se ha de verificar todo esto con un pícaro manequín que lo suben y lo bajan, que lo cuelgan y lo descuelgan hasta finalmente dejarlo para sabroso pasto de cuervos y de buitres.

-Si hubieras dedicado una parte de tu vida a provechosos estudios, señor barbilucio, no te mostrarías tan terco en dudar de la ciencia que me distingue. Pero, para que veas la distancia que media entre un hombre metido en disecar cadáveres y otro muellemente dedicado a rizar cabellos y a cepillar uniformes, has de saber que lo primero que me procuro para semejantes milagros son unas fajas como las que sirven para cinchar los caballos, cuidando no obstante de que no sean elásticas. Colócase el pie del paciente en una especie de estribo formado por ellas mismas, y hágolas subir después por el tronco de las piernas hasta unirse a un cinto del propio material, de donde parten otras tiras que le enjaulan los hombros y el pecho a fin de mantenerlo en perfecto equilibrio. Pues esas tiras, señor boquiabierto, cuelgan de un sutil collarín de acero, algo ahuecado para que no se deslice el dogal, que harto comprendes que a él debe apretar y no a la garganta del pobre diablo que sólo de la muerte escapa con tan peligroso ardid. He aquí pues que cuando me lo tumban de arriba abajo no queda pendiente de la cuerda, sino enjaulado entre un laberinto

de vendas sutil e ingeniosamente ordenadas para que con equilibrada fuerza lo mantengan suspendido en el aire, de suerte que ni las venas se compriman, ni se impida la respiración, ni se le rompa la nuca.

-¡Rara y milagrosa invención! -exclamó el lacayo.

-Y como si lo es -respondió el cirujano- que si por un privilegio del destino hubiese de bailar el lindo paje al extremo de una cuerda, no necesitaba mas que de mi industria, de un jubón recio rematando en collarín de metal, y de un compadre sobre todo tan corriente y moliente como maese Diego.

-¡Vive Dios, señor Herodes, que si no trata de morderse la lengua puede ser que lo regale sin encomendarme al cielo a los peces del Segura!

-No hay que amostazarse -añadió el lacayo- ni decir en voz alta de esta agua no beberé; antes bien tener presente la lección de maese Judas por si algún día nos pudiera hacer al caso. Pero hablando de otra cosa, ¿no ha de ser bien estrafalaria la noche que pasa ese perro de Crispín dando vueltas a merced del viento y tropezando con los robustos pinos de la horca?

-Lo que yo creo, señores, que haríamos una obra muy grata a Dios dejándolo colgar en ella hasta que lo comiesen los pájaros de este río.

-No obstante -observó el cirujano- interesa su salvación a los planes de don Leopoldo. Si no fuera por eso, nadie tendría tanto gusto en que muriera como yo, pues lo recio y vigorosamente fornido de sus miembros prometía mil deleitosas experiencias a mi destreza anatómica. ¿Y qué han oído decir vuestras mercedes de las hazañas del Barbudo? ¿Anda todavía por esos campos de Dios sembrando la desolación y el infortunio? ¿O será verdad que haya caído por fin en manos de la justicia?

-Preguntádselo al alcalde -respondió el lacayo-. Lo que únicamente sé deciros es que temo no se nos aparezca en la horca, y nos haga bailar mal que nos pese entre sus palos para que se divierta la cuadrilla.

-¡Qué dices hombre de mal agüero! -exclamó don Judas.

-Que todo lo sabe el Barbudo, señor doctor, y que he visto moverse una sombra por la orilla de este río...

-Lo que tú has visto -interrumpió el cirujano- es al pobre Crispín al rayo incierto de la luna rodeado de pajarracos que ansían sacarle los ojos. ¡Vive Dios que si se le hubiera antojado dar un grito para pedir socorro a cualquiera transeúnte esparcía el más divertido terror por las gentes de la comarca! Pero alto... ¿no os parece percibir sus sordos gemidos en medio del murmullo de las aguas y el silbar melancólico de los vientos? Ea, hijos míos, abordemos con toda precaución y silencio, y corramos sin perder instante, que pudiera ser ya no llegásemos en hora oportuna.

Saltaron a tierra, y mientras se encaminaban al suplicio oían en efecto una especie de aullido prolongado y sordo, que se iba lentamente apagando como si faltasen ya las fuerzas al infeliz que lo despedía. Don Judas se puso a toser, y aplicó el oído por ver si correspondía el delincuente a esta señal entre ambos concertada, y no recibiendo respuesta alguna, volvióse a sus colegas y díjoles que sin duda estaba Crispín en el mayor peligro, que corriesen a colocarse debajo del alto patíbulo para recibir el cuerpo en cuanto él cortase el lazo que del travesaño pendía.

Ya en esto montaba por la escalera, y habiéndose asegurado de que el ayuda de cámara y el lacayo harían de modo que no diese Crispín un batacazo contra el suelo, cortó los dogales y bajó con apresurada planta a fin de restituirlo a la vida. Para decir la verdad, apenas conservaba el asesino poquísimas señales de ella, por lo que cargándole en hombros lleváronlo, como más acomodado sitio, a cierto lugar fresco, apartado y frondoso de la cercana ribera. El primer cuidado de don Judas fue quitarle las esposas, y desligarlo en seguida de las complicadas cinchas con que lo suspendieron. Pasóse bastante espacio antes que sus esfuerzos produjesen algún resultado, porque sin embargo de la destreza con que se ordenó aquel aparato, cedieran las fajas algún tanto a la gravedad del cuerpo dando margen a una súbita opresión. Pero el arte de don Judas triunfó de tantos obstáculos, por manera que después de una o dos convulsiones rápidas, después de haberse esperezado y estornudado, dio Crispín una muestra nada equívoca de recobrar la existencia, asiendo la mano con que le daba a oler el facultativo cierta esencia vigorosísima, y arrimando el frasco a la boca beberse a la fuerza y de un trago el ardiente licor que contenía.

-Llévenme los demonios -dijo don Judas- si no dejaba llagada la garganta de cualquier otro y abrasadas sus entrañas, pero aseméjase tan poco este animal a las criaturas humanas, que no me sorprenderá que recobre con tan infernal medicamento el uso de los sentidos.

En efecto, incorporóse Crispín, y revolviendo los ojos a todos lados empezó a decir con voz todavía poco firme:

-¡Tráiganme vino! ¡Vino en nombre de los diablos!

-Toma vino -respondió don Judas encajándosele aguado y mezclando en él cierta droga medicinal.

-¡Vete al infierno, perro! -murmuró Crispín- ¿A un hombre de mis pulmones tienes valor de ofrecer ese calducho?

-Pues tómalo purísimo, y a ver como no te lleva de una vez el mismo demonio que sirvió a Judas de verdugo.

Y sin ningún escrúpulo asió el mastín con ambas manos la bota que el otro le presentaba, y echóse a pechos no tomando tiempo siquiera para resollar. Esta descomunal cantidad, capaz de trastornar las potencias y el equilibrio del más ejercitado bodegonero de Málaga, despejó su torpísimo caletre, bien que no se acordase al pronto de nada de lo que le había sucedido; antes con su humor áspero y avinagrado preguntaba a los circunstantes si habían querido divertirse con él trayéndolo a tal hora y en tal punto a aquel silvestre retiro.

-Lo que importa -respondióle Luis- que no seas bárbaro, y te dejes gobernar de nosotros, y nos agradezcas haber impedido que no sirva tu osamenta de sabroso entretenimiento a famélicas aves de rapiña.

-Paréceme en efecto -dijo el desalmado interrumpiéndose no obstante para beber otro trago- paréceme que hay algo de verdad en lo que canta ese perfumado señorito.

E inclinando la monstruosa cabeza, guardó silencio como si tratase de recoger y coordinar sus ideas.

-No es cosa de perder tiempo para dar lugar a sus bárbaras meditaciones -observó don Judas-. Ea, levántate y vente a dar un paseo, que esto restablecerá la circulación de la sangre, haciendo que dentro de poco estés dispuesto y listo para vengarte de tu enemigo.

-¡Ah! ¡Sí! -exclamó el bruto- Vengarme... eso pido, doctor Herodes... ¡Arrancarle el alma, aunque sea a puros bocados! Pero mire usted que se me doblan las piernas, y que siento, voto a mí, más de un millón de punzadas por la tabla del corvo espinazo. ¿Si querrá usted jalearse con mi bulto, perro cirujano? Pues por el alma de cuantos llevo asesinados en la sierra, señor hereje...

-Apóyate en el lacayo -respondió don Judas- que yo te aseguro que se te ha de pasar en breve ese entorpecimiento.

Y lleváronlo en esto al sitio donde dejaron la barca, y acomodándolo en el fondo empezaron a romper la corriente a fin de ganar los jardines de don Leopoldo.

Capítulo XI

Hay en los teatros de la ardiente España,
do tanta cuchillada se reparte,
uno que acecha con graciosa maña,
y otro que sigue razonando aparte.
Reflexiones de Schlegel

En la misma noche que tuvieron lugar estos horribles sucesos, unos cuantos bandidos de Crevillente, capitaneados por Jaime, quisieron ir a la horca al efecto de descolgar el cadáver de Crispín y darle sepultura donde hallarlo no pudiese la justicia. Iban marchando pues por

la opuesta ribera del río con la ligereza y el instinto natural de gentes acostumbradas a ver en las tinieblas, y cuyo perspicacísimo oído les hacía oír el rumor más ligero desde infinita distancia. Parece que el objeto que se proponían no era por ley que tuviesen al ahorcado, puesto que se había hecho indigno de la clemencia de Jaime, sino jugar una burla a la justicia y quitar aquel espantajo que venía a ser como un infame padrón de cuadrilla tan acreditada y valiente. Bien es verdad que llevaba Jaime otras miras, como averiguar si le sería posible introducirse de noche por el río en la ciudad a fin de llevar a cabo cierto golpe contra el ambicioso afán de Leopoldo. Instruyérale acaso el mismo Crispín del deseo que últimamente tenía de arrebatarse la ilustre doncella, pues como hombre avaro y de doble intención al mismo tiempo que se granjeaba con mil bajezas la benevolencia de Moncadí, refería sus proyectos al famoso bandolero de Crevillente. Y no se limitaron a leves recados o insinuaciones estos servicios, sino que puso también en manos de su capitán cierta correspondencia del cirujano y el coronel en la que se hacía mérito de haber intentado alterar las potencias de Julia, y de otras mil tramas no menos criminales deshonorosas. Estos eran precisamente los papeles que tanto había encargado buscar al infeliz Santiago desde la noche que lo sorprendió en la venta, creyendo que obraban en poder de Rosell, hasta que convencido de que si los tuviera habríalos ya sepultado debajo de cien estadios, prometió cuantiosa recompensa a Crispín en caso de que con ellos diese por las papeleras de don Leopoldo. Desconociendo el bárbaro todo principio de cultura y de educación, enteramente ignorante del arte de leer y de cuanto suavizar pudiese la aspereza de sus modales, no se anduvo en chiquitas, sino que entrando en el despacho del coronel echó mano a media docena de líos de cartas, que vio muy guardados en pulidos estantes, y llevóselos a Jaime poco antes de cometer el asesinato que lo arrastró a la horca. Recorriólos el Barbudo, y cerciorado con satisfacción notoria de la importancia de las pruebas, sin dar parte a don Rodrigo mandó decir al duque de Berganza, poderoso señor de Murcia, muy interesado en su conversión, y de quien custodiaba las haciendas, que le importaba muchísimo tener con él una larga conferencia. Ni un momento vaciló el buen caballero: concediósele, y dio principio a ella exhortándole, según tenía de costumbre, a que dejase su mala vida acogiendo a la piedad de un monarca benéfico y clemente.

-En eso estoy -respondió el Barbudo- pero sería necesario que tomase vuestra excelencia a su cargo alcanzar mi indulto y librar al mismo tiempo de las garras de un dañino seductor a la única heredera del conde de La Carolina.

¿Por quién hablas, Jaime?

-Por don Leopoldo Moncadí, el aliado y el amigo del cirujano de Elche.

-¿De ese barbero hipócrita y asmático, que con su tosecilla y su furtiva andadura dicen que prueba inhumano recreo en las más sangrientas operaciones de su arte?

-Del mismo.

-Pues he oído decir que el seductor de Julia ha sido cierto oficial, a quien su majestad, a pesar de los méritos de su padre, tuvo que separar vergonzosamente del ejército.

-No es ese seductor, señor duque, sino su libertador y amigo. Víctimas entrambos de la envidia de don Leopoldo, han probado, gracias a su influjo, los más rigurosos contratiempos.

-¿Y qué contratiempos son esos?

-En cuanto a doña Julia, haber abusado de su angelical dulzura, procurar enemistarla con su padre, levantar contra ella a toda la parentela, trastornar sus potencias por medio de un ponzoñoso brebaje.

-¿Y lo probarías, Jaime?

-Documentos traigo en que apoyarlo.

-¡Documentos...!

-Y que no sólo ponen en claro los delitos que ya he dicho, sino otros, señor duque, aún de mayor calibre. ¿A quién cree vuestra excelencia que destinaban el tremendo hachazo que mató hace pocos días a un desventurado mozo por las calles de Murcia?... A nadie más que a don Rodrigo Portoceli, ese oficial hidalgo y lleno de mérito, cuyo único delito fue librar la familia del conde de mis manos, y con tan gallardos favores granjearse el sincero cariño de su hija.

-A pesar de que conozco tu rectitud -dijo el de Berganza después de una breve pausa- y a pesar de lo mucho que deseo separarte de la perversa vida que traes, no puedo determinarme, sin informes verídicos y pruebas muy evidentes, a proceder contra tan distinguido caballero.

-Pues ahí las tiene vuestra excelencia -repuso Jaime con algún desabrimiento- Si le anima el noble celo que ha manifestado siempre en corregirme, salva de un golpe una familia ilustre, restituye a la patria un militar valiente, y arranca de la infamia y del suplicio a un hombre descarriado que le respeta y le ama.

-¿Y prométesme en tanto -preguntó el duque no sin muestras de amistosa benevolencia- abstenerte, ¡oh Jaime! de todo desacato e insulto?

-¡Señor!... Lo prometo, como no sea para defender a mis amigos.

-Pues atiende a lo que voy a hacer por ti. Quiero lograr tu perdón, y apoyarme para ello en la especie de honradez que te ensalza por la sierra, y en los especiales favores que a tu moderación debemos los propietarios de Murcia. Manifiestaré además toda esa máquina de intrigas concebida y ejecutada por el hipócrita cirujano de Elche; y salvaré, como tú dices, la hija de los condes y el oficial distinguido que la ama, a cuyo esclarecido padre debí los primeros ascensos de mi primogénito. Y no creas que tome la cosa con flaco empeño, pues que, pertrechado de la palabra que me das de cambiar de conducta, presentaréme en la corte, me echaré a las plantas del piadoso monarca y en breves días...

-¡Ah! -exclamó Jaime enjugándose una lágrima de respetuoso agradecimiento-. En breves días, señor duque; porque de lo contrario, ¡quién sabe si algún imprevisto lance me haría más criminal, o si triunfaran de nosotros las tramas y el favor de don Leopoldo!

-Descansa tú en mi amistad, ¡oh Jaime!, así como yo descanso en la solemne promesa que me has hecho. Si una vez logre tu perdón quieres servir en mis haciendas, allí encontrarás seguro asilo y honestísimo salario.

-Lo sé, señor.

-Pero si te acomodara perseguir a la cabeza de gentes escogidas a los pícaros de la sierra...

-¡Y cómo quiere vuestra excelencia que tenga alma para cazar los mismos a quienes tal vez extravié, o que sin la confianza que en mi esfuerzo tuvieron nunca hubieran pensado en asaltar los transeúntes!

No contestó el duque a una observación tan justa, pero tendió la mano al honrado proscrito, que la besó respetuosamente, como que era la de un caballero no menos prepotente que pacífico, inclinado al bien de su país, y a llamar hacia el recto camino a los que más se extraviaban por desesperación o hábito, que por tener un corazón desalmado y perverso. Alejóse Jaime de su presencia penetrado de gratitud y convencido de que el pueblo, que sabía hacer justicia a sus buenas cualidades a pesar de tales contribuciones y latrocinios, era digno de que nadie le deshonrase ofuscando con licenciosa vida las prendas de su franca y nobilísima índole.

Aguardando desde entonces resolución tan importante, no quería meter mano en ninguna empresa, ni curar de otra cosa que de defenderse, manteniéndose en una especie de inacción. Traslucióse no obstante por el pueblo el objeto de la ida del duque de Berganza a la corte: decíase que Jaime había prestado grandes servicios a una familia principal de Murcia y descubierto tales tramas que bastaran a procurarle el indulto. Leopoldo y don Judas, que temían en extremo su sagacidad y su imperio, llegaron a recelar hubiese realmente descubierto sus maquinaciones contra Julia, o la verdadera causa de la muerte de Santiago; y como echaron al propio tiempo a faltar las importantes correspondencias concernientes a la historia de estos sucesos, tuvieron larguísimos conciliábulos y coloquios para formar un plan de defensa. Era lo más natural marchase Leopoldo a la corte a poner en juego todos los resortes de su influjo; pero si bien empezaba a salir de casa, no le permitía la herida un viaje de tal naturaleza. Y entonces fue cuando por temor de perderlo todo determinó robar a Julia, alcanzado el beneplácito de sus codiciosos parientes, y casarse con ella a la fuerza, y hacer rostro después al temporal abroquelado con los nobilísimos recursos de coronel, de favorito y de conde.

A todo esto seguía marchando Jaime al frente de sus secuaces por la orilla opuesta del río con dirección a la horca donde yacía colgado el cadáver de Crispín. Aunque era sumamente rápido el tibio resplandor que de tiempo en tiempo arrojaba el semioculto disco de la luna, no dejaban de percibir a lo lejos los robustos palos del mortal suplicio y el grosero bulto que colgaba en medio de ambos, Paráronse a tal espectáculo sobrecogidos de

un horroroso presentimiento, y mientras contemplábanlo en silencio, oyeron los sufocados suspiros, que a manera de tristísimo augurio se escapaban del hediondo cuerpo del ahorcado. Miráronse unos a otros los ladrones singularmente aterrados de tan sobrenatural suceso; y como su vida era un tejido de crímenes y de remordimientos, hacíales mucha más fuerza aquel deplorable ejemplo de las flaquezas humanas, milagrosa advertencia quizás para desviarles de su inclinación perversa. Silbaban en tanto los vientos, murmuraba por entre negros peñascos la precipitada corriente, y no mostraba la luna su amarillento rostro sino para hacer más patentes los horrores de aquella lóbrega escena. Los bandidos temblaban: alguno hizo ademán de tirar el trabuco y escaparse, y aun es de presumir que todos siguieran su impulso a no afearlos Jaime con gran presencia de espíritu su infundada cobardía.

-¿Y sois vosotros -decíales- los que habéis de descolgar a pesar de guardias vigilantes el cadáver de un ahorcado...? ¿Vosotros, gente afeminada y pusilánime, los que pretendistéis vengar la afrenta de la cuadrilla? Mejor hicierais en no salir de Crevillente, sin cesar huyendo ante los alanos de la señora justicia, y sólo atacando al indefenso transeúnte. Los hombres quédense acá conmigo, los maricas váyanse con dos mil diablos, y nunca más aparezcan por la sierra.

Al eco de tal amenaza ninguno se atrevió a chistar: reuniéronse formando grupo en derredor del capitán y sacaron fuerzas de flaqueza para llevar a cabo tan extraordinaria aventura. Al momento y con todo sigilo empezó Jaime a reconocer la ribera al efecto de hallar algún paraje somero por donde atravesar el río. No le fue difícil, y cuando ya se disponía a ganar la contraria orilla advirtió a lo lejos un punto negro, que venía desliziéndose por la sesga y murmuradora corriente. Aprovechado para examinarlo el primer vislumbre de la luna, ya no le cupo duda de que era un barquichuelo que favorecido del natural ímpetu del Segura, íbase llegando hacia el sitio en donde a la sazón se hallaban. No tardó a percibir el acompasado movimiento de los remos y el apagado murmullo de las voces; por lo que escondiendo en cierto cañaveral a los que con él venían, púsose en acecho a fin de averiguar la intención de aquellos recelosos navegantes.

-Sin duda será algún golpe de mano -decía para sí- y golpe de ladrones no sometidos a los de la sierra; bien que no tardaré a satisfacerme ni a enseñarles quizás si es para despreciada la autoridad del Barbudo.

Ya sospechará el lector que no era otra aquella lancha que la que silenciosamente conducía a los criados de Leopoldo. Violos Jaime con notable asombro tomar tierra en la opuesta margen, pero no pudiendo distinguir sus operaciones, arrojóse al agua con singular denuedo y atravesó el río, y anduvo siguiendo más de cerca los pasos de la nocturna comparsa. No sin hacerse cruces estuvo viendo como descolgaban el cadáver, y le quitaban el peregrino aparato de ingeniosos vendajes, y volvíanlo a la vida por medio de sutilísimas esencias. Echado de pechos contra un álamo, atisbando con curiosidad e interés las maniobras de aquel grupo, y aplicando el oído a las salvajes exclamaciones de Crispín, y a los azucarados discursos del cirujano don Judas, dudó largo espacio si se lanzaría a ellos o le sería más conveniente averiguar el término de tan diabólica farsa. Calculando en efecto como más ventajoso enterarse de sus artificiosos manejos, y pillar sobre todo a Crispín en vez de acabar con sus días, para que suministrase en su propia historia la prueba más

convinciente contra las tramas de Rosell y Moncadí, dejóles evacuar con desembarazo sus operaciones, atravesó el río segunda vez para prevenir a sus gentes, y anduvo siguiendo a lo lejos por la ribera la dirección que nuevamente tomaba la misteriosa barquilla de don Judas. Observó el atentado movimiento de los remos, el silencio de los conductores, la traza que se dieron para deslizarse sin llamar la atención por debajo de los arcos, y como llegaban por último a la embocadura de cierto canal elegantemente construido con objeto de llevar agua del Segura hasta los jardines de la casa que habitaba don Leopoldo.

Volvióse a la guarida de los salteadores al notar esta postrera maniobra, y temiendo que se le escapase la presa, preguntóles si eran hombres para ganar la otra ribera luchando a brazo partido con la corriente del Segura, pero no atreviéndose en razón de pasar por allí muy rápida, propúsoles ganar un pasaje por el puente. Respondieronle que los llevase adonde quisiera; con lo que embocándoles inmediatamente por él, sorprendieron a los dos o tres hombres que lo custodiaban, y llevándoselos consigo fuéronse a buscar las márgenes del canal que hemos dicho, al efecto de que no se les deslizase el barquichuelo de don Judas. Difícil fuera sin embargo que hubiesen podido alcanzarle si no le hubiesen visto parado a la misma entrada de los jardines de don Leopoldo. Hablaban los que iban dentro de él con un caballero vestido de negro, cuyo brazo derecho iba apoyado en un pañuelo de seda que le colgaba del hombro. Reconociólo Jaime por el mismo Moncadí; acercóse de suerte que no pudiesen descubrirle, y oyó con notable admiración suya que estaba dando parte a don Judas de cierta entrevista que en aquella noche misma había de tener su rival con doña Julia en las ruinas contiguas a los jardines del conde; por lo que no quería perder la ocasión que tan propicia se le ofrecía de vengarse de don Rodrigo y robar la doncella.

-¿Y quiénes vamos, señor? -preguntó don Judas.

-Como Crispín esté para ello, basta y aún sobra con los que nos hallamos aquí reunidos.

-Mire vuestra señoría que no hay uno entre todos capaz de hacer frente a tan atinado espadachín. Nuestro hombre está desvencijado y molido; Luis mejor perfuma el cabello que hace rostro a una refriega; no digo nada de mí, que sólo sirvo para juntar los miembros que raja y descoyunta el combate; ni del lacayo, que, si bien mozo de puño, no puede echarla de diestro. ¡Ah! Vuestra señoría era el único de la cuadrilla que lo reunía todo; pero, desde aquel accidentillo... ¡Hem! ¡Hem! ¡Hem!... Quiero decir que...

-Eso sí, pícaro: recuérdame lo que me envenena la sangre, por ese placer que tienes en precipitarme a la venganza. Paréceme sin embargo, que Crispín y el lacayo, tomándole las vueltas y cogiéndolo desprevenido, son más que suficientes para ganar treinta doblones.

-Vengan -murmuró Crispín como despertando de un letargo- y ahórquenme de veras si no me cebare a satisfacción de todos en el perro por cuya causa me han ahorcado de burlas.

-Mira -observó Leopoldo- que no se trata de otro lance en que equivocarte puedas, y que yo te llevaré derecho al jabalí sin cometer la torpeza del bárbaro barbero de Elche.

-Eso pido, y mas que se hunda el mundo...

Y saltando de la lancha reuniéronse a Leopoldo y entraron por el jardín, cuya reja solían dejar abierta por la seguridad que ofrecían las impetuosas aguas del Segura. Siguiéronles por ella el Barbudo y su cuadrilla; pero en vez de enderezar el rumbo a la casa del coronel, saltaron por unas tapias de los mismos vergeles, las cuales correspondían a cierta callejuela; y haciendo largos rodeos, al efecto de no llamar la atención de rondas ni patrullas, encamináronse al apartado sitio adonde dirigíanse desesperados y vengativos los enemigos encarnizados del generoso oficial que por un movimiento de natural hidalguía salvó los días del Barbudo.

Capítulo XII

Conclusión

Rogaba entre tanto, a la incierta luz de aquella noche semiopaca, el infortunado Portoceli a su cariñosa amiga que, abandonando los patrios lares, se decidiera a correr por extraños climas el peregrino vaivén de su fortuna.

-Está visto -decíale- que no hay que esperar socorro alguno de los que influencia tienen en tu suerte... Tu padre te abandona a la codicia de logreros parientes, a par que estos te entregan a la ambición de Leopoldo; ¿quieres que logren al fin sus inicuas tramas, y que te enlacen con el que me hace perseguir de comprados asesinos?

-Lo que quisiera -respondió Julia- es poderte llevar a las plantas de mi padre a que se convenciese, ¡oh Rodrigo!, de tu imponderable mérito. Te aseguro que si algo podía hacerme faltar a las obligaciones de hija y al pundonor de doncella recatada, sería la noticia de los terribles encuentros que acabas de sufrir por causa mía. ¿Creeríasme tan insensible que no hubiese derramado amargo llanto con la noticia del inminente riesgo que últimamente corriste?

-Pero es también muy recia cosa que nuestra falta de resolución, sea en el sentido que fuere, haya de causar la muerte de personas inocentes. En caso de que al fin no te resuelvas a rendirte a mis clamores, no me cabe más arbitrio que ir a perecer en otros climas, tanto para calmar tu desazón como para no dar margen a nuevos crímenes.

-¿Y no sería uno muy grave -observó Julia mirándole tiernamente al trémulo fulgor de la luna- que me dejases bajo el obstinado yugo de crueles perseguidores? ¿Es culpa mía que se levanten maléficos genios en derredor de nosotros para sembrar a nuestras mismas plantas mil asechanzas y ardidés?

Pero sí lo es que por intempestiva pusilanimidad no las burlemos, y que no disolvamos la nube sin embargo de presentarse tan inficionada y turbia. No, Julia; no puedo resistir por más tiempo la falsa posición en que me ponen mis desgraciados amores. Echado de mis banderas, perseguido de asesinos, reducido para sostenerme a la amistad del Barbudo... ¡Ay de mí...! Donde quiera que me vuelvo no hallo sino obstáculos a mi honor, lazos de mano

traidora, y lo que es mucho más sensible, aparentes borrones a la limpieza de mi reputación y mi conducta.

-¡Oh! No te desesperes, único amigo mío. Yo te aseguro un cariño eterno por débil recompensa de tanto mérito...

-¡Eterna infamia, dirás! -gritaron a deshora saliendo de entre las ruinas y arrojándose por las espaldas al turbado Portoceli.

-¡Eterna infamia...! -repitió Leopoldo apareciendo como una fantasma sobre el medio tronco de una columna, y alentando desde allí a los suyos al efecto de que no se amilanasen en aquel súbito acometimiento.

-No lo sueltes, Crispín, que en ello te va la vida -gritaba al ver que los esfuerzos de Rodrigo iban a librarlo en breve de sus encarnizadas uñas- No lo sueltes, bárbaro... ¿Para cuándo aguardas echar mano al puñal y abrirle un boquerón de ocho puntos?

Al mismo tiempo el lacayo y el ayuda de cámara forcejeaban por llevarse a Julia, a pesar de sus lastimosos ayes y fervientes súplicas. Penetraba con ellas el llagado corazón de Portoceli, y convirtiéndole en una fiera indómita dábanle tan rabiosa pujanza, que sin debilitarse por la sangre que corría de una herida que el asesino le abriera en la espalda, pudo al fin desasirse de sus garras, y sacar la espada, y esgrimirla contra el ya turbado bandolero.

-¡A él...! ¡A él...! -proseguía Leopoldo- Ahí lo tienes desangrándose ni más ni menos que el mal rocín de un picador a la segunda cornada... Pero, ¿dónde está don Judas...? Sal con todos los demonios, envenenador público... mira que como me desoigas -añadió rechinando los dientes- hete de mandar hervir en una caldera de aceite por ese mismo Crispín que tanto desea zurrarte los ijares.

-Aquí estoy, señor -dijo don Judas saliendo de su escondite armado de una tremenda navaja- Aquí estoy para picarle la retaguardia, como ese racimo de horca no se duerma y nos comprometa a todos.

Y diciendo y haciendo iba dando ligeras vueltas en torno de Portoceli al efecto de matarlo a traición. Sus taimadas embestidas, los ataques de Crispín, la herida que empezaba a incomodarle, y el suelo embarazoso de las ruinas, tan contrario para él como favorable a las traidoras acometidas de sus enemigos, hacían que siendo muy desigual la lucha empezase a ceder a pesar de la rabiosa desesperación con que los acuchillaba. El vocerío puso en alarma la habitación del conde: levantóse, gritó, y no hallando en parte alguna a su hija, acudió con sus criados provistos de armas y de teas al sitio de la mortal refriega. Al verlos Leopoldo venir azuzó con más encono a Crispín contra Portoceli, y dio orden a los demás de arrastrar corriendo a Julia adonde alcanzarla no pudiesen los socorros de su padre; pero al ejecutar el atroz mandato, una voz de alto brusca y reciamente pronunciada por el Barbudo cortó el impulso de su acción, y no les dejó otro recurso que esconderse entre los mismos escombros. Iluminábanlos ya las hachas de viento de los criados del conde, quien al tropezar a la primera ojeada con el Barbudo y su cuadrilla creyóse perdido,

y aún ordenó a los suyos que no lo exasperasen con quimérica e inoportuna resistencia. El cuadro que presentaban entonces tantas gentes allí reunidas no podía ser más original y pintoresco: los secuaces de Jaime con sus desalmados rostros y variados trajes formados en semicírculo, tenían como prisioneros a todos; Julia, a quien soltaron sus raptos desde que se vieron acometidos por la espalda, había corrido a ampararse de Portoceli; apoyado éste en una columna sin color en el rostro, con la espada en la mano y medio desmayado por la herida, ofrecía un espectáculo que a la par excitaba la curiosidad y el interés-, el conde se adelantaba en medio de todos mirando con ojos desencajados a su hija, dudando si era culpable o inocente, y quiénes fuesen sus defensores o sus verdugos; Leopoldo se tapaba el colérico semblante con la única mano que le quedaba; revolvía Crispín los ojos como aquellas aves nocturnas que no pueden sufrir la luz; y presentando el cirujano un aspecto hipócrita y compungido, miraba al soslayo todo aquel diluvio de pasiones, pintadas en individuos de tan diferente esfera, y dejaba asomar en sus móviles y descoloridos labios su maligna y atraidora sonrisa. Reinaba en tanto un silencio general: nadie se atrevía a romperlo, porque nadie sabía a punto fijo a quién dirigirse, hasta que el Barbudo, después de haber recorrido con penetrante vista las fisonomías de todos, dio algunos pasos hacia el conde y empezóle a hablar en los siguientes términos:

-Libre estáis, señor: no he venido con mi gente para atropellar vuestra casa, antes bien con el fin de salvar a vuestra hija. Vedla amparándose del que sincera y caballerosamente la ama, contra la desatinada ambición de ese perverso que tanto pugna por perderla.

Sorprendióse el conde de ver en estas breves razones el distinto objeto que llevaban el Barbudo, Leopoldo y Portoceli; y empezando a traslucir algo de la verdad, volvióse hacia Moncadí y díjole que se defendiera de las imputaciones que aquel hombre acababa de echarle en cara.

-¡Cómo se ha de defender -exclamó Jaime- cuando a mi presencia le acusan las maldades de ese cirujano hipócrita y el desalmado carácter de ese bárbaro a quien no hace más que dos horas descolgaron del patíbulo!

-Pues esto, honrado Jaime -dijo don Judas sin dejar la amable risita- celebrarlo debieras como milagro de mi arte y muestra del aprecio que hago de tu cuadrilla.

-¿Figuraríaste quizás, enmascarada víbora, que ignoro el objeto que te llevaba a ese acto de generosidad supuesta? Harto conozco la víctima que destinabas a su brazo.

-Pero antes de acusar a nadie bueno fuera, amigo Barbudo, que escuchases mis descargos...

-Míralo -prosiguió el bandolero señalando a don Rodrigo- míralo, y acuérdate de cuando en vez de asegurar el golpe contra su garganta...

-Lo que yo miro, Jaime el bueno -Interrumpió el cirujano para cortar sus revelaciones- es que ese amigote tuyo se va desangrando a toda prisa...

-¡Oh Dios! -exclamó Julia reparando entonces en la herida- Socorrámosle, padre mío; no permita usted que expire por nuestra desidia habiéndose opuesto él solo a que me arrebatasen de los paternos hogares.

-Si realmente es como dices, ¿qué dificultad he de tener en auxiliarle?

-Dadme, señor -exclamó Leopoldo- que pueda hablar sin la barrera de las amenazas de esta gente, y se conocerá en breve quién es el verdadero enemigo de vuestra casa.

-En efecto -interrumpió don Judas- sería preciso para que fallara con imparcialidad el señor conde, que pudiésemos alegar nuestra defensa sin miedo ni recelo alguno.

-¿Pues no te lo concedo yo, cautiva criatura Pero defiéndete ante mí, que sé y puedo probar tus maldades, no con quien las ignora y ha vivido muy ajeno de sospecharlas.

Toda vez -observó el conde- que Jaime da a ustedes completa seguridad para poner en claro el legítimo objeto que les trajo, ¿a qué viene el vano y sofístico raciocinio con que quieren desentenderse de su propia defensa?

A no haber acudido usted y ese buen hombre -añadió Julia- ¡Quién sabe a qué apartado y sombrío lugar me llevasen esas gentes por mandado de Leopoldo! Porque don Rodrigo, único apoyo mío en todas estas persecuciones, mi único defensor en el asalto de esta noche, herido y acosado de todas partes, no era posible resistiese por más tiempo a tan viles e insidiosos enemigos.

Algo penetrado el conde de la verdadera máquina de todos aquellos enredos, acercóse a don Rodrigo, agradecióle su socorro y mandólo introducir en su propio palacio. Ordenaba al mismo tiempo Jaime a sus secuaces que asegurasen a Crispín, a Leopoldo y a don Judas; y enteraba brevemente al conde de todos sus engaños y ardidés, no menos que de la intercesión del de Berganza, para que, si llegaba el caso, apoyara también la súplica de su propio indulto. Con notorio pasmo estuvo oyendo el padre de Julia la veraz y complicada relación que le hacía el bandolero, quien no descuidó depositar en sus manos algunas cartas que se había reservado de la correspondencia de Leopoldo y don Judas, por las que no sólo se hacía patente la ambición y el vengativo encono que ambos llevaban en tal enlace, sino el infernal proyecto de enajenar las potencias de aquella joven angelical y dulcísima. Agradecido el noble señor a la manifestación de tan importantes verdades, prometióle su amistad, proteger a Portoceli, escribir al duque para atestiguar tan generoso comportamiento, lograrle el indulto y no perdonar medio de que castigada saliese la conjuración armada por aquellos hombres sin ley contra su ilustre familia. Instóle para que corriese entre tanto a buscar asilo en los montes; y despidióse de él sin hacer caso de las almibaradas frases de don Judas, de los gruñidos de Crispín, ni del ensañado rencor y atravesados ojos con que lo miraba Leopoldo. Dejó Jaime éste último en la ciudad, exigiéndole palabra de desistir de sus empeños contra los dos amantes, y llevóse a Crispín y al facultativo de Elche, tanto para castigar las alevosías del primero y las hipócritas trazas del segundo, como para tener un medio de perder definitivamente a Leopoldo si tan osado fuese que quisiese perseguir todavía a los que habían sido hasta entonces víctimas de su ambición y arrogancia.

Cobraron estos peregrinos lances repentinamente en Murcia una publicidad tan desmedida, que nadie hablaba de otra cosa que de la constancia de Julia, del valor de don Rodrigo, de la envenenada condición de Leopoldo, y de la gratitud y generosos rasgos del Barbudo. No hubo persona que no se interesase en la suerte de los dos amantes, y el conde de La Carolina ya para halagar la honesta inclinación de su hija única, ya también al efecto de reparar los males que ocasionara a Portoceli, accedió al voto general, y uniéndolos con asistencia y aplauso de la nobleza más escogida del reino. En lo más brillante del festín pidió el duque de Berganza, uno de los esclarecidos personajes que asistían a él, permiso para presentar un amigo a quien se habían desdeñado de convidar; y dándosele el conde salió del salón y volvió a entrar al instante trayendo de la mano al sonrojado Barbudo. Alegráronse unánimemente al verlo, como gentes sabedoras de lo mucho que debían los novios a su honradez y esfuerzo; y así que oyeron de la boca del duque que su majestad se había dignado concederle el indulto, prodigáronsele vivas, felicitaciones y aplausos, invitándole de mancomún a que se aprovechase de la clemencia del soberano para vivir en honrado y pacífico retiro. Prometiéndole Jaime con muestras de mucha cortesía y agradecimiento; y si bien se pasó corto espacio hasta volver a capitanear los bandidos de la sierra, haciéndose notoriamente ingrato a la real clemencia, aguijoneáronle ocultas y peregrinas desazones, que acaso tendremos lugar de desenvolver algún día en otra novela del mismo tono. Baste decir respecto de la presente, que nunca se ha visto turbada la felicidad de los nuevos esposos, al paso que Leopoldo Moncadí, perdido su brillante prestigio y sin poder seguir la carrera de las armas, tuvo que devorar en silencio la afrenta públicamente recibida.

Mandó Jaime colgar a Crispín en la misma horca que le destinara la justicia, dándole de este modo el merecido castigo, y restituyendo aquel cadáver al solemne fallo del tribunal y a los sagrados fueros de la vindicta pública. Por lo que hace al facultativo de Elche, pudo escapar, como tan artero, de sus uñas; pero tuvo a bien recoger velas e irse a tomar parte para su seguridad en los movimientos revolucionarios de otros reinos. Al mismo tiempo indemnizaba el ministro a don Rodrigo de las vejaciones que le hizo sufrir, honrándole como militar benemérito; y bien que se retiró del servicio para únicamente dedicarse al consuelo de su padre y de su esposa, está seguro el gobierno de hallar en cualquiera ocasión un vasallo en él pronto a ensalzar las banderas de su patria, no sólo con el sacrificio de sus haberes, sino con el esfuerzo de su diestra y con los recursos de su admirable pericia.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).